

La razón por la que los regímenes totalitarios pueden llegar tan lejos en la realización de un mundo ficticio y trastornado es la de que el mundo exterior no totalitario, que siempre comprende una gran parte de la población del mismo país no totalitario, incurre también en el error de confundir sus deseos con realidades y elude la realidad frente a la auténtica locura de la misma manera que las masas la eluden frente al mundo normal.

Hannah Arendt
Los orígenes del totalitarismo.

THE PRESIDENT'S SCHEDULE

Revised: C-6
9/14/70
7:45 p.m.

Tuesday - September 15, 1970

PRESIDENT'S SCHEDULE

Staff Meeting - The President's Office.

9:15 Mr. Augustine Edwards

The President's Office.

9:30 Mr. Henry A. Kissinger - The President's Office.

9:45 ~~Gerhard~~ Schroeder, CDU Deputy Chairman.

The President's Office.

10:00 Signing Ceremony - Foreign Assistance Message.
(15 mins)

The Cabinet Room.

10:30 Mr. William Buckley

(30 mins)

The President's Office.

11:15 Congressman William Cramer

The Roosevelt Room.
The Roosevelt Room.

11:35

Senate Candidates - Photo Session - The President's Office.
Senate Candidates - Photo Session - The President's Office.

12:20

Depart the White House via motorcade for the Capitol to
attend a luncheon hosted by Congressman William Colmer.

2:00

Return to the White House.
Return to the White House.

2:05

Governor William Cahill

The President's Office.
The President's Office.

PERSONAL TIME

Retóricas de la derecha radical

Laura Arranz Sánchez
Luis Ignacio García
Andy King
João Cezar de Castro Rocha
Lorenna Sini
Alia Trabucco Zerán
Enzo Traverso

EDICIÓN

Mary Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire



M I M E S I S

MUNDOS POR VENIR

RETÓRICAS DE LA DERECHA RADICAL

© Laura Arranz Sánchez
© Luis Ignacio García
© Andy King
© João Cezar de Castro Rocha
© Lorenna Sini
© Alia Trabucco Zerán
© Enzo Traverso

© ediciones mimesis

edición: Mary Luz Estupiñán & raúl rodríguez freire

**diseño y diagramación: Mary Luz Estupiñán, raúl rodríguez freire
y Aracelli Salinas Vargas**

ediciones mimesis
Santiago, Chile
edicionesmimesis.cl
mimesisediciones@gmail.com

septiembre 2023
ISBN: 978-956-6130-11-6



PRESENTACIÓN
Retóricas reaccionarias

6

ENZO TRAVERSO
Posfascismo.
El fascismo como concepto transhistórico

15

LORENNIA SINI
Éric Zemmour Y Marine Le Pen. Descifrando los discursos de la nueva derecha radical francesa

37

LAURA ARRANZ SÁNCHEZ
A vueltas con el discurso de la ultraderecha en España: el uso del recurso de la 'ideología de género' del partido Vox

56

ANDY KING
Armas de distracción masiva. La derecha radical y sus tácticas de culture jamming en la guerra memética

79

JOÃO CEZAR DE CASTRO ROCHA
El espejo retrovisor del futuro (que puede no llegar): reflexiones sobre el bolsonarismo

110

LUIS IGNACIO GARCÍA
SOLO BALAS, BALAS. Discursos de odio y nuevas derechas en la Argentina

136

ALIA TRABUCCO ZERÁN
¿Qué hay de nuevo, viejo? Las izquierdas ante el auge del fascismo

168

Autoras y autores

181

PRESENTACIÓN

Retóricas reaccionarias

“#UnaQueNosUna”, “#EstaNO”, “#RechazoConAmor”. En estos hashtags, así como en otras palabras claves clicables y no clicables, se jugó una estrategia retórica conocida desde hace unos doscientos años. Su fuerza se debió (y se debe) a que el lenguaje no se reduce a una mera capacidad comunicativa. Omitir la fuerza performativa de las palabras, hoy además articuladas a diversos aparatos mediales, puede alejarnos de lo que nos permitiría comprender las singularidades de la nueva “derecha radical”, término que aglutina un espectro heterogéneo, una nebulosa de grupos, partidos y asociaciones, como le ha venido llamando Fiammetta Venner, que compartirían una política reaccionaria sostenida bajo un modo de comprender la vida, que puede tanto esencializar lo humano como apuntalarlo sobre valores religiosos, a fin de alcanzar un sistema político restrictivo que les permita imponer sus intereses, ordenando y jerarquizando a la población. Para ello, recurren a elementos y políticas que reducen prácticamente todas las libertades sobre las que se puede sostener un estado social de derecho, cuando no el derecho mismo, punto que les liga directamente con la derecha radical tradicional. En su clásico estudio, Seymour Martin Lipset señalaba ya en 1955 que con el apelativo “radical” pretendía caracterizar el deseo de cambios profundos por parte de un sector de la derecha estadounidense que buscaba “básicamente eliminar de la vida

política... a aquellas personas e instituciones que amenazan su sentido de los valores... tradicionales o sus intereses económicos". Sus actividades, señalaba Lipset, no serían de interés más que para jóvenes investigadores o especialistas, si tan solo pretendieran concretar sus intereses mediante los mecanismos que ofrecen los procedimientos democráticos modernos.

Sin embargo, aunque la mayoría de las personas y organizaciones que deberían considerarse parte de la derecha radical limitan sus actividades a estos medios, algunas también utilizan métodos antidemocráticos. Es un hecho que la agitación de la derecha radical ha facilitado el crecimiento de prácticas que amenazan con socavar el tejido social de la política democrática; este movimiento, por lo tanto, debe ser considerado seriamente por todos aquellos que desean preservar los procedimientos constitucionales democráticos en este país. Las amenazas al procedimiento democrático que son, en parte, una consecuencia de la agitación de la derecha radical, han sido documentadas con gran detalle por muchos observadores, y no es necesario repetirlas aquí. En resumen, implican intentos de destruir el derecho de reunión, el derecho de petición, la libertad de asociación, la libertad de viajar y la libertad de enseñar o realizar investigaciones académicas sin ajustarse a pruebas políticas.

La persecución impulsada por el llamado macartismo fue la principal expresión de la derecha radical estadounidense de los años cincuenta del siglo pasado, y su espectro se vuelve hoy cada vez más palpable, al tiempo que las estrategias antidemocráticas comienzan a operar institucionalmente. Cerca de 70 años más tarde, Estados Unidos enfrenta actualmente una situación sin precedentes a lo largo de su historia.

La negación de la derrota de Donald Trump por parte de sus seguidores, que tuvo como punto alarmante, el ataque al Congreso el 6 de enero de 2021, ha continuado al punto de comenzar a operar al interior de las propias instituciones democráticas. En un reciente artículo publicado en el *The New York Times* en septiembre de 2022 y actualizado en junio del año en curso, David Leonhardt muestra el peligro que representa el que cientos de nuevos republicanos electos para distintos cargos a lo largo de todo el país y que niegan la derrota de Trump, se están repostulando para cargos estatales que les dejarían en una posición favorable para anular en 2024 la última elección. Sabemos que la negación de un resultado eleccionario es parte de una estrategia que se ha venido replicando en distintos países del mundo, tal como ocurrió recientemente en Brasil, a lo que se suma de manera cada vez más determinante el recurso a todo tipo de noticias falsas, que diseminan no solo los ejércitos de *bots* (no humanos y también humanos) sino también militantes y parlamentarios. El que las estrategias empleadas en un país luego se repliquen en otro no debiera llamar la atención, si reparamos, como viene señalando Venner desde los años 90, que la derecha radical ha tenido la costumbre, por lo menos desde los años del fascismo, de reunirse para compartir intereses e intercambiar estrategias, llegando a levantar estructuras de trabajo en red. Internet no ha hecho más que profundizar y ampliar estos intercambios, al tiempo que les ha permitido generar nuevas “armas de distracción masiva”, como le llama Andy King, en la conquista del politizado espacio ciber.

Bajo este escenario, el lenguaje ha resultado un elemento determinante tanto para ampliar su base, como para la concreción de las actividades de la derecha radical. El lenguaje es una forma de habitar el mundo y de disputarlo. No solo crea y piensa por uno, como bien señalara Víctor Klemperer a propósito de diseminación de la jerga nazi, “sino que guía a la vez mis emociones, dirige mi personalidad psíquica, tanto más cuanto mayores son la naturalidad y la inconsciencia con que me entrego a él”.

La retórica entonces, además de ser una técnica y una enseñanza, también es una moral atravesada por un conjunto de prescripciones (como no mirar ciertos medios o usarlos solo de determinada manera), cuyo fin, recordó Roland Barthes, no es otro que vigilar y dirigir los posibles desvíos del lenguaje pasional que se busca imponer. En su conocido trabajo sobre la retórica reaccionaria, Albert Hirschman develó la continuidad de un conjunto de reacciones que se levantan para confrontar y frenar avances y derechos políticos, como por ejemplo la igualdad ante la ley (la misma que en Chile no satisface a una diputada que considera que su voto vale 10 veces más que el de su empleada). En su momento, la retórica reaccionaria se opuso a la declaración de los Derechos del Hombre, al sufragio universal y, más recientemente, a medidas progresistas implementadas por el llamado Estado de Bienestar. Publicado en 1991, el libro de Hirschman estimaba que era “demasiado pronto para evaluar el resultado de la nueva ola reaccionaria”. Contemporáneo a su emergencia, Hirschman seguramente vio que aquella retórica comenzaba a crecer de manera paralela al auge del neoliberalismo y al fin de la Guerra Fría. Seguramente compartieron una que otra afinidad, pero no toda la retórica reaccionaria se siente a gusto con la equivalencia general que rige al capitalismo. Es conservadora, y hoy más que ayer, pero económicamente puede lindar con el anarcoliberalismo, al tiempo que –y este es un punto bastante compartido– rechazan tajantemente las reivindicaciones y luchas feministas. Con todo, Hirschman identificó una estrategia (él escribe argumento) que se ha mantenido incólume a lo largo de los últimos dos siglos, y que podemos ver que alcanzó el siglo XXI. “A causa del obstinado temperamento progresista de la época moderna, los ‘reaccionarios’ viven en un mundo hostil”. Hirschman veía que los reaccionarios no podían oponerse de manera directa a las políticas emancipadoras, por lo que asumían como táctica apoyarlas, para luego señalar que no han sido concebidas correctamente, y que incluso podrían producir lo contrario de lo que pretenden. En la época por la que escribía su libro, los reaccionarios llegaron incluso a percibir

algunas políticas progresistas como “perversas”. Un ejemplo claro serían las leyes que apoyan a los sectores empobrecidos, pues no harían más que reproducir la pobreza (leyes, por cierto, que tienen su base en el ficticio teorema de los perros y las cabras levantado, en parte, sobre una novela, *Robinson Crusoe*, y en parte sobre la historia de un náufrago, Alexander Selkirk, al que la novela de Defoe pareciera haber creado). Una segunda estrategia, cuya “sofisticación es más refinada que elemental”, estriba en esgrimir la futilidad como resultado de algún cambio a implementar. Cualquier cambio es ilusorio, esgrimen los reaccionarios, por lo que es mejor no llevarlo a cabo. Para Hirschman, en *Alicia en el país de las maravillas* encontramos una frase que sintetiza esta estrategia: “Aquí es necesario correr todo lo posible para poder permanecer en el mismo lugar”. Estas dos estrategias insisten en que como se ha de fracasar en el intento, es mejor dejar las cosas como están, sobre todo si se tiene en cuenta que los supuestos beneficiados terminarán siendo los más afectados. Finalmente, la tercera estrategia, que se muestra como algo bastante obvio, es la del riesgo: los cambios conllevan costos demasiado altos, lo que los hace de cualquier modo inaceptables. Con todo, lo que más le preocupa a los reaccionarios de la derecha radical es la libertad, ¿cómo podrían oponerse a ella? De ahí que no tengan dificultad en justificar un golpe de Estado, si está encaminado a “devolver” la libertad que “supuestamente” se perdió. Sin duda que las tesis de Hirschman debieran complejizarse a más de 30 años de su publicación. Se han levantado nuevas estrategias, al tiempo que la reacción también podría buscar reducir el Estado, lo que implicaría un cambio bastante drástico, pero sostenido bajo una idea de libertad. Sin embargo, lo que hemos querido resaltar es la relevancia de la aparente simplicidad lingüística con que opera el pensamiento reaccionario, a partir de un conjunto de manidos y repetidos argumentos empleados de manera retórica e *intransigente*, cuya desatención ha implicado altos costos.

Cuando la nueva derecha radical comenzó su camino, por los años ochenta, era marginal. Los neonazis eran generalmente detenidos, y las manifestaciones contra militantes de derecha radical eran frecuentes, como recuerda Cas Mudde en uno de sus últimos libros. Cuando el candidato del Partido de Centro (que no era de centro), Hans Janmaat participó de las elecciones de 1982, alcanzando un solo escaño en la Cámara de Representantes de los Estados Generales, las protestas no se hicieron esperar, a la vez que los otros partidos y el gobierno lo ignoraron lo que más pudieron. Una de sus más preciadas estrategias era la lucha contra... la migración. "Avancemos", dice Mudde, "ahora más de tres décadas en el tiempo y veremos que, en la Cámara Baja neerlandesa, hay actualmente veintidós diputados de ultraderecha (sobre un total de cincuenta) –sin que por ello se convoquen manifestaciones–, y que los principales partidos del actual gobierno derechista proponen y aplican políticas que no se apartan en lo más mínimo de lo que, tiempo atrás, era el principal y controvertido argumento defendido por el Partido del Centro: 'Los Países Bajos no son un país de migrantes. ¡Alto a la inmigración!'".

En *Las nuevas caras de la derecha*, Enzo Traverso señala un escollo no tan infrecuente para la crítica, pues cada vez que nos enfrentamos a escenarios nuevos y desconocidos la lengua parece trastabillar. Es lo que advierte ante la escena política de las últimas décadas y para la cual aún no hemos forjado un nuevo lenguaje. Por ahora, señala Traverso, "disponemos de un vocabulario antiguo, herencia del siglo terminado". Palabras desvaídas, prestadas, anacrónicas, imprecisas. Fascismo, neofascismo, posfascismo. El debate terminológico se inscribe en esta "situación transitoria". El primero desencaja en el presente. El segundo le da un toque de renovación, pero se mantiene dentro de la matriz anterior. El tercero busca dar cuenta de lo inédito, aunque sin desligar aquellos filamentos que permanecen. ¿Habrá que esperar a que nuevas palabras broten? ¿Qué pasa con las que circulan? ¿Qué espacios

hemos dejado de atender? La lengua nos habla, recordando nuevamente a Klemperer, pues las palabras, insistimos, no solo expresan el mundo, sino que también lo configuran: las palabras portan valores, modelan prácticas y tienen la capacidad de llegar muy lejos sin que lo percibamos. El mismo Klemperer se sorprendía de usar términos que él identificaba con la lengua del Tercer Reich (LTI). En este mismo sentido, Alia Trabucco pregunta si no ha sido precisamente el lenguaje unos de los aspectos desatendidos por las izquierdas, que tiende a iterarlo. ¿Y si resultara, nos pregunta, que se trata de “la herramienta más eficaz y penetrante de las ultraderechas actuales”? ¿No será esa capacidad de inmiscuirse no solo en el habla cotidiana sino incluso en el discurso de sus opositores lo que nos tiene hablando una misma lengua, incluso obturando ya no solo otro lenguaje sino el futuro mismo? Por fortuna las palabras, las formas y las herramientas también se pueden torcer, agenciar. Reapropiar. Pero hay que dedicarles tiempo.

¿Qué permanece entonces de las estrategias y del lenguaje reaccionario del siglo pasado? Uno de los recursos que llama la atención es la dimensión hiperbólica. No sólo como tropo sino como forma. Y precisamente habrá que preguntarse por las formas que adopta hoy. El lenguaje de redes sociales, por ejemplo, emplea la mayúscula sostenida para exagerar e imponerse. Es un recurso bélico (BALAS, BALAS, BALAS) que, como bien indica Luis Ignacio García, puede pasar al acto. Pero qué intervalo hay entre el decir y el hacer. Judith Butler no nos deja ir tan rápido. Difícil es imaginar, dice, que un enunciado se pueda convertir casi al instante en acción. ¿Cómo es posible imaginar, pregunta, que el lenguaje se escucha y se toma como motivación, mecánica o contagiosamente, induciendo al oyente a actuar? La relación performática no es tan mecánica ni contagiosa. Se requieren ciertas condiciones ilocutivas (enunciación) y perlocutivas (efectos) para que ello ocurra. João Cezar de Castro Rocha atiende precisamente esos intervalos en el caso de los bolsonaristas. ¿Proezas del realismo mágico? ¡No! Discursos

de odio, de un lado; disonancia cognitiva colectiva, de otro. Esto es, en el intervalo lo que queda son los artificios.

Hay, por supuesto, coyunturas históricas que permiten explicar ciertos recursos al uso. ¿Por qué parece haberse vuelto tan contagioso apelar al nacionalismo, al sexismo, al racismo, la xenofobia y el autoritarismo? ¿Estamos volviendo a los años 30 como suele insinuarse con cierta insistencia en algunos análisis políticos? ¿Cómo dar cuenta de lo inédito en la escena política actual? ¿Acompaña el lenguaje al tiempo histórico? Si el posfacismo, tal como lo entiende Traverso, “enfatisa una *distancia cronológica* y ubica lo que sucede hoy en una secuencia histórica configurada tanto por la continuidad como por la transformación”, cómo dar cuenta también de una distancia espacial. Es decir, ¿qué otras tramas articulan los posfacismos en lugares tan disímiles como Francia, Filipinas o Argentina? ¿Qué énfasis privilegian? ¿Por qué el avance de la derecha radical ha sido tan devastador en Brasil? ¿Cómo echó raíces tan rápido y profundamente en todas las clases sociales? ¿De qué modo encontró su punto de fuga en una figura tan extravagante como la de un Jair Messias Bolsonaro? ¿Por qué el anticomunismo sigue siendo una estrategia tan eficaz para azuzar el odio en Brasil y en Chile, mientras el antifeminismo lo es en España y el antiislamismo en Francia?

El avance de las derechas radicales es, evidentemente, una respuesta reactiva a las diversas crisis que atravesamos en las últimas décadas: económico financiera, del trabajo, de las instituciones, de la matriz masculina blanca heterosexual, entre otras. Pero ¿habrá algo más tras él? ¿Habrá solo regresión o se re-encarnará alguna promesa? ¿Cuáles serían esos rasgos lingüísticos compartidos por el fascismo histórico y las derechas radicales de hoy, llámeles también ultra o extrema? ¿Seguirán siendo las palabras “dosis ínfimas”, silentes, de “arsénico”, como indicó Klemperer? ¿Serán los discursos de odio los encargados

de diseminar hoy dicha letalidad? Y qué pasa con las izquierdas: ¿han abandonado su horizonte de futuro? ¿han dejado de disputar la palabra y las formas? ¿Cómo combatir los discursos de odio? ¿Cómo contrarrestar las contraestrategias?

Estas y otras preguntas son las que merodean (a) las y los autores de los textos aquí reunidos. Como el título mismo indica, las cuestiones del lenguaje son aquí cuestiones de primer orden. No se trata simplemente de promover neologismos, advertir tropos, multiplicar prefijos o regocijarse en el ocio filológico. Se trata de analizar críticamente la dimensión retórica-discursiva de las derechas radicales (discursos, prácticas, valores, formas, estrategias, herramientas), pero también de entrever posibilidades retóricas y discursivas para las izquierdas. Qué es politizar el lenguaje sino disputar las palabras, crear relatos, apuntalar horizontes de futuro. “La verdadera derrota es el abandono de la imaginación”, leemos en una de las contribuciones. Disputar la palabra es, al fin y al cabo, disputar la posibilidad de un común. ¡Qué mejor aliada!

Si los militantes de la derecha radical comprendieron la importancia de la apropiación de los recursos y herramientas culturales existentes (el meme para el empaquetamiento de los mensajes en la *culture-jamming*, las técnicas publicitarias para la creación de contenido en redes sociales), la reapropiación y la creación de contranarrativas pueden ser una importante posibilidad para las izquierdas. Pero, ante todo, hay que asumir con la mayor rigurosidad posible lo que pueden, con un cuerpo tan pequeño, las palabras.

El fascismo como concepto transhistórico

Enzo Traverso

El fascismo ha rebasado recientemente los límites del debate historiográfico, donde muchos observadores pensaban que había quedado definitivamente relegado, para volver espectacularmente a la agenda política. La tendencia es global. Desde la década de 1930, el mundo no ha experimentado un crecimiento similar de los movimientos de derecha radical, lo que inevitablemente despierta la memoria del fascismo. En un principio, el fenómeno apareció en la Europa continental, con el surgimiento del Frente Nacional en Francia y otros movimientos de extrema derecha en los países del antiguo bloque soviético. Hoy en día, los partidos de extrema derecha están fuertemente representados en casi todos los países de la Unión Europea, a veces incluso como fuerzas gubernamentales. El éxito de Alternativa para Alemania [*Alternative für Deutschland*] y Vox demuestra que Alemania y España ya no son la excepción. La ola se convirtió en tsunami y desbordó otros continentes, con la elección de Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil, Narendra Modi en India y Rodrigo Duterte en Filipinas. El nacionalismo, el racismo, la xenofobia y el autoritarismo se han vuelto altamente contagiosos. Por todas partes, los fantasmas del fascismo reaparecen y

reabren viejos debates: ¿estamos volviendo a los años 30? ¿Captura el concepto de fascismo la novedad de nuestra situación?

Como nos recordaba Reinhart Koselleck, existe una tensión entre los hechos históricos y su transcripción lingüística. Esto no significa que sólo los conceptos sean indispensables para pensar una experiencia histórica. También que pueden trascenderla y ser utilizados para aprehender nuevas realidades, que se conectan con el pasado a través de una red de continuidad memorial. Las comparaciones históricas –el fascismo es uno de sus dominios privilegiados– surgen de esta tensión entre historia y lenguaje; a menudo son extremadamente fructíferos, pero establecen analogías y diferencias más que homologías y repeticiones. A veces, revelan que los viejos conceptos ya no funcionan y hay que renovarlos.

Hoy, este enredo entre pasado y presente muestra una semántica ambigua: por un lado, casi nadie apoya abiertamente el fascismo –Bolsonaro es la excepción que confirma la regla– y la mayoría de los observadores reconocen las diferencias existentes entre los movimientos de la derecha radical y sus antecesores de los 30; por otro lado, cualquier intento de definir este nuevo fenómeno implica una comparación con los años de entreguerras. En definitiva, el concepto de fascismo parece a la vez inapropiado e indispensable para captar esta nueva realidad. Por eso prefiero hablar de posfascismo, definición que enfatiza una distancia cronológica y ubica lo que sucede hoy en una secuencia histórica configurada tanto por la continuidad como por la transformación. Cronológicamente, esta constelación de derecha viene después del fascismo clásico y pertenece a un contexto histórico diferente; políticamente, no se puede definir sin compararlo con el fascismo clásico, que sigue siendo una experiencia fundacional. Por un lado, ya no es fascismo; por otro, no es completamente diferente; es algo intermedio. El concepto de posfascismo ciertamente no responde a todas las preguntas abiertas, pero corresponde a este paso de transición.

No debemos olvidar que la categoría de fascismo se ha utilizado con frecuencia después de la Segunda Guerra Mundial. En 1959, Theodor Adorno escribió que “la supervivencia del nacionalsocialismo dentro de la democracia” era potencialmente más peligrosa que “la supervivencia de las tendencias fascistas contra la democracia”. En 1974, Pier Paolo Pasolini describió los modelos antropológicos del capitalismo neoliberal –entonces aún embrionario– como un “nuevo fascismo” frente al cual el régimen de Mussolini parecía irremediablemente arcaico, como una suerte de “paleofascismo” (con similares argumentos, Umberto Eco habló de “ur-fascismo”). Y hace diez años, muchos historiadores que intentaron interpretar la Italia de Berlusconi reconocieron su intimidad –si no su filiación– con el fascismo clásico. Por supuesto, había enormes diferencias entre el fundador de un estado totalitario y un exitoso hombre de negocios que poseía varios canales de televisión, pero la concepción plebiscitaria de la democracia y el liderazgo carismático de Berlusconi evocaba fuertemente el arquetipo fascista. Y Berlusconi fue un modesto precursor de Donald Trump.

Por lo tanto, el fascismo no solo es transnacional –o transatlántico, según Federico Finchelstein, el historiador del fascismo argentino– sino que también es transhistórico. Es la memoria colectiva la que establece un vínculo entre un concepto y su uso público, que inevitablemente excede una dimensión puramente historiográfica. De hecho, esto es cierto para muchos de los conceptos de nuestro léxico político. Decir que Estados Unidos, la República Federal de Alemania y Francia son democracias no significa postular la identidad de sus sistemas políticos, ni pretender que se corresponderían con la democracia ateniense de la época de Pericles. En el siglo XXI, el fascismo no tomará la cara de Mussolini, Hitler y Franco, ni, con suerte, la forma de un terror totalitario, pero hay muchas formas de destruir la democracia. La referencia ritual a las amenazas a la democracia –bárbaros a las puertas: tropo machacado por todos los medios desde el surgimiento del

terrorismo islámico— olvida una lección fundamental de la historia del fascismo: la democracia puede ser destruida desde adentro.

El ascenso de la derecha radical no es la única analogía que podemos hacer con la situación de entre las dos guerras mundiales. Otras similitudes son evidentes y se han enfatizado con frecuencia, desde la falta de un orden internacional hasta las olas concéntricas de la crisis económica de 2008. El caos global de las décadas de 1920 y 1930 dependió del colapso del “concierto europeo” del siglo XIX, mientras que en la actualidad resulta del fin de la Guerra Fría y su mundo bipolar. Como sabemos, la inestabilidad internacional siempre aumenta la demanda de hombres fuertes. A veces, el enredo de crisis e inestabilidad produce eventos que se convierten en trágicas repeticiones. Piénsese en la crisis de refugiados de 2015, que recuerda la conferencia de Evian de 1938, cuando las democracias occidentales concluyeron que no recibirían a los judíos que huían de la Alemania nazi.

Estos paralelismos son significativos, pero se entrelazan con algunas diferencias cruciales que complican y problematizan la comparación. En este ensayo me gustaría destacar los más relevantes: la violencia, el anticomunismo, la utopía, el racismo y la actitud de las élites económicas y políticas.

Violencia

La primera diferencia es obvia, pero no es una buena razón para ignorarla o exagerarla. La violencia fue central tanto en la ideología como en la práctica del fascismo clásico. Fue producto de la “brutalización” de la Europa continental durante la Gran Guerra, hablando con George L. Mosse. La guerra moldeó el ámbito de la política al transformar su lenguaje y sus medios de acción. En muchos países, especialmente en

los que habían sido derrotados, el monopolio estatal de la violencia legítima había sido radicalmente cuestionado y la política había tomado las armas. Muchos partidos crearon su propia milicia. Hoy, por el contrario, la mayoría de los líderes de la derecha radical están acostumbrados a aparecer en nuestras pantallas de televisión; ya no encienden multitudes histéricas ni asisten a mítines masivos en los que sus seguidores marchan vestidos de uniforme. Entre sus activistas, la violencia es la excepción –como la masacre de Utoya de 2011 o el ataque automovilístico de Charlottesville seis años después–, no la regla. El posfascismo ha surgido después de setenta años de paz en la mayoría de los países occidentales. A partir de entonces, su relación con la democracia es diferente y no exhibe un carácter “subversivo”. Occidente pudo “exportar” violencia fuera de sus fronteras, principalmente en el Medio Oriente, y está acostumbrado a representar a una de sus criaturas –el terrorismo–, como una amenaza externa. Pero esto es una forma de exorcismo

Anticomunismo

Un pilar fundamental del fascismo clásico fue el anticomunismo. Después de la Gran Guerra, el anticomunismo fue el crisol para la transformación del nacionalismo de la derecha conservadora a la derecha “revolucionaria”: Mussolini definió su movimiento como “revolución contra revolución”. Hoy, tras el colapso del socialismo real y el fin de la URSS, el anticomunismo ha perdido tanto su atractivo como su significado. A veces sobrevive –piénsese en la campaña de Bolsonaro contra el “marxismo cultural”–, pero se ha vuelto marginal. Esto tiene algunas consecuencias considerables. Ya no existe una poderosa frontera que en el pasado separaba al fascismo de las clases trabajadoras. De esta manera, Le Pen, Salvini, Orbán y Trump han reintegrado a la clase obrera a un imaginario

nacionalista. Por supuesto, se refieren a una clase obrera "nacional" (sin inmigrantes), compuesta mayoritariamente por hombres blancos, pero pretenden defenderlos de la globalización. Reivindican una especie de estado de bienestar étnicamente circunscrito que se opone a una política neoliberal de privatización. Un obstáculo importante ha caído. En una perspectiva histórica, el posfascismo también podría verse como el resultado de la derrota de las revoluciones del siglo XX: después del colapso del comunismo y la adopción de la razón neoliberal por parte de la mayoría de los partidos socialdemócratas, los movimientos de derecha radical se han convertido, en muchos países, en las fuerzas más influyentes que se oponen al "establishment" sin mostrar un rostro subversivo y evitando cualquier competencia con una izquierda desmovilizada.

Este cambio está lejos de ser anecdótico. En la década de 1930, el fascismo no pudo conquistar a las clases trabajadoras, que seguían impregnadas de una cultura socialista y organizadas por partidos y sindicatos de izquierda. Un sólido muro separaba sus valores, identidades y lenguas; expresaron diferentes rituales y símbolos. Cuando llegó al poder, el fascismo no pudo integrar el movimiento obrero en su propio sistema social y político; se vio obligado a destruirlo. Hoy, esta división ha desaparecido. En muchos países europeos, los antiguos bastiones de la izquierda se han convertido, con una inversión espectacular del panorama electoral tradicional, en los baluartes de los partidos de extrema derecha.

La derecha radical reivindica el paradigma populista clásico de la gente "buena" frente a las élites corruptas, pero lo ha reformulado significativamente. En el pasado, la gente "buena" significaba una comunidad rural étnicamente homogénea opuesta a las "clases peligrosas" de las grandes ciudades. Tras el fin del comunismo, una clase obrera derrotada golpeada por la desindustrialización se ha reintegrado a esta virtuosa comunidad nacional. Los "malos" del imaginario posfas-

cista –inmigrantes, musulmanes y negros de los suburbios, mujeres con velo, yonquis y hombres marginales– se fusionan con las clases ociosas que adoptan costumbres liberadas: feministas, LGBTIQ+, antirracistas, ecologistas y defensores de los derechos de los inmigrantes. En el espectro opuesto, las “buenas” personas son nacionalistas, antifeministas, homofóbicas, xenófobas y alimentan una clara hostilidad hacia la ecología, las artes modernas y el intelectualismo.

Anti-utopismo

El posfascismo pertenece a una época “posideológica” configurada por el derrumbe de las esperanzas del siglo XX y no rompe un nuevo régimen de temporalidad que, hablando una vez más con Koselleck, se ve privado de todo “horizonte de expectativa”. En la década de 1930, el fascismo reivindicó una “revolución nacional” y se describió a sí mismo como una civilización alternativa opuesta tanto al liberalismo como al comunismo. Anunció el nacimiento de un “Hombre Nuevo” que habría de regenerar el continente reemplazando a las viejas y decadentes democracias. Por el contrario, el posfascismo no tiene ambiciones utópicas. Su modernidad radica en los medios de su propaganda –todos sus líderes están familiarizados con la publicidad y la comunicación televisiva–, más que en su proyecto, que es profundamente conservador. Frente a los enemigos de la civilización –la globalización, la inmigración, el islam, el terrorismo–, la derecha radical sólo reclama una vuelta al pasado: moneda nacional, soberanía nacional, “preferencia nacional”, detención de la inmigración, preservación de las raíces cristianas de los países occidentales, jerarquías de género, defensa de la familia, etc.

Desde este punto de vista, la nueva derecha radical es más neoconservadora que fascista; pertenece a la tradición del “pesimismo cultural”

(el *Kulturpessimismus* descrito por Fritz Stern) más que a la “revolución conservadora”, que proyectó valores aristocráticos y antidemocráticos en un futuro orden político (una peculiar mezcla de oscurantismo y tecnología idealizada). Piénsese en el ideólogo de Alternative für Deutschland, Rolf-Peter Sieferle. Escribió un panfleto pesimista en el que se quejaba de la decadencia de Alemania, dominada por valores cosmopolitas y posnacionales, y completamente remodelada por la idea de Habermas de “patriotismo constitucional”. Tras publicar su testamento intelectual, *Finis Germania* (2017), se suicidó. En resumen, esta no es la trayectoria de un “redentor”. Recuerda una vez más el discurso resignado sobre la “decadencia” elaborado por Arthur Gobineau y Oswald Spengler en el siglo XIX y principios del XX, más que el llamado moderno a la venganza y la regeneración encarnado por Maurice Barrès y Ernst Jünger, los pensadores del “nacionalismo integral”, la “movilización total” y el advenimiento de la era de los nuevos “milicianos”. Su antimodernismo es la antípoda de la propensión a la estetización de la política tan típica del fascismo clásico.

De hecho, existe una sorprendente simetría en la falta de futuro que se da tanto en la cultura posfascista como en la izquierda radical. El eclipse del mito de un “Reich de los Mil Años” o el renacimiento del Imperio Romano se corresponde con el fin de la utopía socialista. Hoy no hay equivalente a la competencia entre el bolchevismo y el fascismo para conquistar el futuro que tan profundamente moldeó la década de 1930. Esta competencia que, según Ernst Bloch, se desarrollaba en el inconsciente y los sueños de las masas, pertenece a la primera mitad del siglo pasado. Mientras que muchos movimientos de izquierda como Occupy Wall Street en EE.UU., el 15-M en España o la Nuit debout en Francia intentaron construir un nuevo proyecto de futuro, el posfascismo llena el vacío dejado por un desaparecido “horizonte de expectación” con una retirada reaccionaria al pasado.

Xenofobia

Una característica común de la derecha radical es la xenofobia. El odio a los inmigrantes da forma a su ideología e inspira su acción. Transforman a los “inmigrantes” en “enemigos infiltrados”, cuerpos extraños que amenazan la salud de una comunidad nacional. La globalización ha engendrado una serie de poderosas reacciones, muy diversas y a menudo diametralmente opuestas. De todas ellas, el posfascismo es sin duda la más regresiva: un renacimiento del nacionalismo étnico. Rechaza el pluralismo cultural en nombre de identidades monolíticas y niega el pluralismo racial o religioso. Transforma el paradigma del extranjero de Georg Simmel en la figura del enemigo de Carl Schmitt. La búsqueda de un chivo expiatorio es un elemento constitutivo del discurso fascista, y el posfascismo no se desvía de ese camino, aunque es más un innovador que un seguidor: el principal objetivo de su odio ya no son los judíos, sino los musulmanes. Este paso del antisemitismo a la islamofobia es un cambio significativo que merece ser analizado.

El fascismo era fuertemente antisemita. El antisemitismo dio forma a toda la visión del mundo del nacionalsocialismo alemán y afectó profundamente a las variedades de nacionalismos radicales franceses; se introdujo en las leyes del régimen fascista italiano en 1938 e incluso en España, donde los judíos habían sido expulsados a finales del siglo XV, la propaganda de Franco los identificaba con los rojos como enemigos del nacionalcatolicismo. Por supuesto, en la primera mitad del siglo XX, el antisemitismo estaba muy extendido casi en todas partes, desde las capas aristocráticas y burguesas –donde estableció límites simbólicos–, hasta la *intelligentsia*: muchos de los escritores más leídos de la década de 1930 no ocultaron su odio hacia los judíos.

Hoy, sin embargo, los inmigrantes musulmanes han reemplazado a los judíos en el discurso racista. El racismo –una doctrina científica basada

en teorías biológicas– ha sido reemplazado por un prejuicio cultural que enfatiza una discrepancia irreductible entre la Europa “judeo-cristiana” y el mundo islámico. El antisemitismo tradicional, que dio forma a todos los nacionalismos europeos durante más de un siglo, no ha desaparecido –los periódicos ataques de neonazis contra sinagogas y escuelas judías tanto en Europa como en los Estados Unidos prueban su persistencia–, sino que se ha convertido en un fenómeno residual o ha transmigrado de la derecha al fundamentalismo islámico [*has transmigrated from the right to Islamic fundamentalism*]. Como en un sistema de vasos comunicantes, el antisemitismo de antes de la guerra declinó y aumentó la islamofobia. De hecho, hay una cierta continuidad en este traslado histórico. La representación posfascista del enemigo reproduce el viejo paradigma racial y, al igual que el antiguo bolchevique judío, el terrorista islámico suele ser representado con rasgos físicos que acentúan su alteridad.

En un siglo, la ambición intelectual de la derecha radical ha disminuido significativamente. Hoy en día no existe el equivalente de la Francia judía de Edouard Drumont (1882) ni de *Los fundamentos del siglo XIX* (1899) de Houston Stewart Chamberlain, como tampoco de los ensayos sobre antropología racial de Hans Günther de los años treinta. El nuevo nacionalismo no ha producido escritores como Louis Ferdinand Céline y Pierre Drieu La Rochelle, por no hablar de filósofos como Giovanni Gentile, Martin Heidegger y Carl Schmitt. El humus cultural del posfascismo no se nutre de la creación literaria –excepto quizás *Sumisión* (2016) de Michel Houellebecq, que retrata a una Francia en el 2022 transformada en una República Islámica–, sino de una campaña masiva para ganar la atención de los medios. Numerosas personalidades políticas e intelectuales, canales de televisión y revistas populares que no pueden ser calificadas de fascistas, han contribuido a construir este humus cultural. Podríamos recordar la prosa inflamada de Oriana Fallaci sobre los musulmanes que “se reproducen como ratas” y orinan contra los muros de nuestras catedrales.

George L. Mosse había señalado que, en el fascismo clásico, las palabras habladas eran más importantes que los textos escritos. En una época en la que la cultura de la palabra y la imagen canalizadas por la televisión y las redes sociales ha sustituido a la textualidad, no es de extrañar que el discurso posfascista se propague en primer lugar a través de los medios de comunicación, cediendo un lugar secundario a las producciones literarias (que se convierten en útiles –como *Sumisión*– en la medida en que se transforman en eventos mediáticos).

Podemos observar muchas similitudes significativas entre la islamofobia actual y el antisemitismo de fin de siglo, en una era prefascista. Pero deberíamos distinguir entre Francia y Alemania. Después del caso Dreyfus, el antisemitismo francés estigmatizó a los inmigrantes judíos de Polonia y Rusia, pero su objetivo principal fueron los altos funcionarios (*juifs d'Etat*) que, bajo la Tercera República, ocuparon puestos muy importantes en la burocracia, el ejército, las instituciones académicas y el gobierno. El propio capitán Dreyfus era un símbolo de tal ascensión social. En la época del Frente Popular, el objetivo del antisemitismo era Léon Blum, un dandi judío que encarnaba la imagen de una República conquistada por la "Anti-Francia". Los judíos fueron designados como "un Estado dentro del Estado", una posición que ciertamente no se corresponde con la situación actual de las minorías musulmanas que siguen estando enormemente subrepresentadas dentro de las instituciones de los países europeos.

Así, la comparación sería más pertinente con la Alemania guillermina, donde los judíos fueron cuidadosamente excluidos de la maquinaria estatal justo cuando los periódicos advirtieron contra una "invasión judía" (*Verjudung*) que estaba poniendo en tela de juicio la matriz étnica y religiosa del Reich. El antisemitismo desempeñó el papel de un "código cultural" que permitió a los alemanes definir *negativamente* una conciencia nacional, en un país desgarrado por la rápida moder-

nización y urbanización, en la que los judíos aparecían como su grupo más dinámico. En otras palabras, un alemán era ante todo un no judío. Hoy, de manera similar, el Islam se está convirtiendo en un código cultural que permite a los europeos encontrar, por una demarcación negativa, su identidad nacional “perdida”, amenazada o sumergida en el proceso de globalización.

A veces, el antisemitismo y la islamofobia coexisten en el discurso posfascista como dos figuras retóricas complementarias. El caso más llamativo de esta combinación lo encontramos con Viktor Orbán, el jefe del gobierno húngaro, que denuncia una doble amenaza: una conspiración financiera organizada por una élite judía de Wall Street (el blanco habitual de sus discursos es el banquero George Soros), y una amenaza demográfica encarnada por la inmigración masiva: la “invasión islámica”. Si bien de manera menos explícita que Viktor Orbán, otros líderes de extrema derecha de Europa central y occidental también suelen esgrimir argumentos similares. Pero no debemos pasar por alto las múltiples contradicciones de tal retórica xenófoba: Viktor Orbán, al igual que Trump, Bolsonaro y otros líderes de extrema derecha, tiene una muy buena relación con Israel, al que consideran un poderoso bastión antiislámico (y como un intermediario útil entre el grupo de Visegrad y los EE.UU.). Recuérdese a Matteo Salvini, el líder de la derecha radical italiana, que se hizo famoso internacionalmente cuando, como Ministro del Interior, impidió que barcos con refugiados de algunas ONG llegaran a las costas de Sicilia. Tiempo después, participó en masivos mítines contra los inmigrantes y organizó una conferencia contra el antisemitismo en Roma, junto al embajador de Israel como invitado distinguido.

En Francia, el mito de la “invasión islámica” se formuló por primera vez como un tropo literario que rápidamente se convirtió en un eslogan: el “gran reemplazo” (*le grand remplacement*). El inventor de esta figura

retórica –la “islamización” de Francia– es Renaud Camus, un escritor que no oculta su cercanía con el Frente Nacional. Hace quince años, se quejó en su diario de la abrumadora presencia judía en los medios culturales franceses; en los años siguientes, cambió su enfoque a los musulmanes, los actores del “gran reemplazo”. Camus pertenece a la vieja escuela del conservadurismo francés. Su queja sobre la desaparición de la Francia eterna tiene el angustioso sabor de los panfletos de Léon Bloy. Sin embargo, los defensores más populares de la teoría del “gran reemplazo” son dos intelectuales públicos: Eric Zemmour y Alain Finkielkraut. Zemmour ha dedicado a este tema un libro de gran éxito –500.000 ejemplares vendidos en seis meses– titulado *El suicidio francés* (2015). Finkielkraut es autor de otro best-seller, *La identidad desdichada*, en el que describe la desesperación de una gran nación enfrentada a dos calamidades: el multiculturalismo y una hibridez erróneamente idealizada (el “melting pot” francés, el *métissage* de una Francia “Black-Blanc-Beur”, es decir, negros, blancos y magrebíes: una imagen nacional que se hizo muy popular después de la victoria de Francia en la Copa Mundial de Fútbol en 1998).

Puesto en una perspectiva histórica, el mito del “gran reemplazo” revela algunas afinidades sorprendentes con un estereotipo antisemita clásico. Este discurso no difiere mucho del nacionalismo alemán de finales del siglo XIX. En 1880, Heinrich von Treitschke, el historiador alemán más respetado, deploró la “intrusión” (*Einbruch*) de los judíos en la sociedad alemana, donde sacudieron las costumbres de la *Kultur* y actuaron, según él, como elemento corruptor. La conclusión de Treitschke fue una nota de desesperación que se convirtió en una especie de eslogan: “los judíos son nuestra desgracia” (*die Juden sind unser Unglück*). Este eslogan fue apropiado por el nacionalsocialismo en la década de 1930. De hecho, la “infelicidad” de Finkielkraut y Treitschke tiene las mismas raíces: un descontento similar frente a la modernización y la globalización combinado con la búsqueda de un chivo expiatorio.

En EE. UU., el equivalente al “gran reemplazo” es el eslogan de Donald Trump “*America first*” (América primero) que, al igual que su homólogo francés, tiene una interesante genealogía analizada por Sarah Churchwell (2018). Las palabras tienen su propia historia de la que incluso sus hablantes pueden no ser conscientes. Robert O. Paxton, un distinguido historiador del fascismo, señaló que, a pesar de sus frecuentes comportamientos y valoraciones casi fascistas, es probable que Donald Trump nunca haya leído ningún libro sobre el fascismo. Sin embargo, su lema está cargado de un largo y pesado pasado. Hasta la Primera Guerra Mundial, “América primero” era el mantra del aislacionismo; evocó un espíritu de egoísmo y la convicción de que los intereses nacionales deben ser defendidos sin importar las circunstancias externas. Pero la Gran Guerra fue un punto de inflexión. Desde principios de la década de 1920, este lema tomó otro sentido, hasta condensar las pretensiones de un nuevo nativismo que, según muchos contemporáneos, expresaba los rasgos de un posible fascismo estadounidense. Impulsado por el “temor rojo” antibolchevique y el ascenso del KKK, que alcanzó en ese momento su mayor influencia, “América primero” fue reinterpretado en términos de racismo biológico. Estados Unidos debía protegerse de la inmigración masiva, una amenaza externa proveniente del sur y este de Europa que estaba modificando las bases biológicas de su civilización. Los campesinos italianos, polacos y balcánicos, así como los judíos orientales, estaban destruyendo el nordicismo, el pilar de la América tradicional, es decir, la América WASP, correspondiente a *White Anglo-Saxon Protestant* [blancos anglosajones y protestantes]. Los equivalentes estadounidenses de Chamberlain, Drumont, Barrès y Maurras fueron el eugenista Madison Grant, autor de *La caída de la gran raza* (1916), y *La creciente marea de color contra la supremacía mundial blanca* (1920) de Lothrop Stoddard. Ambos anunciaban un futuro de decadencia para una nación que, a causa de la inmigración, no podía seguir siendo una “población homogénea de sangre nórdica”. Esta gran campaña resultó en la Ley de Orígenes Nacionales de 1924, apoyada con entusiasmo por el KKK, que redujo la

inmigración en más del 80% al fijar cuotas nacionales correspondientes al promedio de cada nación en 1890, cuando recién comenzaba la ola de inmigración del sur y este de Europa.

En la era del *New Deal* (nuevo trato), esta ola de nativismo racista desapareció, hasta su espectacular regreso con Donald Trump. Así, no es muy difícil esbozar el trasfondo histórico de sus discursos contra los inmigrantes latinos y musulmanes. En enero de 2018, conmocionó a la opinión pública cuando declaró que Estados Unidos debería dejar de recibir a “toda esta gente de países de mierda” como África y Haití, en lugar de admitir “más gente de lugares como Noruega”. En 2018, como en 1924, detener la inmigración era “una cuestión de vida o muerte para América”, la condición “para hacer que América vuelva a ser grande”.

El regreso de lo colonial reprimido

La islamofobia, sin embargo, no es un simple sucedáneo del antiguo antisemitismo, en la medida en que sus raíces son antiguas y posee una tradición propia, que es el colonialismo. En Europa, el colonialismo había inventado una antropología política basada en la dicotomía entre ciudadanos y sujetos coloniales –en francés, las categorías legales de *citoyens* e *indigènes*– que fijaba fronteras sociales, espaciales, raciales y políticas.

La matriz colonial de la islamofobia nos da una clave para entender las metamorfosis ideológicas del posfascismo, que ha abandonado las ambiciones imperiales y conquistadoras del fascismo clásico para adoptar una postura mucho más conservadora y “defensiva”. No desea conquistar, sino expulsar (hasta el punto de criticar las guerras neoimperiales llevadas a cabo desde principios de la década de 1990 por EE.UU. y sus aliados occidentales). Mientras que el colonialismo del siglo XIX

deseaba cumplir su “misión civilizadora” apoderándose de territorios fuera de Europa, la islamofobia poscolonial lucha contra un enemigo interior en nombre de los mismos valores. El rechazo reemplazó a la ocupación, pero sus motivaciones no cambiaron: en el pasado, la conquista apuntaba a subyugar y “civilizar”; hoy, la expulsión tiene como objetivo “proteger” la civilización. Esto explica los debates recurrentes sobre el laicismo y el velo islámico, especialmente en Francia, que llevaron a leyes islamófobas que lo prohibieron en lugares públicos. Este acuerdo consensuado sobre una concepción neocolonial y discriminatoria de la laicidad ha contribuido significativamente a la legitimación del posfascismo en la esfera pública.

Señalé el carácter neoconservador del posfascismo, pero esta tendencia está formada por muchas contradicciones y no debe interpretarse como un retorno a Joseph de Maistre. Surgido de una tradición política consolidada de democracia liberal y de un modelo antropológico de individualismo posesivo construido por sociedades de mercado, el posfascismo ha roto con el tipo ideal fascista y, en muchos casos, reivindica el legado de la Ilustración. En la era posttotalitaria de los derechos humanos, esto le da respetabilidad.

El colonialismo clásico se había producido en nombre del progreso y del universalismo; esta es la tradición con la que el posfascismo intenta fusionarse. No justifica su guerra contra el Islam con los viejos y hoy ya inaceptables argumentos del racismo doctrinal, sino con la filosofía de los Derechos Humanos. Marine Le Pen –que se ha distanciado claramente de su padre en este tema– no quiere defender exclusivamente a los franceses nativos frente a los inmigrantes; ella desea defender también a las mujeres contra el oscurantismo islámico. La homofobia y la islamofobia que simpatiza con las comunidades LGBTIQ+ coexisten en esta cambiante derecha radical. En Holanda, el feminismo y los derechos de los homosexuales han sido las banderas de una violenta campaña

xenófoba contra la inmigración y los musulmanes, protagonizada primero por Pim Fortuyn y luego por su sucesor Gert Wilders.

Élites

La última diferencia significativa entre el fascismo clásico y el pos-fascismo radica en la posición de las élites globales. En la década de 1930, el miedo al comunismo empujó a las élites a aceptar a Hitler, Mussolini y Franco. Como han señalado varios historiadores, estos dictadores ciertamente se beneficiaron de los muchos “errores de cálculo” cometidos por los estadistas y los partidos conservadores tradicionales, pero no hay duda de que sin la Revolución Rusa y la depresión mundial, en medio de una República de Weimar que se derrumba, las élites económicas, militares y políticas de Alemania no habrían permitido que Hitler tomara el poder. Despreciaban a Hitler por su origen plebeyo, su fanatismo y su estilo histérico –más que por su racismo o antisemitismo–, pero lo preferían al bolchevismo y estaban dispuestos a acogerlo como un hombre providencial ante la amenaza de una nueva revolución espartaquista. Hoy, *toute proportion gardée*, algo similar podría ocurrir en las elecciones americanas. Las élites globales no son proteccionistas ni están interesadas en detener la inmigración, y no comparten la cultura o el estilo de Trump, pero se acomodan de todo tipo de poder, como ocurrió con Trump mismo durante cuatro años, y como ocurre ahora en Italia o en otros países de la Unión Europea gobernados por la derecha radical.

En Europa, la situación es diferente. Allí, los intereses de las élites económicas están mucho mejor representados por la Unión Europea que por la derecha radical. Este último podría convertirse en un interlocutor creíble y un líder potencial solo en el caso de un colapso del euro

que llevaría al continente a una situación de caos e inestabilidad. Desafortunadamente, no podemos excluir tal posibilidad. Las élites de la Unión Europea recuerdan a los “sonámbulos” al filo de 1914, los titulares del “concierto europeo” que acudieron a la catástrofe sin enterarse de lo que estaba pasando.

Durante los años de entreguerras, las democracias liberales contemplaron el ascenso del fascismo con una actitud ambigua, mezcla de incomprensión y complacencia, cuyas principales expresiones fueron la no intervención de Francia y el Reino Unido durante la Guerra Civil Española y sus concesiones a Hitler en la Conferencia de Múnich en 1938. Una ambigüedad similar parece repetirse hoy, con muchos episodios de colusión entre la derecha radical y la derecha tradicional en varios países del sur y centro de Europa. En el Parlamento Europeo, los seguidores de Victor Orbán se alían con los de Angela Merkel, mientras en Turingia la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y Alternativa para Alemania (AfD) se aliaron contra la izquierda antes de ser desautorizados por la propia Merkel. Estos episodios confirman que el posfascismo es una constelación inestable y puede cambiar en el futuro, pero hasta ahora la derecha radical ha basado su legitimidad en su rechazo al neoliberalismo. Las élites globales son cosmopolitas; encarnan una forma de universalismo económica y culturalmente posnacional que, como señala acertadamente Wolfgang Streek, ha engendrado, por reacción, “una forma de nacionalismo antielitista desde abajo”. El posfascismo supo dar una expresión política a este temible resentimiento.

Las raíces de los movimientos radicales de derecha de hoy en día son antiguas, pero su ascenso fue impulsado por la crisis económica que ha revelado dramáticamente la relación simbiótica entre las élites políticas y las élites financieras. Desde la década de 1990, es decir, desde el final de la Guerra Fría, tanto las fuerzas gubernamentales de derecha como de izquierda han adoptado el neoliberalismo como una

especie de pensamiento único. Esta es la premisa principal del espectacular aumento de la extrema derecha, que finalmente ha aparecido como alternativa. Por lo tanto, temo que la defensa del establishment no sea la respuesta al posfascismo, así como las élites de la década de 1930 no pudieron detener el ascenso del fascismo. La derecha radical, se podría decir, es la respuesta antidemocrática al proceso de “deshacer la democracia” llevado a cabo por la razón neoliberal. En un famoso aforismo de 1939, Max Horkheimer escribió que “quien no quiera hablar de capitalismo debería callar también sobre el fascismo”. Hoy se podría decir: “quien no quiera hablar de neoliberalismo, debería callar también sobre el posfascismo”.

Populismo

Considerando las significativas diferencias entre el fascismo histórico y sus epígonos que he venido mencionando, algunos académicos sugieren representar a estos últimos como populistas. El populismo, argumentan, es una nueva correlación de liderazgo carismático, autoritarismo político, rechazo al pluralismo, nacionalismo étnico, visiones míticas de la soberanía, xenofobia y racismo muchas veces traducidos en leyes discriminatorias. Podemos estar de acuerdo con esta definición. En el discurso público, sin embargo, el populismo es con demasiada frecuencia una fuente de confusión y malentendidos. Hoy en día, las propias élites lo utilizan como arma como una especie de “herramienta de inmunización”. Como no hay alternativa a la razón neoliberal, todos sus críticos son automáticamente estigmatizados como populistas. De manera similar, durante la Guerra Fría se utilizó el término totalitarismo para “inmunizar” al llamado “mundo libre”: el comunismo era intercambiable con el fascismo y todos los críticos de la sociedad de mercado y la democracia liberal eran enemigos totalitarios.

Si el populismo es un dispositivo retórico que consiste en oponer las virtudes encarnadas por un “pueblo” mítico a las élites corruptas, no hay duda de que la mayoría de los movimientos de extrema derecha contemporáneos son populistas. Sin embargo, tal definición simplemente describe su estilo político, pero no logra captar su contenido. Y este contenido puede ser muy diferente. En América Latina, por ejemplo, hay una larga historia de populismo de izquierda que utilizó la demagogia y, a menudo, sobre todo en los últimos tiempos, asumió rasgos autoritarios, pero su objetivo era principalmente incluir a las clases bajas en el sistema social y político a fin de asegurarles algunos derechos fundamentales. En Europa occidental, el populismo de derecha es xenófobo, racista y reivindica políticas de exclusión. Desde el siglo XIX hemos vivido un populismo ruso y otro estadounidense, una gran variedad de populismos latinoamericanos, un populismo de derecha y otro de izquierda. Ahora bien, si populismo significa que Donald Trump es intercambiable con Bernie Sanders, Podemos con Vox, Marine Le Pen con Jean-Luc Mélenchon y Evo Morales con Jair Bolsonaro, creo que se convierte en un concepto inútil. Populismo es una palabra camaleónica: cuando el adjetivo se transforma en sustantivo, su valor heurístico cae dramáticamente. Muy a menudo, populismo es una palabra que revela el desprecio por el pueblo por parte de quienes la utilizan para descalificar a sus adversarios. Por eso creo que posfascismo es una definición más pertinente.

Conclusión

Considerar el fascismo como un concepto transhistórico no significa postular su carácter eterno ni prever su repetición. En el siglo XXI, no puede aparecer sino bajo una nueva forma y, como indiqué al comienzo de este ensayo, probablemente necesitemos nuevas palabras para

describirlo. Si el fascismo es transhistórico, es ante todo porque es mucho más que un simple objeto historiográfico. Es también un ámbito de la memoria y es como tal que afecta nuestro presente y nuestro imaginario político. De nada sirve conmemorar el Holocausto si no nos ayuda a luchar contra el racismo del presente. Estudiar el fascismo sería igualmente inútil si no nos inculca la conciencia de que las democracias son conquistas frágiles, que a veces implosionan y que la historia del siglo XX es también la historia de su desintegración.

Adenda: El posfascismo de Vladimir Putin¹

La transición del antisemitismo a la islamofobia es sólo una de las muchas expresiones de la diversidad y los cambios del posfascismo. Esta

diversidad es el contexto en el que debe insertarse el más reciente de los debates sobre la nueva derecha, el que surgió a partir de la invasión rusa a Ucrania, que llevó a muchos analistas a ver en el régimen de Vladimir Putin la forma completa del fascismo contemporáneo. Este diagnóstico se basa en numerosos elementos indiscutibles a los ojos del observador más superficial: una sociedad civil asfixiada, todas las formas de disidencia reprimidas y perseguidas, un sistema político autoritario, los medios de comunicación transformados en órganos de propaganda, el nacionalismo impuesto como ideología oficial, un líder carismático, una economía controlada por el poder (basada en la exportación de gas y petróleo, encarnada por una oligarquía que mantiene relaciones simbióticas con la élite gobernante) y, finalmente, una política expansionista que tiene profundas raíces en la historia del imperialismo ruso. Todo esto es innegable y en definitiva justifica la definición de Putin como fascista, a pesar de su lenguaje (una pro-

*“Dal fascismo al postfascismo”, *Jacobin Italia* 16 (2022): 16-23, fragmento tomado de las páginas 22-23.*

paganda destinada a presentar la agresión de Ucrania como una purga 'antnazí'). Pero al igual que los posfascismos considerados hasta ahora, el ruso también es esencialmente defensivo y conservador, muy diferente del fascismo clásico. Hitler quería conquistar Europa y hacer de la Unión Soviética el equivalente de la India británica; Mussolini quería hacer del Mediterráneo y gran parte de África Oriental el "espacio vital" italiano. El imperialismo fascista fue expansivo y fue parte de la larga tradición del colonialismo europeo. El expansionismo de la Rusia de Putin es defensivo, porque surge del intento desesperado de Rusia por preservar un estatus de gran potencia irreversiblemente cuestionado al final de la Guerra Fría. Basta echar un vistazo a las cambiantes fronteras geopolíticas de Europa para visualizar el dramático declive de la esfera de influencia rusa. Como suele pasar con los dictadores fascistas, los cálculos de Putin están equivocados y es muy probable que, al final de esta nueva guerra, los misiles de la OTAN estén estacionados no solo en Ucrania sino también en Suecia y Finlandia, a pocos kilómetros de San Petersburgo. El nuevo fascismo encarnado por Putin no amenaza con barrer Europa; más bien, lucha por sobrevivir en el mundo global. Es tan agresivo como conservador, y en este sentido participa plenamente de la corriente general que he llamado posfascismo.

Traducción de raúl rodríguez freire

El presente ensayo tiene su origen en una conferencia titulada "Post-Fascism. Fascism as a Trans-Historical Concept", impartida en la Universidad Cornell en febrero 2020, en el marco del Institute for Comparative Modernities.

ÉRIC ZEMMOUR Y MARINE LE PEN

Descifrando los discursos de la nueva derecha radical francesa

Lorella Sini

Dos candidatos presidenciales en competencia

Entre el 2015 y el 2022, Éric Zemmour se dio a conocer al público general como columnista de populares programas de televisión, y luego como editorialista en *CNews*, un canal de noticias francés criticado por ofrecer un tiempo de intervención excesivo a los representantes de la derecha radical (Clair, *et al.*, 2020). Los observadores destacan el carácter mediático de sus intervenciones, que transforman la actualidad política y social en un auténtico espectáculo, gracias a su sentido de la réplica provocativa y, más a menudo, a su violencia verbal. A finales de 2021, empujado por un círculo de amigos, figuras de la ultraderecha, y por su nueva compañera, que se convertirá en su jefe de campaña, Zemmour y su nuevo partido Reconquista (*Reconquête*) se embarcan en la arena política presidencial. Está entonces en competencia directa con Marine Le Pen, pero obtendrá solo el 7,7 % de los votos en la primera

vuelta, mientras que la presidenta del tradicional partido de extrema derecha, Agrupación Nacional (*Rassemblement National*), llega a la primera vuelta con el 23% de los votos, y se encuentra por segunda vez (2017 y 2022) frente al actual presidente de centroderecha Emmanuel Macron.

Al suceder a su padre Jean-Marie Le Pen (también cinco veces candidato fallido a la presidencia), Marine Le Pen ha tratado de controlar su discurso para romper el techo de cristal que hasta ahora ha impedido que la extrema derecha llegue al poder en Francia. Es una oradora hábil y sabe adaptar su habla a sus interlocutores. De hecho, durante los últimos quince años, sus posiciones políticas han sido cuidadosamente ocultadas por sus *spin doctors*. Así, afirma representar a un electorado mucho más moderado que el de su padre, haciendo gala de su respeto por los valores de la República, así como de su cercanía a las clases trabajadoras empobrecidas por las sucesivas crisis industriales de los 2000, al tiempo que de vez en cuando aparece como una neofeminista que habla en contra del uso del velo (musulmán) en el espacio público, y que declara defender el laicismo. Esto última constituye un caballo de batalla reciente para la derecha radical francesa, glorificando ahora a una Francia de raíces cristianas (y de la que se dice que es la “hija mayor de la Iglesia”), pero que en realidad enmascara una propaganda antimusulmana xenófoba. La Agrupación Nacional de Marine Le Pen sigue reavivando viejos resentimientos colonialistas entre los nostálgicos de la Argelia francesa (1830-1962) y reactivando la discriminación étnica en el trabajo en un país que nos gusta definir como “la patria de los derechos humanos” (Picketty, 2022:25).

Proponemos aquí analizar el discurso de esta nueva figura política, Éric Zemmour, comparándolo con los discursos de su competidora Marine Le Pen e intentaremos mostrar cómo la representación del mundo que defienden –el sistema de pensamiento de los dos representantes de la derecha radical francesa– se refleja mutuamente. Realizamos nuestro

análisis a partir de un corpus de 600.000 palabras para Marine Le Pen, recopiladas principalmente durante las dos últimas campañas electorales presidenciales. Para Éric Zemmour, autor prolijo, analizamos su discurso a partir de sus 8 ensayos (publicados entre 1997 y 2023) y sus intervenciones públicas de campaña (reuniones, debates televisados), sobre un corpus del mismo tenor. Es a partir de estos corpus que podemos demostrar que los *topoi* subyacentes, estos principios generales de razonamiento, permanecen inalterables en todos los discursos de toda la derecha radical francesa. Si el estilo de comunicación, es decir, su imagen o el ethos de los dos personajes, difiere, ciertas fórmulas o ciertas formaciones discursivas (lo que los periodistas han dado en llamar “los elementos del lenguaje”) presentan aires de evidente familia, un interdiscurso común.

Pero primero debemos tratar de determinar el posicionamiento político de los dos partidos en cuestión.

Extrema derecha, derecha radical, populismo, fascismo: significados borrosos

La categorización del partido de Marine Le Pen –el Frente Nacional, que luego se convirtió en la Agrupación Nacional– dentro de la ultraderecha siempre ha sido rechazada por sus defensores, quienes replican que su pretensión es la de situarse sobre una trascendencia que no responde ni a la derecha ni a la izquierda. Se trata de una histórica posición común a esta rama política, y que hoy en toda Europa está adquiriendo, elección tras elección, cada vez más éxito. En realidad, no existe una definición conceptual del término “extrema derecha”, al igual que no existe una definición indiscutible del término “populismo”, con el que a veces se lo equipara (Sini, 2023). En cuanto a la definición de

“fascismo”, parece ser igualmente vaga cuando este término no se aplica directamente al período relacionado con la historia italiana y el régimen dictatorial de Mussolini (conocido como *Il Ventennio fascista*). Así, en un célebre texto *El fascismo eterno* (1995), Umberto Eco trata de definir a qué se refiere este término:

el fascismo no poseía ninguna quinta esencia, y ni tan siquiera una sola esencia. El fascismo era un totalitarismo *fuzzy*. No era una ideología monolítica sino, más bien, un *collage* de diferentes ideas políticas y filosóficas, una colmena de contradicciones (42).

Por ello, la politóloga Fiammetta Venner (2006) prefiere agrupar las diferentes tendencias de estas formaciones políticas bajo la denominación de “derecha radical”, con lo cual se refiere a “una nebulosa de grupos y asociaciones que comparten la preocupación reaccionaria por una vida en sociedad basada en la naturalización y/o valores religiosos enmarcados en un sistema político restrictivo de orden y jerarquía” (15-18). En la actualidad política, expresiones como “extrema derecha”, “populista” o “fascista”, que califican legítimamente a los representantes políticos cuando defienden ciertas derivas antidemocráticas, o cuando reconocen sospechosas filiaciones, sirven generalmente para suscitar polémica en los debates públicos en los que intervienen los principales “acusados”, sin que nadie se encargue de circunscribir el significado mismo de estos términos (Taguieff, 2004: 78).

Así, las consignas y los argumentos de la Agrupación Nacional, al igual que los de Reconquista, retoman la doxa y el paradigma de sentido de la derecha radical francesa tradicional en forma de nacional-populismo, muy presente en la historia de Francia desde la Tercera República (1870-1940), donde los grupos *anti-Dreyfusard* (opositores a Dreyfus) defendieron una identidad superior de la nación francesa y sus raíces

cristianas.¹ Las características lingüísticas de esta tendencia política pueden resumirse en ciertos rasgos discursivos y retóricos comunes que han sido ilustrados en numerosos estudios académicos franceses durante los últimos quince años. Podemos mencionar, entre otros, los estudios de Cécile Alduy y Stéphane Wahnich (2015), de Valérie Igounet (2016), de Nonna Mayer (2018), de Erwan Lecœur (2007), de Nicolas Lebourg (2010) o los de Ruth Wodak y su equipo (2013), que observaron un espacio geográfico europeo más amplio.

1. Por ejemplo, en forma de neo-boulangismo. A finales del siglo XIX, Boulanger (1837-1891) adquirió una notable popularidad por sus invectivas contra la República de élites corruptas y por su "socialchovinismo"; Cf. Kauffmann, 2016, cap. 2.

¿Cuáles son los puntos en común en la retórica argumentativa de los dos líderes y su partido?

Antes de observar las marcas argumentativas y retóricas en su diferencia, nos resulta fácil agrupar, primero, las características discursivas comunes a los dos líderes, tal como aparecen en su discurso.

El culto a la personalidad

El culto a la personalidad es un elemento característico de los partidos populistas de derecha radical. Así, Marine Le Pen, en la postura de una mujer salvadora dispuesta a sacrificarse por Francia, parece identificarse con una nueva Juana de Arco, y se autodenomina únicamente por su nombre de pila "Marine", como en su último cartel de campaña presidencial: "Marine Presidente". Del mismo modo, Éric Zemmour justifica el anuncio de su candidatura declarando: "Ya no es hora de reformar Francia sino de salvarla. Por eso decidí postularme para presidente". Un capítulo de su último libro *Je n'ai pas dit mon dernier mot (No dije mi última palabra)* (2023) se titula acertadamente "Sálvanos", recogiendo, dice,

el llamamiento desesperado de los ciudadanos que conoció durante su campaña electoral: “Francia, para todos los que vinieron a verme, ya no aspira a ser conducida, dirigida, presidida, *sino salvada*”. Esta visión catastrófica y crepuscular del estado del mundo, y de Francia en particular, es típica de la postura del líder populista que se presenta como un héroe y mártir dispuesto a sacrificarse para salvar su patria “antes de que sea demasiado tarde”.² La representación democrática de un presidente elegido por sufragio universal parece ser evacuada en favor de la llegada providencial de un hombre o de una mujer al poder mesiánico.

2. Slogan présent sur une affiche du FN de 1972 [<https://blog.francetvinfo.fr/derriere-le-front/2016/10/04/drole-danniversaire.html>], consulté le 18 mai 2023.

Una expresión lingüística disruptiva

La postura del héroe salvador de la patria da lugar a una expresión verbal disruptiva, debido a la violación del sistema establecido, incluido el sistema lingüístico. La creatividad léxica, los juegos de palabras provocativos, son una constante en el discurso de la derecha radical, que hace gala de su “corrección antipolítica”. El éxito literario del escritor Céline (1894-1961), también colaborador del régimen de Vichy (1940-1944) y autor de panfletos antisemitas, se debe, en gran parte, a este estilo subversivo cercano a la lengua hablada. Antes del ascenso de Zemmour, el discurso de la Agrupación Nacional ya había intentado imponer en el debate público, no pocas veces con éxito, nuevas expresiones como *mundialismo*, *comunitarismo*, *derecho-humanismo* [*droit-de-l’homnisme*], *islamo-izquierdismo*, *homosexualismo*, etc... Los numerosos vocablos a los que se añade el sufijo *ismo* pretenden indicar que en tanto conceptos provienen de una ideología propagandística orquestada deliberadamente por los poderosos. Así, encontramos en Zemmour estos mismos neologismos y otros, como *progresismo*, *pedagogismo*, e *igualitarismo*, que pretenden denigrar las tentativas de progreso social y

democrático. A ello se suman varias creaciones lexicológicas a veces atrevidas como el *francocidio*. Cuando se le pidió justificar el uso de este neologismo, Zemmour declaró haber hecho una analogía con el término *feminicidio*, agregando:

un francocidio significa un crimen cometido a una persona francesa por un extranjero. Si quieres, no es el crimen individual lo que cuenta, es la masa [...] porque considero que el pueblo francés en su suelo está ocupado por un pueblo extranjero, una civilización extranjera que está en proceso de reemplazarlo. Este es todo el tema de mi campaña presidencial: El Gran Reemplazo (2022, el línea).

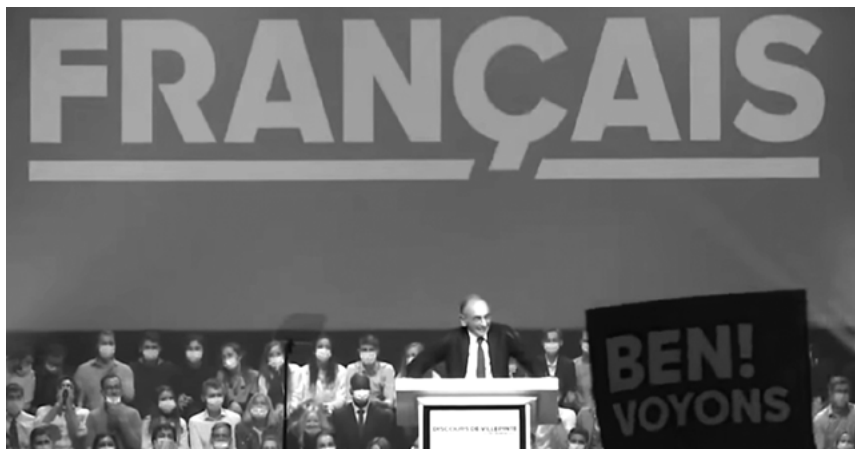
Subyacente a este mismo *topoi* del Gran Reemplazo, al que volveremos más adelante, se encuentra en Zemmour el neologismo *defrancización*. Este remite en interdiscurso a la *decivilización*, otro neologismo que retoma la visión decadente [*décliniste*] y catastrofista de una civilización occidental en vías de perdición. Del mismo modo, la halalización (de halal, la dieta musulmana), se utiliza como sinónimo de *islamización*, y sirve para denunciar y estigmatizar a la comunidad musulmana. La nominalización –en lugar de, por ejemplo, una forma verbal que indicaría un proceso en curso–, es una forma lingüística que genera un efecto performativo efectivo al llevar “una cosa fantástica a un estado de realidad” (Boutet, 2016:93). Al hacerlo, crea nuevas categorizaciones sociales y políticas que redibujan, imponiéndolas, estas nuevas realidades en los campos del debate público. Este tipo de proceso es claramente una estrategia discursiva manipuladora imbuida de un pathos que suscita miedos y antagonismos.

Una forma de negación

También notamos en los dos partidos políticos una forma de “vacuidad argumentativa” (Krieg-Planque, 1999), es decir, un claro deseo de ocultar las conclusiones de ciertos silogismos argumentativos, ya sea porque ello permite no tener que justificarse o porque estos enunciados pueden ser objeto de condenas de carácter jurídico. Esta característica argumentativa lacunar se observa con frecuencia, por ejemplo, en el expresidente estadounidense Donald Trump, quien voluntariamente finalizaba sus discursos de campaña con un “*think about it!*”, o terminaba sus tuits con “*think!*”, o “*get smart!*” (Müller, 2016: 34). Estas respuestas finales deben interpretarse como una alusión dirigida a la conclusión implícita que se debe dar a su presentación, mientras se pasa por alto su silencio. Recuérdese, además, que en Francia las leyes Pleven contra la discriminación racista y la Gayssot contra el revisionismo –leyes que los dos líderes querrían abolir– sancionan regularmente a figuras públicas. Esto parece haber generado formas de reticencia argumentativa y de elipsis que la audiencia cómplice sabe, pese a todo, descifrar muy bien. Así, los estudios han constatado en los discursos del partido ultraderechista de Le Pen el particular uso de la partícula latina “*sic*” (equivalente a “sin comentarios”) para subrayar la fuerte carga semántica de la palabra o expresión que esta partícula destaca, sin proporcionar explícitamente el significado que se le quiere atribuir.

Del mismo modo, Éric Zemmour recurre en sus reuniones al *leitmotiv* ¡*Ya lo creo! (ben! voyons)*, que su público adora. Esta expresión cercana a “por supuesto, tienes razón, ¡es obvio!”, es difícil de explicar porque forma parte de las rutinas conversacionales, significando un rechazo a la afirmación del otro, al mismo tiempo que una intención irónica respecto de esa afirmación así denigrada. Veamos un ejemplo significativo:

Si me hubiera equivocado, francamente, ¿creen que todos los demás habrían comenzado a hablar como yo? Es posible que hayan oído que yo era un "fascista", que yo era un "racista", que yo era un "misógino". Veo con placer [dice dirigiéndose a la multitud] que no se equivocan. Fascista... fascista. Yo, ¿un fascista?... [la multitud grita ¡Ya lo creo!]. **Tienen razón: ¡ya lo creo!** (discurso de Villepinte 5-12-2021)



Este ¡ya lo creo! es un final de inadmisibilidad y trunca cualquier desarrollo argumentativo que deba tomar la forma de una justificación o una defensa: ¿cuáles serían las razones que demostrarían que Éric Zemmour no sería fascista, racista o misógino? Al ignorar la respuesta, establecemos una forma de negación sobre la realidad misma que estas palabras designan. Las palabras "fascismo" y "nazismo" son palabras tabúes en boca de los representantes de la derecha radical y constituyen una negación de la memoria frente a acontecimientos históricos fundamentales que han afectado notoriamente los principios democráticos y los valores republicanos desde la Ilustración.

Otra estrategia enunciativa que podría vincularse a esta última es el uso frecuente de comillas que modulan ciertas expresiones para cuestionar su valor de verdad, comillas que tienen el valor pragmático de “supuesto” y “pretendido”. Podemos, por ejemplo, citar de Zemmour (2021) la expresión “Estado de derecho” en referencia a las instituciones que hicieron la democracia, escrita casi sistemáticamente entre comillas: el famoso “estado de derecho”, en nombre del llamado estado de derecho, este magnífico “avance” del “estado de derecho”, la sagrada ideología a la que llaman “estado de derecho” (2018), etc. Las comillas irónicas, cuyo valor modal aquí es el de desprecio, introducen una polifonía enunciativa destinada, en última instancia, a relativizar el fundamento democrático de las instituciones.

La designación de chivos expiatorios

Los dos partidos políticos señalan constantemente a los enemigos de Francia como chivos expiatorios de la crisis económica, social y cultural del país: los extranjeros, es decir, los inmigrantes y las llamadas “sumersiones migratorias”, por un lado, y, por otro, las autoridades europeas de Bruselas, acusadas de estar dirigidas por el poder económico alemán, lo que permite, en ocasiones, reactivar cierto antigermanismo, aún presente entre los franceses tras los traumas de las dos guerras mundiales.

Esta polarización nosotros/los otros, una constante en los discursos de la derecha radical, se expresa en una fórmula que se ha hecho famosa desde que el ensayista de extrema derecha Renaud Camus le dedicara el panfleto titulado “el Gran Reemplazo” (Sini y Baider, 2021). Esta fórmula parte de una teoría supremacista que afirma que la población blanca europea está siendo paulatinamente reemplazada por la población del continente africano, y esto por voluntad de las élites europeas,

preocupadas por la caída de la natalidad y la necesidad de encontrar mano de obra fresca a bajo costo. Según esta teoría, cargada de acentos conspirativos, ello podría conducir a un fenómeno de contracolonización. El temor a la venganza de los países del sur, explotados y colonizados durante siglos, contra los países del norte, cuyas fechorías y masacres se espera sean plenamente reconocidas, está cada vez más presente en los discursos que analizamos. Se trata de una estrategia retórica denominada por Ruth Wodack, *victim/perpetrator reversal*, es decir, una especie de retórica del espejo que transforma al agresor en agredido. Ponemos aquí un ejemplo extraído del discurso encargado de anunciar de candidatura de Éric Zemmour:

Durante décadas, nuestros gobernantes de derecha e izquierda nos han conducido por este camino desastroso del declive y la decadencia. Derecha, izquierda... te mintieron, te ocultaron la gravedad de nuestra rebaja, te ocultaron la realidad de nuestro reemplazo (30 de noviembre de 2021. En línea).

Notamos que “El Gran Reemplazo” es una teoría que cruza culturas y países bajo diferentes formas. Fue claramente invocado por el terrorista de Christchurch en Nueva Zelanda, quien justificó con esta teoría el asesinato masivo de cincuenta personas en una mezquita en marzo de 2019 (Sini y Attruia, 2020³). En Italia, la expresión equivalente “sostituzione etnica”, en boca de los representantes del gobierno de extrema derecha, también ha desatado recientemente una acalorada controversia (24Italia, 2023).

3. Ver también David Alvarado, “El terrorista de Christchurch y vox, en el mismo combate”, https://www.mediapart.fr/es/journal/international/190522/el-manifiesto-del-asesino-de-bufalo-un-manual-de-terrorismo-de-extrema-derecha-inspirado-en-el-gran?_locale=es.

¿Qué diferencia el discurso de Marine Le Pen del de Éric Zemmour?

Más allá de los *topoi* similares que construyen su argumentación, como acabamos de ver, la imagen que los dos líderes de la derecha radical proyectan de sí mismos en sus respectivas audiencias, lo que en retórica se llama su *ethos*, parece percibirse de manera diferente. El *ethos* es un componente de la argumentación bastante complejo que ha sido retomado por la escuela francesa de análisis del discurso. A partir de esta, podemos distinguir el *ethos* preliminar, correspondiente al stock de imágenes estereotipadas preexistentes al discurso, el *ethos* exhibido o la imagen que el hablante quiere presentar de sí mismo, y la reelaboración del *ethos* o la reparación de su propia imagen (Amossy, 2018).

Marine Le Pen se muestra a sí misma como una pseudofeminista, sin hablar nunca de la igualdad de género sino de la complementariedad hombre-mujer. Sin embargo, disfruta de una imagen de mujer moderna e independiente. Madre de tres hijos, divorciada varias veces, utiliza un tono menos provocador que el de su padre, al que acabó echando de su fiesta. Sería la primera mujer en ocupar la jefatura del Estado francés, y las encuestas han confirmado que ha logrado colmar lo que los politólogos denominan la brecha de género de la derecha radical (Givens, 2004), es decir, el tradicional déficit de votos de las mujeres a favor de representantes de partidos de extrema derecha.

Tanto Marine Le Pen como Éric Zemmour se pronuncian a favor de lo que llaman “la verdadera elección” de las mujeres, es decir, en realidad “la elección correcta”, que sería la renuncia al aborto. Pero esta “elección correcta” va más allá, pues también abarca la defensa de los valores viriles y de un sistema económico que resulta desigual para las mujeres, que, en el período en el que están retomando con fuerza su voz, pueden constituir un hándicap en la arena política. Para él,

se trata de rehabilitar “el primer sexo”, título evocador de uno de sus panfletos (2006) con el que pretende responder al *Segundo sexo*, el célebre ensayo de Simone de Beauvoir (1949), portavoz de las feministas de hoy. Por lo tanto, muestra un espíritu “dominador masculino” que supuestamente lleva a sus hombres a una victoria segura, sin molestarse con las máscaras de la “corrección política” feminista.

4. Esta expresión se ha convertido en una fórmula en el discurso político francés. Es una metáfora que proviene de la botánica y que originalmente designa al cultivo hidropónico, sin contacto con el suelo. “Above ground” califica por extensión a figuras políticas o decisiones políticas alejadas de las aspiraciones populares, de la gente “de abajo”. Las metáforas botánicas y biológicas también son una característica de la retórica de extrema derecha. Al respecto, ver Reetz, 2023.

También detectamos un antisemitismo latente en Marine Le Pen, en particular en su crítica violenta y sistemática a figuras públicas de origen judío, como por ejemplo al banquero filantrópico George Soros y, correlativamente, la asociación que se implica entre estas personalidades y los grandes poderes financieros. La élite “sin patria ni fronteras”, “sobre la tierra”⁴ (es decir, desconectada de las preocupaciones del pueblo, literalmente apegada a su tierra), se presenta entonces como una “camarilla” que conspira a espaldas de los ciudadanos.

Sin embargo, Éric Zemmour se define a sí mismo como un “judío bereber” de origen argelino, educado en esta tradición religiosa, como explica en la larga introducción a *Destin français*. Sin embargo, no hace referencia a la discriminación –o, peor, a la persecución– sufrida por él o sus familiares durante el último siglo, sino que relata en un *story telling* irénico su ejemplar asimilación.⁵ Muestra así un *ethos self made man*, de un hombre que proviene de una modesta familia judía que emigró de Argelia y que adquirió la nacionalidad francesa antes de las medidas antisemitas del régimen de Vichy. Este espíritu preliminar debería evitarle acusaciones de antisemitismo o xenofobia, incluso cuando

5. El término “asimilación” se opone al de “integración”, que se refiere a las políticas sociales llevadas a cabo por los gobiernos de izquierda en la década de 1980 dirigidas a los barrios suburbanos de clase trabajadora.

defiende alto y claro la posición negacionista de la derecha radical que consiste en hacer del gobierno de Vichy un defensor de los judíos franceses.⁶

6. Este debate sobre la colaboración de Vichy sigue muy vivo en Francia y se reactiva con cada campaña electoral. Después de que se publicaran los estudios de los historiadores Robert Paxton (1981).

Mientras Marine Le Pen ha aprendido a mantener un perfil bajo cuando los periodistas abordan el tema de la colaboración francesa con la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial, absteniéndose de cualquier controversia, Zemmour es demandado por haber minimizado explícitamente la responsabilidad de Pétain (1856-1951) en las deportaciones de los 76.000 judíos residentes en Francia. Acusado de falsificador por los historiadores, el líder de Reconquista tiene la costumbre de sembrar sus discursos con las citas más dispares sin contextualizarlas históricamente, en una especie de chapuza conceptual o sincretismo ideológico, cuya función es legitimar teorías explícitamente xenófobas, nacionalistas o incluso racistas, una vez más, propias de los discursos de la extrema derecha y los discursos populistas (rasgo argumentativo que también se encuentra en discursos de radicalismo religioso). Esta desinformación con fines manipuladores pretende desdibujar las posiciones políticas y ampliar su base electoral, en particular la de las clases trabajadoras de más edad.

Sin embargo, los simpatizantes de la derecha radical, precisamente por este origen, no dejan de socavar, tan pronto como surgen algunas dificultades, la legitimidad y la credibilidad de Zemmour. El ritmo, la tonalidad, las expresiones faciales, la forma de presentarse en los programas de televisión, actúan de manera plurisemiótica en la apreciación de sus propias actuaciones por parte del público. Si algunas veces Marine Le Pen se identifica con una figura andrógina como la de Juana de Arco, otras con la figura más agresiva de “un corsario abordando el barco”, e incluso con la figura más femenina y dulce que llora la muerte de su gato (Sini, 2017: 111-112), Zemmour, por su parte, aparece

como un hombre físicamente débil y enclenque, por lo que este ethos está en contradicción con su postura masculinista y con su papel de hombre fuerte dispuesto a tomar las riendas del país.

Así, un asesor político de la derecha tradicional vaticina que nunca podrá conquistar el Elíseo, alegando que “no tiene el morfotipo” (Bertheloot, *et al.*, 2021). La alusión antisemita que esencializa a los individuos según su supuesto defecto congénito, no puede ser más clara. Asimismo, en enero de 2023, un editorial del *Courrier des Stratèges* (en línea) titulaba “Los vínculos financieros entre Zemmour y la casta globalizada que nos avergüenzan”, afirmación que retoma, a través de la expresión “casta globalizada”, el estereotipo antisemita de la existencia de una élite sin país ni fronteras, con el objetivo oculto de la especulación financiera y el control del mundo por parte de los medios de comunicación. Vemos que cuando Zemmour quiere borrar ciertos aspectos de su historia familiar que son parte, parece que, a su pesar, de un ethos anterior, debe, para adquirir plena legitimidad, reelaborar este ethos con su base electoral fundamentalmente antisemita y racista. Su postura de hombre fuerte providencial que declara querer restaurar una forma de patriarcado pretende seducir a un público aún más extremista y antimodernista que el de su competidora directa, Marine Le Pen.

Conclusión

Marine Le Pen se ha esforzado por des-demonizar a su partido, es decir, en normalizarlo, al lograr la hazaña que resulta la elección de 87 diputados de la Asamblea Nacional para el quinquenio 2022-2027. Esta normalización del partido de extrema derecha, marginado por la democracia a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado (a través de lo que los franceses llaman “el Frente Republicano”), también ha dado sus

frutos al conseguir inyectar a la opinión pública cierta cantidad de tópicos que ahora parecen extenderse en un amplio espectro político de derecha, compartiendo los mismos valores y las mismas representaciones sociales, en definitiva, los mismos discursos.

Es sobre estos *topoi* estereotipados o lugares comunes ideológicos –que también se pueden considerar como representaciones sociocognitivas– en los que se apoya Éric Zemmour para exponer sin tapujos su propaganda en las ondas mediáticas. Muestra un espíritu de panfletista, rompiendo con todos sus predecesores, y en particular degradando a Marine Le Pen y su discurso, que considera demasiado tranquilizador. Opone entonces un discurso verdadero, sin rodeos, a las declaraciones consensuadas de su competidora que lo protegen ventajosamente de cualquier contraargumentación por parte de historiadores, semiólogos, politólogos o demógrafos. Como bien dice alguien cercano a Marine Le Pen: “Mr. Zemmour pone palabras a los problemas de Francia, Marine Le Pen pone soluciones” (Pennelle, 2023). Son, por tanto, los mismos discursos los que los unen, como lo demuestra el análisis de los presupuestos ideológicos de su retórica argumentativa.

Traducción de raúl rodríguez freire

BIBLIOGRAFÍA

- Alduy, Cécile y Stéphane Wahnich.** *Marine le Pen prise aux mots – Décryptage du discours frontiste*. Paris: Seuil, 2015.
- Amossy, Ruth.** *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal*. Buenos Aires: Prometeo, 2018.
- Boutet, Josiane.** *Le pouvoir des mots*. Paris: la Dispute, 2016.
- Clair, Alice, Julien Guillot y Savinien de Rivet.** "36 % des invités politiques de CNews sont d'extrême droite". *Liberation*, 14 de junio de 2021. En línea.
- Eco, Humberto.** *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen, 1998. 32-58.
- Givens, Terri.** "The radical Right Gender Gap". *Comparative Political Studies* 37 (2004): 30-54.
- Igounet, Valérie.** *Les Français d'abord – Slogans et viralité du discours Front National (1972-2017)*. Paris: Inculte, 2016.
- Kauffmann, Grégoire.** *Le nouveau FN – Les vieux habits du populisme*. Paris: Seuil, 2016.
- Krieg-Planque, Alice.** "Vacance argumentative - L'usage de '(sic)' dans la presse d'extrême droite contemporaine". *Mots* 58 (1999): 11-24.
- Lebourg, Nicolas.** *Le monde vu de la plus extrême droite – Du fascisme au nationalisme révolutionnaire*. Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 2010.
- Lecœur, Erwan.** *Dictionnaire de l'extrême droite*. Paris: Larousse, 2007.
- Mayer, Nonna, dir.** "El auge de la extrema derecha en Europa: el caso del frente nacional en Francia". *Anuario Internacional CIDOB* (2018): 241-249.
- Müller, Jan-Werner.** *What is populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016.
- Paxton, Robert.** *Vichy et les Juifs*. Paris: Calmann-Lévy, 1981.
- Pennelle, Gilles.** "Pour Gilles Pennelle (RN), 'Monsieur Zemmour ne tiendra pas sept mois'". *Le Télégramme*, 19 de mayo de 2023. En línea.

- Picketty, Thomas.** *Mesurer le racisme, vaincre les discriminations.* Paris: Seuil, 2022.
- Reetz, Marie.** "L'argument de la nature' dans le discours fasciste du 20e siècle en Allemagne, en Italie et en France". *Argumentation et Analyse du Discours* 30 (2023), en línea.
- Sini, Lorella.** *Il Front National di Marine Le Pen – Analisi del discorso neofrontista.* Pisa: ETS, 2017.
- "Populisme". Nolwenn Lorenzi Bailly, et al., ed. *Discours de haine et des radicalités. Un glossaire des notions.* Lyon: ENS Éditions, 2023. 389-397.
- Sini, Lorella y Francesco Attraia.** "Le Grand remplacement et 'la sostituzione etnica' – Théories conspirationnistes et Fake news en France et en Italie". Cetro Rosa y Sini Lorella, ed. *Fake news, rumeurs, intox – Stratégies et visées discursives de la désinformation.* Paris: L'Harmattan, 2020. 289-306.
- Sini, Lorella y Fabienne Baider.** "Le complotisme 'transnational' et le discours de haine : le cas de Chypre et de l'Italie". *Mots* 125 (2021): 15-34.
- Taguieff, Pierre-André.** *Le retour du populisme. Un défi pour les démocraties européennes.* Paris: Encyclopaedia Universalis, 2004.
- Venner, Fiammetta.** *Extrême France. Les mouvements frontistes, nationaux-radicux, royalistes, catholiques traditionalistes et provie.* Paris: Grasset, 2006. 15-18.
- Wodak, Ruth.** *The Politics of Fear: The Shameless Normalization of Far-Right Discourse.* London: Sage 2021.
- Wodak, Ruth y John E. Richardson,** ed. *Analysing Fascist Discourse – European Fascism in Talk and Text.* New York & London: Routledge, 2013.
- Wodak, Ruth, Majid Khosravini y Brigitte Mral,** ed. *Wright-Wing Populism in Europe, Politics and Discourse.* London & New York: Bloomsbury Academic, 2013.
- Zemmour, Éric.** *Le coup d'État des juges.* Paris: Grasset, 1997.
- *Le premier sexe.* Paris: Denoël, 2006.
- *Mélancolie française.* Paris: Fayard, 2010.
- *Le bûcher des vaniteux.* Paris: Albin Michel, 2012.
- *Le suicide Français.* Paris: Albin Michel, 2014.

-----. *Destin français*. Paris: Albin Michel, 2018.

-----. *La France n'a pas dit son dernier mot*. Paris: Rubempré, 2021.

-----. *Je n'ai pas dit mon dernier mot*. Paris: Rubempré, 2023.

-----. "InterviewUn francocide est un crime commis par un étranger sur un Français". *Interview sur BFMTv*, 20 de octubre de 2022. En línea.

24 Italia. "Lollobrigida: 'aiutare nascite, no alla sostituzione etnica'. Shlein: 'parole dal sapore suprematista'". "Editoriale", 18 de abril de 2023. En línea.

A VUELTAS CON EL DISCURSO
DE LA ULTRADERECHA EN ESPAÑA:

el uso del recurso de la 'ideología de género' del partido Vox

Laura Arranz Sánchez

Introducción

El partido político Vox ha llegado para quedarse. Lejos han quedado ya los interrogantes sobre su naturaleza ideológica y sus posibilidades de éxito en el sistema político español. Pese a su rezagado surgimiento,¹ esta formación de derecha

2. Actualmente la ultraderecha ocupa posiciones de gobierno en cuatro países europeos: Polonia, Eslovenia, Italia y Hungría. Otros países como Austria o Finlandia también contaron con presencia de la ultraderecha en sus gobiernos, pero las coaliciones de las que formaban parte no se mantuvieron.

1. El caso español fue contemplado durante varios años como una "excepcionalidad" frente al resto de Europa, donde la ultraderecha se había institucionalizado con anterioridad y ya cosechaba varios éxitos electorales (Casals, 2017; Alonso y Kaltwasser, 2014; González, 2017).

radical ha dado ya muestras suficientes de seguir los mismos pasos de asentamiento electoral que sus homólogos europeos.²

Vox no solo ha evitado el destino de los 'nuevos partidos' como Ciudadanos, que se desinfló hasta desaparecer, sino que ha sorteado el posible estigma hasta el punto de formar parte de gobiernos auto-

nómicos en coalición con el Partido Popular. Su entrada en el gobierno de Castilla y León en 2022 resultó una avanzadilla de lo que estaba por llegar.³ El ciclo electoral actual ha dejado una suma considerable de gobiernos locales dirigidos por las dos derechas y bastantes posibilidades de éxito a nivel nacional. La normalización de Vox tanto desde los medios de comunicación como desde la derecha tradicional, representada por el Partido Popular, ha sido más fuerte que la amenaza que supone el partido para la continuidad de ciertos derechos sociales.

El partido de ultraderecha no ha ocultado en ningún momento sus intenciones. Sabe que con la cuestión de género tiene una gallina de los huevos de oro electoral, se sienten cómodos en su discurso y no dudan en explotarlo. Su promesa electoral estrella es la derogación de todas las leyes y medidas impulsadas desde el Ministerio de Igualdad. Se atreve incluso con el tema del aborto, un frente que la derecha había dado ya hace tiempo por perdido.⁴ En sus acuerdos de gobierno, está solicitando las consejerías de cultura, educación y sanidad, desde donde tiene acceso a reformar todo el abanico de políticas públicas de género. Es una presa de agua sin diques. El Partido Popular ha asumido

que necesita a Vox para alcanzar una mayoría viable y no puede sino aceptar sus exigencias, pese a que intente tímidamente salvaguardar consensos políticos que se creían arraigados, pero que cada vez parecen más frágiles.

El antifeminismo y el *antigenderism* son elementos recurrentes en el corpus

4. El último intento del Partido Popular de modificar la ley del aborto fue en 2011. La propuesta generó tanto rechazo social que forzó la dimisión del entonces ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón. El Partido Popular mantuvo activo su recurso de inconstitucionalidad a la ley de interrupción voluntaria del embarazo, pero no hizo ningún nuevo amago de reforma en sus posteriores etapas de gobierno.

ideológico de las formaciones de derecha radical en Europa y, desde luego, son un componente presente en el ADN de Vox. En España, Vox ha sabido identificar y explotar el potencial del antifeminismo como reclamo electoral para un perfil de votante cada vez más ruidoso que Michael Kimmel (2019) apoda “hombres blancos cabreados”. El resultado de esta estrategia se puede medir por el impacto y la difusión de su marco de la “ideología de género” –referencia que, si bien no crearon ellos, sí han sabido popularizar e implantar–. Se trata de un marco especialmente relevante por el poder comunicativo que posee: permite al partido producir un sentimiento de rechazo en un amplio sector social solo con mentarlo. Vox ha conseguido que la “ideología de género” lleve a asociar automáticamente cualquier propuesta que incluya la palabra *género* –especialmente si procede del Ministerio de Igualdad– con calificativos negativos como “totalitario”, “supremacista” o “discriminatorio”.

Este trabajo pretende reflexionar sobre cómo ha articulado el partido Vox su marco discursivo de la “ideología de género” desde preguntas como: ¿de qué forma ha integrado Vox su discurso antifeminista con el resto de las cuestiones nacionales? ¿a qué políticas o propuestas legislativas señala Vox con este discurso? La situación política requiere de un trabajo de reflexión colectiva que empiece por preguntarse dónde radica el éxito de Vox, por qué está sabiendo llegar tan bien a un segmento, especialmente joven, de la población, cómo esta condensando el antagonismo social a las políticas feministas en España y cómo está construyendo problemas políticos que antes no existían. Sin esta reflexión previa, cualquier posible paso será en falso.

El papel del género en el discurso de la derecha radical

Los partidos de derecha radical emergentes en Europa están cuestionando las leyes y políticas públicas implementadas en las últimas décadas dirigidas al reconocimiento y protección de los derechos mujeres. En ese sentido, el antifeminismo y *antigenderism* van a operar como elementos recurrentes y articuladores del discurso político de estas formaciones. El antifeminismo hace referencia a la estrategia de deslegitimación del movimiento feminista y sus reivindicaciones; mientras que el *antigenderism* –que no cuenta con una acepción en español– apela a la oposición a igualdad de género y al conjunto de políticas públicas en materia de género (Kuhar y Paternotte, 2017: 2).

Los partidos de ultraderecha están utilizando esta oposición a las políticas de igualdad de género en lo que identifiqué como una triple vía estratégica: destructiva, constructiva y oportunista. Desde una óptica destructiva, uno de los principales objetivos de la derecha radical es frenar el avance del movimiento feminista desde el ataque de sus postulados. Los autores que han explorado esta vía han incidido en ella como una forma de reacción conservadora (Verloo, 2018), de retroceso de derechos, *backlash*, (Paternotte, 2020) y desafío democrático (Alonso y Espinosa, 2021). Estos partidos buscarán deslegitimar las políticas de género al representar los supuestos feministas como formas de adoctrinamiento social que atentan contra el orden y valores tradicionales (Corredor, 2019).

Es más frecuente su uso en una vía constructiva, fundamentalmente con fines electorales al emplear el antagonismo al feminismo como parte de su estrategia política. El género está operando como un pegamento, *symbolic glue* (Kováts y Põim, 2015; Grzebalska y Petó, 2018), un

catalizador de identidades muy heterogéneas que comparten un cierto conservadurismo moral. La oposición a las políticas de igualdad de género estaría permitiendo la definición de una identidad común a partir del antagonismo hacia el sujeto feminista. Esta estrategia permitiría aprovechar el tirón del feminismo como articulador de identidades –ya sea por identificación o rechazo–, a la vez que configurar una serie de puntos de coincidencia para la variedad de sensibilidades del electorado de la ultraderecha. Gabriele Dietze y Julia Roth (2020: 14) señalan también, en este sentido, el papel del género como facilitador de la construcción de alianzas políticas, especialmente con sus homólogos europeos, al ofrecerles un objetivo común. Pero, sobre todo, el género está demostrando una capacidad movilizadora electoral –al nivel del nacionalismo– al apelar a un tema a flor de piel social que atraviesa las identidades, tanto individuales como colectivas. Vox está conectando con un sector de la sociedad descontento por la pérdida de certezas ante la ruptura de roles y la liberalización de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres (Kimmel, 2019), al que está sabiendo interpelar.

Hay que considerar una tercera vía, que podríamos calificar de oportunista, por su ambivalencia. Nos referimos al uso que ciertos partidos de derecha radical están haciendo de los derechos de las mujeres para conseguir otros objetivos, como la estigmatización de la inmigración (Sager y Mulinari, 2018). Es lo que ocurre, por ejemplo, con la violencia hacia las mujeres. La ultraderecha niega la existencia de un tipo de violencia específica contra las mujeres y, por tanto, la necesidad de instrumentos de protección especiales para estos casos, acusando, a su vez, a estas leyes de discriminatorias e innecesarias (Vox, 2017); sin embargo, se erigen en defensa de la seguridad de las mujeres cuando esto les proporciona un contexto para atacar a la inmigración –vendiendo la imagen del agresor extranjero, mayoritariamente musulmán, que es portador de una cultura misógina– y proponiendo la cadena perpetua

para casos de maltrato (Vox, 2018). Este tipo de instrumentalización de los derechos de las mujeres con fines racistas y xenófobos ha sido definido por Sara Farris (2017) como “femonacionalismo”.

El marco de la “ideología de género” que despliega Vox va a condensar estas tres vías de actuación, como se podrá comprobar en el análisis discursivo. En primer lugar, lo hará al intentar deslegitimar al movimiento feminista –cargando sus demandas de connotaciones negativas– y tratar de revertir las políticas de igualdad de género. Por otro lado, buscará aprovechar el impulso electoral que les ofrece canalizar el rechazo que están motivando sobre las propuestas políticas de género. Y, finalmente, ligará su discurso de género con un discurso nativista que va a aprovechar la oportunidad para estigmatizar –aún más– la inmigración en España, especialmente aquella procedente de la frontera sur del país.

Rastreando el concepto de la “ideología de género”

Pese a ser Vox quien ha popularizado el término en España, el origen de esta estrategia política debemos buscarlo en el seno de la Iglesia Católica. Los trabajos académicos (Case, 2019; Kuhar y Paternotte, 2017) sitúan su emergencia entre 1994 y 1995, tras la celebración de las Conferencias Internacionales de Naciones Unidas de El Cairo y Beijing. Desde el Vaticano vieron con preocupación los acuerdos alcanzados en materia de derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, considerándolos un “vehículo para el reconocimiento del aborto, el ataque a la maternidad tradicional y la legitimación de la homosexualidad” (Kuhar y Paternotte, 2017: 9). En colaboración con otros actores religiosos y sectores conservadores, se diseñó una campaña de desprestigio

hacia el feminismo y la interpretación que este hacía del género como adoctrinadora y desafiante hacia los modelos de familia tradicional.

En las *Cartas a las Familias* de Juan Pablo II en 1995, la Iglesia fijará su postura de negativa ante los avances en materia de igualdad de género, al definir las reivindicaciones por el reconocimiento de los derechos de las mujeres como “formas de radicalización que no representaban los intereses de todas las mujeres” (Cornejo y Pichardo, 2017). Desde entonces han sido constantes las alusiones a este concepto por parte de los representantes de la Santa Sede. La postura reaccionaria de la Iglesia Católica se entiende mejor al ver la lectura que hacen de la “ideología de género”. En 2003, el Pontificio Consejo para la Familia produjo su *Lexicón de Términos Ambiguos y Discutibles en Relación a la Vida, la Familia y las Cuestiones Éticas*, donde el sacerdote Óscar Alzamora presentaba la “ideología de género” como:

La afirmación de que las diferencias entre el varón y las mujeres, fuera de las obvias diferencias anatómicas, no corresponden a una naturaleza fija que hace a unos seres humanos varones y a otros, mujeres. Piensan más bien que las diferencias de manera de pensar, obrar y valorarse a sí mismos son el producto de la cultura de un país y época determinados [...]. Las mujeres quieren rebelarse contra esto y dejar a la libertad de cada cual el tipo de "género" al que quieren pertenecer [...]. Y la heterosexualidad y homosexualidad serían comportamientos sexuales producto de la elección de cada persona (Alzamora, 2004: 465).

El feminismo era dibujado como una ola que venía a arrasar con los pilares de la estructura social. Su objetivo era desagregar el sexo del género y destruir la unidad familiar a partir de la defensa del aborto, la homosexualidad y toda forma de sexualidad fuera del matrimonio (Corredor, 2019: 620). Será precisamente contra esta liberalización de

los roles de género y la diversidad de comportamientos sexuales ante lo que la Iglesia Católica –junto con otros actores conservadores– se va a rebelar.⁵ La Iglesia optará por armar una estrategia discursiva que alerte del peligro que suponía la desnaturalización de la familia y relaciones sociales para el mantenimiento del orden moral. En palabras de Elizabeth Corredor, se trataría de:

5. Se hace hincapié en señalar la existencia de otros actores conservadores para dejar claro que la Iglesia Católica no representa a todo el movimiento antigénero. Su lugar predominante en esta investigación está directamente relacionado con el peso que ha tenido la postura de la Iglesia en la política conservadora española, pero, tal y como señalan Bracke y Paternotte (2017: 12) esta oposición al género es compartida por otras tradiciones religiosas; y por sectores seculares especialmente relacionados con el paradigma neoliberal y positivista (Verloo, 2017, en Bracke y Paternotte, 2017: 12).

Una contraestrategia retórica que busca, en primer lugar, refutar las afirmaciones concernientes a la construcción jerárquica del orden de género, racial y heterosexual; segundo, esencializar y deslegitimar las teorías feministas y "queer" de género; tercero, frustrar los esfuerzos de género a nivel local y global; cuarto, impedir las políticas de igualdad de género y LGBTQ+; y, por último, reafirmar concepciones heteropatriarcales de sexo, género y sexualidad (traducido de Corredor, 2019: 616).

Este marco ideológico, aunque compartido por otros actores conservadores, no va a ser incorporado por ningún partido a su discurso oficial, hasta la llegada de Vox. Las primeras referencias del Partido Popular al término no se rastrean hasta 2018 –una vez que Vox ya la había situado en el centro del foco mediático– y con fines estratégicos.⁶ En su discurso, Vox va a evitar, en general, las alusiones que puedan vincularles directamente con la Iglesia Católica, si bien comparten

determinados valores e ideales –especialmente en lo referente a la moral y la política social. Lo mismo va a ocurrir con la “ideología de género”.

6. El término fue empleado por Pablo Casado en el contexto de batalla interna por el liderazgo del Partido Popular en 2018 como recurso para reforzar su postura como facción dura frente a la moderada que representaba Soraya Sáez de Santamaría (más en Pérez y Cerrejón, 2018).

El partido va a rescatar el contenido de esa crítica aglutinante que realizó en su momento la Iglesia, pero sin ningún tipo de mención, aunque compartiendo inevitablemente referentes teóricos. Por ejemplo, Alicia Rubio –diputada de Vox en la Asamblea de Madrid– escogerá en su libro (2017) la obra de Dale O’Leary, investigadora católica de EE.UU., para encuadrar la “ideología de género”. No obstante, Vox ha resultado tan efectivo a la hora de introducir el “problema” del género en el debate público, que ha conseguido que el término sea percibido como inexorablemente suyo.

La “ideología de género” en la construcción del discurso de Vox

Es muy significativo que las descripciones que Vox ha realizado sobre la “ideología de género” en sus documentos hayan sido muy vagas y nada concisas. En su Proposición no de Ley relativa a la ideología de género, Vox la califica como “una metamorfosis autodestructiva y socialmente tóxica del feminismo” (BOCG, 2021, 243: 29). El partido de Abascal ha buscado crear un concepto abierto que opera como una suerte de cajón de sastre en el que tienen cabida todas las propuestas feministas que al partido le interesa rebatir y estigmatizar.

Tras recoger y cotejar las distintas menciones que realiza el partido en sus documentos, se propone aquí una definición de lo que representa la “ideología de género” para Vox como una “doctrina ideológica” promovida desde el movimiento feminista vinculado a la tercera ola y las políticas de identidad de género. La principal fuente de conflictividad de esta doctrina feminista radicaría en la interpretación que promueve de los conceptos de “identidad de género” e “igualdad de género” y que impregna todas sus propuestas.

Lo que hace Vox es insinuar la existencia de una suerte de proyecto ideológico del feminismo –que asimilaría a una corriente de pensamiento o teoría filosófica, que va a llenar de connotaciones negativas. Esto lo consigue adjudicándole términos muy marcados en la propaganda del partido, como el de “doctrina” o “adoctrinamiento”. Efectivamente, las propuestas feministas tienen una ideología detrás,⁷ pero esta es representada como una forma de “pensamiento único” que trata de imponerse socialmente, omitiendo las fases de consenso, disenso y debate social, que son las que otorgan legitimidad política.

7. Esta pretensión del feminismo como un proyecto de “pensamiento único” choca con la diversidad de teorías y corrientes dentro del propio movimiento feminista, que se está reflejando en la actualidad en la división en torno a la cuestión de los derechos transexuales que ha suscitado el Anteproyecto de ley arriba mencionado.

Implantar esta noción de la doctrina ideológica también le permite a Vox tender puentes, en ocasiones explícitos, entre el feminismo y otras corrientes ideológicas estigmatizadas como el marxismo. Las continuas referencias al marxismo responden a varios fines: por un lado, romper cualquier posibilidad de transversalidad política, identificando las políticas de género como políticas de izquierda, con el efecto repulsivo que eso genera automáticamente en un sector de la población. En este sentido, la diputada de Vox, Lourdes Méndez Monasterio, llegaba a afirmar en el Congreso: “lo que pasa es que usted ahora mismo no quiere la igualdad de las mujeres, usted lo que quiere es un supremacismo de la mujer, que además será la base para su supremacismo de la izquierda cultural” (BOCG, 2020, 41: 29). Por otro lado, dicha estrategia también busca facilitar comparaciones que desacrediten las demandas feministas:

La ministra [de igualdad] sigue queriendo utilizar este tiempo doloroso de pandemia para la injusticia de enfrentar a hombres y mujeres, imponer su agenda totalitaria e injusta e implantar su marxismo cultural en forma de supremacismo e ideología de género (BOCG, 2020, 169: 24).

Los conceptos ideológicos más identificables en los que sustenta esa proyección de “doctrina” son los de “identidad de género” e “igualdad de género” que promulga el feminismo, y que ahora desarrollaremos. Vox va a identificar en ellos el germen de dicha “agenda supremacista” de las mujeres y el “odio social a los hombres”, que está encontrando amparo en un sistema político, legal, judicial y educativo que no está sino blindando esta discriminación.

Sobre roles e identidad de género

El proyecto de Ley para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas Trans y para la Garantía de los Derechos LGTBI ha despertado en Vox más atención incluso que la ley de violencia de género en su cruzada contra la “ideología de género”. En su intento por regular la situación del colectivo transexual en España, el Ministerio de Igualdad ha abierto el debate sobre la identidad de género y la categoría de mujer. La ley ha generado una gran controversia social entre distintos sectores –como el Partido Feminista o Vox– que desde diferentes discursos llegaban a las mismas críticas. Para Vox, esta ley desdibuja aún más la línea que distingue entre el género masculino y femenino y abole directamente los sexos. Esta ley no incluye en su anteproyecto ninguna mención al sistema sexo/género, pero la regulación y disposiciones para facilitar el proceso de conversión de sexo se han interpretado como el golpe final al sistema que organizaba la división sexual.

En su Proposición no de Ley relativa a la ideología de género, Vox remarca que el “desdibujamiento del género” habría comenzado mucho antes en este proceso, concretamente con las feministas de la segunda ola. Este último movimiento, que califica como “anti-familia” y “anti-maternidad”, planteaba una distinción entre el concepto de sexo –que

se asociaba a lo biológico– y el de “género”, socialmente construido. Desde este supuesto, nacer mujer –con genitales de mujer– no conllevaba necesariamente llevar asociados los gustos, aspiraciones o hábitos que se consideraban “femeninos”, entre ellos el instinto maternal. De hecho, Vox a calificar el discurso de Simone de Beauvoir como de “odio a la maternidad” como vía para alcanzar la emancipación. Un ataque a la maternidad que, sostiene Vox, habría sido utilizado por las feministas para “tomar el control sobre la reproducción”, negando a las demás mujeres que deseaban ejercer ese rol su capacidad de elección (BOCG, 2021, 243: 30).

Siguiendo con el relato, esta ruptura de géneros se agravó con la llegada del feminismo de la tercera ola y las políticas de la identidad. Judith Butler (2017) cuestionó la validez del concepto de género por considerar que la normatividad del binomio femenino/masculino encierra al género en exclusiones y prohibiciones y niega la identidad de las personas que no se reconocen en estas prácticas masculinas y femeninas (Osborne y Molina, 2008:154). La transexualidad, no en vano, representa para Vox la negación absoluta de lo biológico. La indefinición entre los géneros no solo pondría en riesgo la asignación de roles –al final reconocerse como hombre o mujer supone un cambio en la interacción y las expectativas sociales– sino que también modificaría toda la estructura sexual y reproductiva que sostenía esta distinción:

Ustedes, en su delirio de igualar ambos sexos, en su delirio de avanzar contra la naturaleza del ser del hombre y la mujer, negando sus especificidades, entre ellas, su obsesión por la ruptura con la maternidad, en esa fijación desquiciada sobre el género y los roles femeninos y masculinos, han hecho desvanecer la identidad de la mujer (BOCG, 2021, 102: 11)

Tanto en sus intervenciones parlamentarias como en sus vídeos de género, el partido imagina un escenario en el que lo que antes se consideraban cifras anecdóticas de disforia de género va a desembocar en un mar de solicitudes de cambio de sexo irreversibles. Vox identifica la escuela como principal canal de transmisión de esta “moda cultural” por la facilidad que ofrece para influenciar en los niños. Así, suma un argumento más en su cruzada por la desideologización de la educación desde la eliminación de cualquier contenido que adoctrine en la “ideología de género”.

Es importante señalar que Vox no va a renunciar al espacio electoral que supone el voto femenino. Algo que el partido evidencia lanzando vídeos promocionales –con Rocío Monasterio al frente– dirigidos directamente a las mujeres o con su intento de rescatar parte del feminismo histórico (Vox, 2019). El partido reivindica en sus vídeos el feminismo de la primera ola (s. XVIII-XIX), única etapa con la que se siente cómodo, pues todo lo posterior lo entienden como una corrosión del feminismo. El sufragismo ofrece a Vox un lugar seguro y una serie de referentes que exhiben en su proposición sobre “ideología de género”: Mary Wollstonecraft, John Stuart Mill y Olympe de Gouges. En el vídeo del 8M, Rocío Monasterio engrosará esa lista con referentes nacionales como Concepción Arenal, Clara Campoamor o Emilia Pardo Bazán. Todas ellas figuras blancas, de cierto consenso social y bastante popularidad y, en el caso de Arenal –la más presente en sus discursos– ligada al catolicismo social.

El lema que exhibe Monasterio “No hables en mi nombre” en el citado vídeo del 8M, evidencia la voluntad del partido por romper cualquier tipo de “colectivización” y cuestionar la legitimidad del movimiento feminista para seguir representando las demandas de las mujeres. Para enfatizar la posición distintiva de Vox cuando habla de cuestiones de género, se recurre a una retórica sobre lo “verdadero/falso”. La verdad

de Vox frente al discurso falso del “consenso progre”, que apelen al feminismo que defendía la “verdadera igualdad” o que representen los problemas de las “mujeres reales”.

El origen de la (des)igualdad de género

La premisa de la argumentación sobre igualdad de Vox es que ya no existe discriminación formal en Occidente (Alonso, 2020). Lo que existe es una desigualdad natural entre hombres y mujeres –en base a la propia biología– que se intenta negar desde la izquierda. Esta desigualdad se expresaría en la atribución de roles diferenciados, en el caso de las mujeres como madre y cuidadora.

Desde este supuesto de no discriminación, la única discriminación entre géneros la habría provocado el feminismo con su concepto de “igualdad de género”, que está operando como base teórica de las acciones positivas y leyes excluyentes. Las cuotas de género en las empresas o la ley de violencia de género serían ejemplos de esta forma de esta desigualdad y penalización a los hombres “por el hecho de serlo”:

En VOX no estamos en contra de la igualdad. Nos importa tanto la igualdad que estamos en contra de cualquier ley que pretenda privilegiar o discriminar, y francamente no entiendo –y creo que cuatro millones de españoles tampoco lo entienden– por qué hay que dar un trato diferente a una persona en función de su religión, en función de su raza o de su sexo (BOCG, 2021, 78: 8)

Concretamente, van a atacar duramente la existencia de una Ley contra la violencia de género a la que acusan de “discriminar y penalizar al hombre por el hecho de serlo” (BOCG, 2021, 78: 7). Vox considera esta “asimetría penal” perjudicial para ambos géneros en tanto “victimiza y colectiviza” a las mujeres mientras define a los hombres como “violentos” y “torturadores”. Lo que subyace a esta crítica es la incomodidad de Vox ante la pérdida de nitidez en la separación entre el espacio público y privado, que ha permitido a las mujeres sacar de la “intimidad” de los hogares lo que necesitaba ser objeto de gestión pública y reivindicar su lugar en el espacio público –de manera especialmente visible en el campo laboral–. Vox se muestra tan preocupado por vigilar que no se concedan privilegios legales a las mujeres, que ignora deliberadamente que quienes han ostentado históricamente el privilegio social han sido los hombres. Estas cuotas y leyes que rechazan no son sino el último recurso para revertir las cifras –ya sea de violencia, de acoso, de brecha salarial, desempleo o acceso a puestos de responsabilidad– que se han mostrado siempre más desfavorables con las mujeres.

Puestos a señalar algún tipo de discriminación a las mujeres, Vox lo hace mirando al exterior, al mundo musulmán. Son múltiples las referencias al islam y al burka, incluso acuñan el término “burka ideológico” como sinónimo de doctrina ideológica (Monasterio, 2019). Resulta llamativa la cantidad de alusiones a la inmigración en intervenciones parlamentarias dirigidas a debatir propuestas de género:

También dicen [el Grupo Parlamentario Confederal Unidas Podemos] que nos están matando, pero siguen aplicando una ley fallida en la que abunda este proyecto de ley y siguen importando inmigrantes de culturas que no respetan los derechos de las mujeres. (...) Ustedes dicen defender los derechos de la mujer, pero miran para otro lado con la opresión y la falta de derechos de las mujeres en el mundo islámico (BOCG, 2021, 275: 6)

Esta forzada fusión le es de gran utilidad a Vox en varios sentidos. En primer lugar, resulta conveniente para reforzar sus propuestas sobre control migratorio. Permite consolidar una imagen de la inmigración asociada a valores negativos como la inseguridad, la falta de libertad o el retroceso desde la que estigmatizar, aún más, a los inmigrantes. El mensaje nativista de Vox contará con mayor aceptación social si la opinión sobre la inmigración esta dañada y deshumanizada. Por otro lado, contribuye a reforzar el argumento de Vox que plantea Occidente como un lugar libre de desigualdad que necesita ser protegido del retroceso que supondría el contacto con otras culturas (Alonso, 2020). La falsa oposición que rescatan entre Occidente –asociada al progreso– y Oriente –al retroceso– contribuye a alimentar la falsa impresión de que Occidente ya ha alcanzado el culmen de los derechos sociales. Y, por último, facilita el descrédito del feminismo y los partidos de la izquierda a los que acusan de “alentar la inmigración ilegal” (BOCG, 2020, 169: 25) y ser incapaces de garantizar la seguridad de las mujeres.

Vox se va a erigir a sí mismo como único garante frente a la dictadura de la “ideología de género”. Pues, sostiene, este intento de adoctrinamiento en el “pensamiento único” de género está contando con la complicidad no solo del gobierno, sino también de partidos de la oposición como Partido Popular y Ciudadanos, a los que habría frenado el temor de ser señalados públicamente:

Soy consciente de que ustedes estaban antes mucho más cómodos, antes de que llegáramos nosotros; con una oposición que no es oposición, con una derecha que no es derecha, con un Partido Popular cobarde y servil (rumores) que ha comprado todos sus delirios ideológicos y son cómplices de la ignominia de las leyes de género (BOCG, 2021, 81: 12).

Una situación que da alas a Vox para autoproclamarse como el único

partido con legitimidad moral para trabajar por la “verdadera igualdad” y representar las voces discordantes.

Conclusión

El discurso de la “ideología de género” ha demostrado tener un gran potencial comunicador y calado social que hace necesario entenderlo y profundizar en él. Vox emplea este concepto para hacer referencia a una supuesta doctrina ideológica –procedente de un feminismo pervertido– que trata de imponer una noción de igualdad e identidad que atenta contra el sistema sexo/género y su organización social. Vox se asegura de plantear un concepto lo más abierto posible, con la finalidad de sacar el máximo provecho de este filón electoral. El trabajo de análisis se organiza en torno a las preguntas planteadas en la introducción, a las que se trata de dar respuesta.

En primer lugar, el rastreo del origen de este concepto nos lleva hasta la Iglesia Católica a mediados de los años noventa. La Iglesia buscó articular entonces una campaña efectiva para frenar el avance del feminismo y desprestigiar sus propuestas que veían como un ataque a la organización de la sexualidad y a la institución familiar. Vox se hará eco de estas demandas dos décadas después, pero evitando cualquier nexo orgánico con la Iglesia. De hecho, su efectividad para construir la “ideología de género” como un problema real, va a transmitir la sensación de que se trata de un discurso de marca propia.

A la pregunta sobre cómo ha integrado Vox la propuesta de la “ideología de género” en su discurso de género, podemos responder que desde un lugar absolutamente predominante. Va a ser un recurso permanente en las intervenciones parlamentarias de Vox –presente en al menos diez sesiones en las que se debatían asuntos de género en la actual

legislatura–, va a actuar como reclamo en sus vídeos promocionales de género e, incluso, va a presidir una proposición no de Ley* dirigida a abordar exclusivamente la “ideología de género”.

Este protagonismo se entiende viendo su capacidad para condensar las tres vías estratégicas en la que está empleando la derecha radical el género en su discurso. Así, resulta efectiva como forma de “destrucción” del movimiento feminista y ha sentado las bases para debatir la reversión de leyes y políticas de igualdad de género; ha demostrado su potencial constructivo como reclamo electoral, al canalizar el descontento –y desconcierto– social con la ruptura de roles de género; y, por supuesto, está siendo explotada de una forma “oportunista”, para asentar un modelo de país con tintes nativistas a partir del uso de los derechos de las mujeres para estigmatizar la inmigración.

La ronda de preguntas en la introducción se cerraba con el interrogante sobre qué políticas o propuestas legislativas pretendía señalar Vox con su discurso. Sus críticas se van a concentrar en la ley de violencia de género y la Ley para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas Trans por ser las que mejor reflejan los conflictivos conceptos para Vox de “igualdad e identidad de género” que promulga el feminismo.

La ley de violencia de género se basaría en una idea de igualdad que Vox considera la base del supremacismo de la mujer y del perjuicio social del hombre al introducir una discriminación positiva hacia la mujer que crea una situación de desigualdad entre géneros. La “ley trans” sigue siendo, por otra parte, su principal blanco político. Representa

* En el sistema jurídico español el concepto “Proposición no de Ley” (PNL) es definido por el Diccionario panhispánico del español jurídico como: “Acto parlamentario, planteado por los grupos parlamentarios del Congreso de los Diputados, que participa de la doble condición de instrumento de control y de impulso político, cuya finalidad es conseguir una resolución de un órgano parlamentario (sea el pleno o una comisión) respecto de una propuesta concreta”. En otras palabras, se trata de una iniciativa parlamentaria a través de la cual se expresa una posición ante un determinado tema o se insta al gobierno a seguir una determinada política o a realizar alguna acción [e.].

la destrucción de la idea tradicional de sexo y género, profundizando en una brecha que amenaza con dañar aún más su imagen de la familia y la maternidad. Es en este marco de alarma cuando con mayor efectividad operan los mecanismos discursivos analizados en este trabajo.

REFERENCIAS

- Alonso, Alba.** "El rol de la igualdad de género en la derecha populista radical". Agenda Pública *El País*, 22 de junio de 2020 [en línea].
- Alonso, Alba y Julia Espinosa-Fajardo.** "Blitzkrieg Against Democracy: Gender Equality and the Rise of the Populist Radical Right in Spain". *Social Politics* 28.3 (2021): 656-681.
- Alonso, Sonia y Cristobal Rovira Kaltwasser.** "Spain: No Country for the Populist Right?". *South European Society and Politics* 20.1 (2014): 21-45.
- Alzamora Revoredo, Oscar.** "La Ideología de Género. Sus Peligros y Alcance". En Consejo Pontificio De La Familia. *Lexicón de términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas*. Madrid: Palabra, 2006.
- Bracke, Sara y David Paternotte.** "Desentrañando el pecado del género". En Sara Bracke y David Paternotte, eds. *¡Habemus género! La Iglesia católica e ideología de género*. Brasil: G&PAL, 2017. 8-25.
- Bustelo, María y Emanuela Lombardo.** "Los 'marcos interpretativos' de las políticas de igualdad en Europa: conciliación, violencia y desigualdad de género en la política". *Revista Española de Ciencia Política*, 14 (2006): 117-140.
- Butler, Judit.** *El género en disputa*. Madrid: Paidós, 1992.
- Case, Mary Anne.** "After Gender the Destruction of Man? The Vatican's Nightmare Vision of the Gender Agenda for Law". *Pace Law Review* 31(2011): 802-817.
- Casals, Xavier.** "La evolución de la ultraderecha en España: claves históricas y territoriales". ARI 59/2017. Real Instituto El Cano, 2017.
- Cornejo-Valle, Mónica y Pichardo, J. Ignacio.** "La 'ideología de género' frente a los derechos sexuales y reproductivos. El escenario español". *Cadernos Pagu* 50 (2017). [en línea].
- Corredor, E Elizabeth (2019):** "Unpacking 'Gender Ideology' and the Global Right's Antigender Countermovements". *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 44.3 (2019): 613-638.

- Dietze, Gabriele y Julia Roth.** "Right-wing populism and gender: A preliminary cartography of an emergent field of research". En Gabriele Dietze y Julia Roth, eds. *Right-wing populism and gender. European perspectives and beyond*. Bielefeld: Transcript, 2020. 7-22.
- Farris, Sara.** *In the Name of Women's Rights: The Rise of Femonationalism*. Durham: Duke University Press, 2017.
- Ferreira, Carles.** "Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología". *Revista Española de Ciencia Política* 51 (2019): 73-98.
- González, Carmen.** "La excepción española: el fracaso de los grupos de derecha populista pese al paro, la desigualdad y la inmigración". *WP* 3 (2017). Real Instituto El Cano.
- Grzebalska, Weronika y Pető, Andrea.** "The gendered modus operandi of the illiberal transformation in Hungary and Poland". *Women's Studies International Forum* 68 (2018): 164-172.
- Kantolay, Johanna y Lombardo, Emanuela.** "Challenges to democratic practices and discourses in the European Parliament: Feminist perspectives on the politics of political groups". *Social Politics* 28.3 (2021): 579-603.
- Kimmel, Michel.** *Hombres (blancos) cabreados: la masculinidad al final de una era*. Valencia: Barlin Libros, 2019.
- Kováts, Eszter y Maari Põim, eds.** *Gender as symbolic glue: The position and role of conservative and far right parties in the anti-gender mobilization in Europe*. Foundation for European Progressive Studies, 2015.
- Kuhar, Roman y David Paternotte.** "Gender ideology in movement: Introduction". En: Roman Kuhar y David Paternotte, eds. *Anti-Gender Campaigns in Europe: Mobilizing against Equality*. London: Rowman & Littlefield, 2017.
- Monasterio, Rocío (2019).** Vídeo "Las mujeres de VOX rompen con la huelga feminista del 8M" en VOX (5 de marzo de 2019). Disponible en: <https://www.voxespana.es/noticias/ideologia-de-genero/monasterio-celebramos-ser-mujeres-364-dias-al-ano-todos-menos-el-8-de-marzo-20190305>
- Mudde, Cas.** *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Mudde, Cas.** *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós, 2019.
- Norris, Pippa.** "Measuring populism worldwide". *Party Politics* 26.6 (2020): 697-717.

- Osborne, Raquel y Cristina Molina Petit.** "Evolución del concepto de género (Selección de textos de Beauvoir, Millet, Rubin y Butler)". *Empiria* 15 (2008): 147-182.
- Paternotte, David.** "Backlash: A misleading narrative". 2020. Disponible en: <https://blogs.lse.ac.uk/gender/2020/03/30/backlash-a-misleading-narrative/>
- Pérez, Sofía y Carolina Cerrejón.** "Casado carga contra la "ideología de género" mientras Santamaría denuncia haber sufrido machismo". *elDiario.es*, 11 de julio de 2018 [en línea].
- Rama, José. et al.** *Vox: the rise of the spanish populist radical right*. Abingdon, Oxon: Routledge, 2021.
- Rubio, Alicia.** *Cuando nos prohibieron ser mujeres... y os persiguieron por ser hombres. Para entender cómo nos afecta la ideología de género*. 2017.
- Sager, Maja y Mulinari, Diana.** "Safety for whom? Exploring femonationalism and care-racism in Sweden". *Women's Studies International Forum* 68 (2018): 149-156.
- Verloo, Mieke.** "Mainstreaming Gender Equality in Europe. A Frame Analysis Approach". *The Greek Review of Social Research* 117 B' (2005): 11-34.
- Verloo, Mieke** *Varieties of opposition to gender equality in Europe*. New York: Routledge, 2018.
- Vox (2017).** "Comunicado de VOX sobre el Pacto de Estado contra la violencia de género". 2017. Disponible en: <https://www.voxespana.es/noticias/comunicado-de-vox-sobre-el-pacto-deestado-contra-la-violencia-de-genero-20170731>
- Vox (2018).** "Cadena perpetua ¡YA!". 2018. Disponible en: <https://www.vox-espana.es/noticias/cadenaperpetua-ya-20181227>
- Vox (2019).** "Rocío Monasterio: 'Las feministas no quieren oír hablar de las familias'". Video. Disponible en: <https://www.voxespana.es/noticias/ideologia-de-genero/rocio-monasterio-las-feministas-no-quieren-oir-hablar-de-las-familias-20190402>

Documentos políticos/legislativos:

- BOCG del Congreso de los Diputados (2020). *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Núm. 41 de 24 de febrero de 2020. Comisión de Igualdad.
- BOCG del Congreso de los Diputados (2020). *Diario de Sesiones del Congreso*

de los Diputados. Núm. 169 de 07 de octubre de 2020. Comisión de Igualdad.

BOCG del Congreso de los Diputados (2021). Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Núm. 275 de 27 de enero de 2021. Comisión de Igualdad.

BOCG del Congreso de los Diputados (2021). Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Núm. 78 de 16 de febrero de 2021.

BOCG del Congreso de los Diputados (2021). Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Núm. 81 de 23 de febrero de 2021.

BOCG del Congreso de los Diputados (2021). Proposición no de Ley presentada por el Grupo Parlamentario VOX, relativa a la ideología de género. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, Núm. 243 de 22 de marzo de 2021.

BOCG del Congreso de los Diputados (2021). Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, Núm. 102 de 18/05/2021.

Este trabajo apareció en una versión previa como: "El marco de la 'ideología de género' en el discurso de Vox", *Más Poder Local* 49 (2022), 10-25. Para la presente publicación, no se ha considerado la sección "Consideraciones teóricas". Para quien desee leerla completa se recomienda revisar la publicación original (e.).

La derecha radical y sus tácticas de *culture jamming* en la guerra memética

Andy King

Memefluencers

Cuando se trata de la creación y difusión de memes instrumentalizados como armas, la llamada derecha alternativa, *alt-right*, sigue estando un paso adelante. La “Gran guerra del meme de 2016” puede ser cosa del pasado para los veteranos que la libraron, pero solo recientemente ha estado bajo el escrutinio de periodistas y políticos, que han tropezado con una jerga ya anticuada. Los progresistas han reconocido tímidamente el poder político de los memes, pero aún no logran adaptarse a sus mecanismos de producción ni desarrollar contramedidas. Los memes de izquierda siguen siendo creados principalmente *por* y *para* gente de izquierda, sin una expansión metódica hacia sus adversarios. En cambio, la *alt-right* destaca en la conquista de nuevos territorios invadiendo no solo espacios en línea políticamente neutrales, sino también los que pertenecen a sus oponentes.

Como movimiento político de extrema derecha, la *alt-right* fue capaz de fabricar lo que parecía ser una nueva identidad –con su propia jerga y cultura visual–, al tiempo que conservaba creencias arcaicas. Aparte de su cambio de imagen superficial, el único aspecto “alternativo” de la *alt-right* es el promedio de edad de sus miembros y su destreza tecnológica. En el fondo, nunca ha dejado de complacer los sentimientos racistas, homofóbicos y sexistas convencionales. A pesar de ello, la *alt-right* consiguió captar la atención de las generaciones más jóvenes con memes divertidos, polémicas y aventuras en red, llenando el vacío dejado por las múltiples crisis financieras y la desintegración social. La izquierda, por su parte, quedó en la posición de defensora académica desactualizada –en lugar de influenciadora– que lucha por proteger los territorios online que le quedan, en lugar de conquistar y subvertir nuevas áreas.

Esto no quiere decir que la gente de izquierda que posee habilidades tecnológicas no haya intentado desacreditar la máxima de internet “*La izquierda no sabe hacer memes*” (Fig. 1). Recientemente ha habido una oleada de artistas, como Joshua Citarella, Brad Troemel y el colectivo clusterduck, así como YouTubers como ContraPoints, hbombguy y PhilosophyTube, que han conseguido captar la imaginación de los jóvenes internautas de izquierda o que tienden hacia la izquierda. Para atraer a los *millennials* marginalizados, se apropiaron del estilo irónico y populista de la *alt-right*, utilizándolo para aumentar la conciencia de clase, sensibilizar sobre la crisis climática y apoyar los derechos de los transexuales, sin perder el tono rebelde y antisistémico. Los seguidores de polémicos podcasters de izquierda como Chapo Trap House, Cum Town y Red Scare no tienen problemas para apropiarse de los memes de Pepe y Wojak y adaptarlos a sus necesidades políticas. Utilizando un sentido del humor franco y vulgar, pretenden demostrar que la izquierda puede ser tan subversiva y rebelde como la *alt-right*. Esto es importante porque la izquierda se encuentra actualmente en la contradictoria posición de ser llamada “el establishment”, sin tener los poderes que conlleva serlo.



Fig. 1: Meme de la derecha que estereotipa a la gente de izquierda como analfabetos digitales y, por tanto, como irrelevantes SJM (Guerreros de la Justicia Social). <https://imgflip.com/i/1zwubx>.

Por el contrario, la *alt-right*, con sus *think tanks* y conexiones políticas, ha logrado moldear su imagen como la de un desvalido: una táctica conveniente para justificar tácticas agresivas como la de enviar spam con imágenes de fetos abortados en grupos de Facebook a favor del aborto, asaltos a subreddits y recopilaciones de feministas y liberales enfadados que parecen “cancelar la libertad de expresión”. Su alcance ha sido amplio –ningún rincón de internet se ha librado. Sin embargo, las comprensibles reacciones iracundas de la gente de izquierda ante los memes racistas y los discursos de odio fueron documentados para terminar retroalimentando una máquina de propaganda online que los retrata como frágiles “copos de nieve” sin sentido del humor.

Libro abierto para los que se atreven a mirar

Los manifiestos y las guías de instrucciones para la guerra online de la *alt-right* siguen siendo accesibles y fáciles de compartir. Una vez subidos a un pastebin, se actualizan, copian y pegan continuamente. Por eso se les llama copiapega (*copypasta* en inglés): cualquiera puede modificarlos y volver a publicarlos. Como en el caso de los memes, la máxima eficacia está por encima de los derechos de propiedad intelectual: el autor original pasa a ser insignificante. Estos copiapegas utilizan un lenguaje cautivador e hiperbólico y contienen instrucciones claras para una acción inmediata en constante actualización (Fig. 2). Los copiapegas que llaman a la acción suelen estar escritos en un tono militar optimista; comienzan con un airoso discurso de batalla seguido de una selección de “lo mejor” de los artículos de la derecha radical, una selecta colección de plantillas de memes y recopilaciones de YouTube de “liberales siendo humillados”. Los copiapegas de krautpol¹ vienen incluso con su propia lista de reproducción Fashwave para animar a los reclutas durante sus misiones. A pesar de su horrible contenido, el tono sigue siendo abrumadoramente positivo e incentivador. Finalmente, se termina con una lista de tareas específicas divididas en “escalones estratégicos”. El lector puede unirse a un batallón relevante, dependiendo de su nivel de valentía y habilidades. Estos van desde batallones de “alto nivel” para activistas dispuestos a exponer públicamente sus rostros en concentraciones identitarias reales, hasta batallones de “bajo nivel” (pero más populares) formados por activistas anónimos dispuestos a enviar spam, doxear y acosar.

Otra razón por la que la *alt-right* es capaz de reunir grandes ejércitos de

1. Krautpol se refiere a las facciones de extrema derecha de habla alemana activas en 4chan y 8chan. Tras ayudar a Trump a ganar las elecciones presidenciales de 2016 apoyando a sus miembros estadounidenses, krautpol se centra ahora en los movimientos identitarios de Europa organizando redadas y recaudando fondos para mítines.

```

KKK KKK RRRRRRRR AAAAAAA UUU UUU TTTTTTTTTTTT // lll //
KKK KK RRR RRR AAA AAA UUU UUU TTT // oooooo lll //
KKKKK RRRRRRRR AAAAAAAA UUU UUU TTT // ppppppp ooo ooo lll //
KKK KK RRR RR AAA AAA UUU UUU TTT // ppp ppp ooo ooo lll //
KKK KK RRR RR AAA AAA UUU UUU TTT // ppp ppp ooo ooo lll //
KKK KKK RRR RRR AAA AAA UUUUUUUU TTT // ppppppp oooooo lll //
ppp
ppp

```

Text in [corner brackets] contains advice/recommendations and is to be removed/replaced before posting

G E N E R A L

Fig. 2: Ejemplo de copiapaga de krautpol. Obsérvese el tono militar optimista y el recordatorio a los miembros para que sean proactivos sin enfrentamientos internos. Copiapegas como este ayudan a las facciones de la derecha radical a pasar por alto sus diferencias ideológicas y a trabajar en conjunto para llevar a cabo tareas específicas. <https://pastebin.com/zRU2HecC>.

trolls es su capacidad para aceptar las diferencias ideológicas dentro de sus propias facciones. Las luchas internas se consideran improductivas y se desalientan enérgicamente. Por lo tanto, no es raro ver a ateos, cristianos acérrimos, supremacistas blancos homosexuales y homófobos luchando hombro a hombro durante una cruzada online. En un falso alarde de buena voluntad, los miembros de la extrema derecha pueden incluso intervenir para proteger a sus oponentes políticos si se ven sometidos a escrutinio por un tuit políticamente incorrecto o un comentario sacado de contexto. Combinado con las historias ampliamente difundidas sobre la cultura de la cancelación de la izquierda, este recibimiento con los brazos abiertos resulta muy atractivo para los reclutas potenciales que están desesperados por pertenecer a algo. Sin embargo, es una imagen falsa. La *alt-right* no ofrece alternativas económicas ni apoyo psicológico a ninguno de sus miembros, ni siquiera a los más fervientes. Sus campañas de “actúa primero, piensa después” son expertas en incentivar la urgencia proactiva, pero estas no se

basan más que en emociones negativas. La política económica siempre se reduce a la ingenua creencia de que, una vez expulsados todos los inmigrantes y despojadas las mujeres de sus derechos, los males económicos y psicológicos del capitalismo simplemente se evaporarán. Su voluntad de acoger es oportunista, carente de una preocupación sincera por el bienestar de sus reclutas.

Todas tus bases nos pertenecen

A veces resulta difícil creer que hace tan solo una década las intervenciones disruptivas en internet, las incursiones hacktivistas y la unión de la verdad con la ironía eran herramientas que pertenecían a los anarquistas de izquierda que trabajaban bajo el nombre de *Anonymous*. Después de que miembros clave fueran encarcelados por las agencias de inteligencia del gobierno estadounidense, la *alt-right* se apoderó rápidamente de los hilos de 4chan y captó el entusiasmo juvenil por la política anti-establishment online. También cultivaron sus herramientas hacktivistas, concretamente la capacidad de *Anonymous* para reclutar ejércitos online masivos de forma descentralizada. Una de las armas asimiladas fue la *culture-jamming*, que incluía campañas disruptivas como la invasión de terrenos enemigos y la conversión de la cultura mainstream en un caballo de Troya para el pensamiento radical. El renombrado neonazi Andrew Anglin (2017) describió la importancia de la *culture-jamming* [interferencia cultural] en el *Daily Stormer Style Guide*:

Aprópiate siempre de los memes culturales existentes, y de cualquier manera posible. No te preocupes si el meme fue originalmente judío. No importa. [...] Empaquetar nuestro mensaje en memes culturales existentes y en el humor puede ser visto como un método de entrega. Algo así como endulzar la medicina infantil. [...] Queremos apoderarnos de la cultura, consumirla (en línea).

De este modo, se apropiaron y subvirtieron memes políticamente neutros. Con photoshop se colocaron brazaletes de las SS en los brazos de delicadas chicas de anime; se borraron y reescribieron los globos de los cómics más populares de internet; se editaron infografías científicas para autentificar estereotipos racistas y sexistas; se crearon avatares, cuentas y perfiles falsos para suplantar y caricaturizar a sus adversarios. Bajo esta apariencia, los usuarios de extrema derecha asaltaron foros e hilos vecinos. Como muchos otros, Fredrick Brennan –que más tarde crearía 8chan– se enfrentó por primera vez a los trolls de 4chan durante una redada en un tablero de imágenes para fans de la serie *Sonic the Hedgehog*. Fascinado, siguió a los trolls hasta su nave nodriza, donde permaneció más de una década. Después de que 8chan fuera vinculado a varios atentados terroristas domésticos –y fuera tomada por sombríos multimillonarios–, Fredrick ahora se esfuerza para eliminar el tablero de imágenes de internet (Beran, 2019).

Los trolls de extrema derecha captan la atención de posibles miembros secuestrando su cultura visual y publicando contenidos incendiarios en sus plataformas, una especie de grafiti digital. Como se esconden tras avatares típicos de la comunidad a la que se dirigen mientras provocan a los miembros para que hagan berrinches, es difícil diferenciar entre un miembro real que reacciona ante un trol y un trol que actúa como miembro. Mientras los moderadores se esfuerzan por controlar una redada, se inician purgas de cuentas en toda la plataforma, de modo que miembros inocentes son expulsados junto con los culpables. Esto, a su vez, genera más ira y desconfianza en la comunidad y sus líderes. Mientras tanto, los miembros curiosos son atraídos fuera de sus plataformas y se les da la oportunidad de unirse a futuras incursiones. Después del Gamergate –la mayor asimilación entre plataformas–, los trolls de extrema derecha empezaron a quedarse sin subculturas de internet en las que infiltrarse. Se sentían preparados para enfrentarse a los medios de comunicación.

Victoria accidental

Érase una vez, un meme de reacción genérico llamado Pepe, el cual era utilizado en todo el espectro político, similar a los stickers de Facebook que se utilizan para mostrar una variedad de emociones. Su adopción por la *alt-right* fue circunstancial. El verdadero peligro para la desaparición de Pepe fue siempre su posible apropiación por parte de los “anticuados” medios de comunicación de masas [*lamestream*]. Cuando las celebridades y los boomers comparten un determinado meme, escriben de hecho su epitafio. Para disgusto de los internautas profesionales, esto estaba empezando a ocurrirle a Pepe. Los usuarios de la extrema derecha le devolvieron a Pepe su carácter vanguardista, creando versiones cada vez más controvertidas para separarse de los tan odiados normies, esto es, la gente del montón. Cuando la Liga Antidifamación declaró a Pepe símbolo de odio, la extrema derecha lo celebró entre risas: la cancelación de Pepe fue su resurrección (Fig. 3). La *alt-right* había ganado una guerra cultural que ni siquiera estaba librando y consiguió una mascota que ni siquiera había inventado. Lo mejor de todo es que los oponentes políticos que no estaban al tanto del nuevo estatus de Pepe como símbolo de odio, o que se negaron a renunciar a él, fueron repentinamente atacados por ser fascistas encubiertos.

Un movimiento nacido en internet necesita legitimidad en la vida real si aspira a influir en el mundo en general. La confianza es difícil de fabricar, pero es posible arrebatarla a quienes más la tienen. Para que la *alt-right* triunfara, era necesario que el público perdiera la confianza en los críticos del movimiento: los grandes medios de comunicación. Si bien muchos fascistas utilizaban a Pepe, también había muchos que no lo hacían. La derecha radical caricaturizó a los periodistas como adultos desconectados de la cultura juvenil y culpó a los medios convencionales de ser paranoicos y difundir noticias falsas. Los periodistas contraatacaron defendiendo su propia razón, mientras



Pepe has been resurrected!
Praise Kek! Shadilay!

Fig. 3.1: Matt Furie –el creador de Pepe– eliminó oficialmente su creación en 2017. Los usuarios de extrema derecha respondieron resucitándolo. <https://archive.4plebs.org/pol/thread/257302630/%5C#q257304889>”.



Fig. 3.2: Matt Furie –el creador de Pepe– eliminó oficialmente su creación en 2017. Los usuarios de extrema derecha respondieron resucitándolo. (ii) <https://archive.4plebs.org/pol/thread/257302630/%5C#q257304889>”.

que las muchedumbres de Twitter se empeñaron en discutir si el uso continuado de memes de Pepe en contextos políticamente neutrales era moralmente condenable. Eran los albores de las nuevas denuncias falsas.


Operación O-KKK

En 2017, los activistas de la *alt-right* decidieron explotar la falta de conocimientos de internet de los medios de comunicación tendiéndoles trampas. Si Pepe –un bobo cualquiera creado por un dibujante hippie– podía ser tachado de símbolo fascista, ¿qué pasaría con algo aún más inocuo y arbitrario?

En poco tiempo se puso en marcha la Operación O-KKK (Fig. 4). Su misión era hacer creer a los medios de comunicación que el gesto de la mano OK era un silbato para perros [*dog whistle*] del fascismo. La lógica se inventó sobre la marcha: tres dedos extendidos designaban la letra “w”, mientras que el dedo índice formando un bucle con el pulgar representaba la “p”. Juntas, representaban el **white power** [poder blanco]. Se ordenó a los activistas que crearan cuentas falsas de Twitter personificando feministas, afroamericanos e izquierdistas para twittear su rechazo ante este nuevo símbolo del poder blanco. Al mismo tiempo, se utilizaron cuentas alternativas abiertamente fascistas para generar spam en Twitter con contenido ofensivo acompañado del emoji de la mano OK con el fin de validar las acusaciones.

Los usuarios de extrema derecha que se hacían pasar por feministas empezaron a librar una guerra fingida con los usuarios de extrema derecha que se hacían pasar por versiones caricaturizadas de sí mismos (Fig. 5). Muy pronto, las feministas reales se enteraron de la batalla y se unieron para defender a las falsas feministas. Los medios de comunicación se hicieron eco de la historia y de inmediato quedaron en

IMG_2263.jpg (75 KB, 1073x531)



INTRODUCING: OPERATION O-KKK Anonymous (ID: GqQuAU8x) 02/27/17(Mon)03:32:18 No.114482325 >>114482375 >>114482572 >>114483235 >>114483753 >>114483969 >>114484471 >>114485569 >>114485688 >>114485751 >>114486015 >>114486043 >>114486249 >>114486520 >>114488048 >>114488197 >>114489614 >>114489933 >>114490057 >>114490153 >>114491182 >>114492623 >>114492860 >>114492995 >>114493101 >>114493153 >>114493173 >>114493296 >>114493406 >>114493456 >>114493554 >>114493725 >>114493753 >>114493814 >>114494238 >>114494627

We must flood twitter and other social media websites with spam, claiming that the OK hand sign is a symbol of white supremacy. Make fake accounts with basic white girl names and type shit like: OMG that's so truuuuu

Use as many emojis as you please. It would also be good for us to associate the OK sign being a symbol of white supremacy because Mel Gibson used it.

Use the hashtag "#PowerHandPrivilege" in all of your tweets and whatnot related to this.

Bonus points if your profile pic is something related to supporting feminism.

Leftists have dug so deep down into their lunacy. We must force to dig more, until the rest of society ain't going anywhere near that shit.

Fig. 4: Uno de los muchos hilos de la OPERATION O-KKK en 4chan.
 Imagen: < <https://www.splcenter.org/files/4chan-operationokkkjpg>>.

ridículo. Mientras tanto, la *alt-right* celebraba su nuevo poder para controlar la narrativa mediática.

Cuando los trolls de derecha rolean como “nazis de verdad”, las fronteras entre la ironía y la sinceridad se disuelven rápidamente. Era cuestión de tiempo para que los “nazis de verdad” empezaran a utilizar *sin ironía* el signo de la mano OK. Cuando se los confrontaba, fingían ser trolls conservadores. Brenton Tarrant —un terrorista doméstico que asesinó a 51 personas— pasó 14 años frecuentando los foros de 4chan y 8chan, fuentes de operaciones psicológicas, o PsyOps, como la Operación O-KKK. Durante su transmisión en vivo de los tiroteos de la mezquita de Christchurch, Tarrant demostró un amplio conocimiento de la irónica cultura memética de la extrema derecha. En su manifiesto, escribió que no está en contra de las personas que viven en el extranjero y deseó “lo mejor a los diferentes pueblos del mundo, independientemente de

su etnia, raza, cultura o fe" (Tarrant, 2017). Justin Trudeau y Candace Owens –una conservadora negra– fueron sarcásticamente atribuidos como sus influencias. Tras su detención, Tarrant mostró el signo de la mano OK en el tribunal (BBC News, 2019).

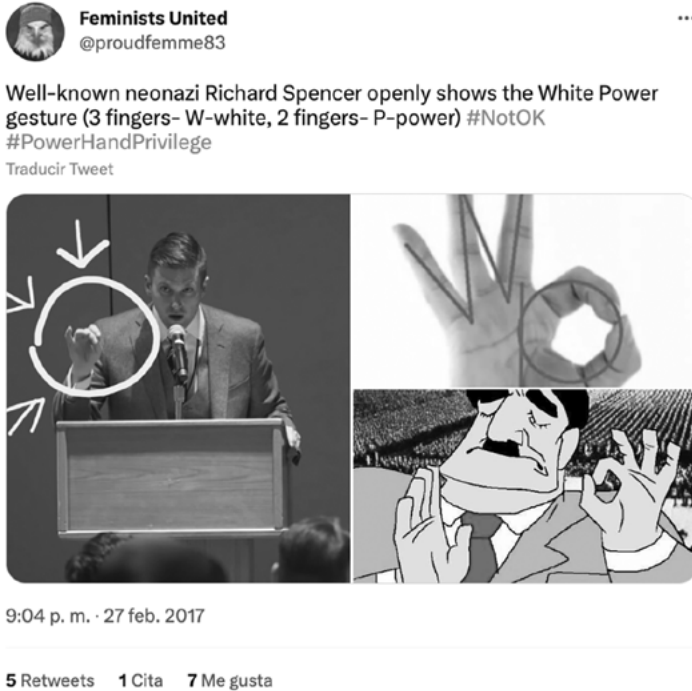


Fig. 5: *Feminists United* es una cuenta de Twitter dirigida por un troll de 4chan. Tweet: <https://twitter.com/proudfemme83/status/836366339514241024>.

Las farsas irónicas de la extrema derecha benefician a todos aquellos cuyas ideologías se sitúan más allá de la centro-derecha. Es ventajoso para los conservadores que la ventana de Overton se desplace hacia la derecha, porque su oposición a los refugiados palidece en comparación con los llamamientos a un etnoestado blanco. Al mismo tiempo, los neonazis pueden esconderse tras la cortina de la ironía. Robert Evans, periodista de *bellingcat*, fue incluido públicamente en la lista de personas por asesinar luego de que informara sobre Brenton Tarrant y 8chan. Un miembro de 8chan prometió pagar 15 bitcoins (valorados en 60.000 dólares en aquel momento) por su muerte. Cuando Evans publicó una captura de pantalla de la recompensa en su cuenta de Twitter, los 8channers alegaron que la recompensa era falsa y se burlaron de él por no entender “la broma” (Evans, 2019).

Operación Honk



Por la misma época, una variante de Pepe empezó a ganar adeptos. Con una peluca de los colores del arcoíris y la nariz roja, simbolizaba un mundo que se ha vuelto loco. Esta nueva variante clownificada se llamó Honkler (Fig. 6). Según los difusores de los memes de Honkler, los liberales se habían apoderado de los medios de comunicación, y cualquiera que fuera sorprendido discrepando con la “agenda liberal” corría el riesgo de ser cancelado. En este mundo de locos, todo se había vuelto patas arriba; la degeneración se disfrazaba de progresismo. La única forma de combatir a las élites progresistas era disfrazándose de payaso para evitar el escrutinio, pues sólo el bufón puede reírse de los reyes.



Fig. 6: Honkler sosteniendo la pistola marcada de Brenton Tarrant. En uno de sus manifiestos, Brentan Tarrant escribió: "Los memes de payasos son el primer paso para montar el tigre en el que tenemos que volvernos un poco locos y reconstruirnos a nosotros mismos" (Tarrant, 2017). También instaba a los simpatizantes a: "crear memes, publicar memes y difundir memes. Los memes han hecho más por el movimiento etnonacionalista que cualquier manifiesto" (Tarrant, 2017). Imagen: <https://boards.4chan.org/pol/>.

Honkler llegó con su propia píldora-filosófica: la Honkpill. Según un post de 4chan, la mejor manera de describirlo es como la Blackpill con óxido nítrico. Anunciada como una estrategia para hacer frente a los sentimientos de anomia, la Honkpill predicaba la risa ante lo absurdo del mundo, en lugar de vivir en un estado de apatía depresiva. Un copiapaga de la Honkpill explica: "Tomarse la Honkpill es una declaración de libertad y un acto de trascendencia filosófica; es el reconocimiento simultáneo de la Blackpill con la decisión de evitar su nihilismo concomitante, eligiendo conscientemente buscar la alegría, buscar la aventura, buscar el autodomínio alegre y divertido en medio de todo el caos".

Sin embargo, como casi todo lo demás en 4chan, su supuesto nihilismo era irónico. Detrás de la locura de Honkler había un método, que culminó en una serie de PsyOps, algunas de las cuales siguen vigentes. Una de ellas se llamó "Operación Honk". Dado que publicar memes de Pepe en

las redes sociales terminaba en baños, se hizo necesario utilizar un sustituto. Los emojis   se convirtieron en un silbato multiplataforma para Honkler y, de modo más amplio, para un mundo de payasos “degenerados” arruinado por los liberales. El mensaje supuestamente “nihilista” de la Honkpill era más presuntuoso que pesimista: si los medios de comunicación son un circo, 4chan es el maestro de ceremonias. Un usuario de 4chan explica la operación Honk: “creamos el meme del payaso para darle un rostro a los falsos medios de comunicación. los [sic] medios informan sobre locuras y no sobre hechos objetivos. El que informen sobre este meme del payaso demuestra este punto y la píldora roja volverá a molestar a las masas a medida que se asiente el hecho de que están leyendo sobre una rana payaso que salió de los dibujos animados”.

Una vez más, los medios de comunicación mordieron el anzuelo. Artículos como “Los nacionalistas blancos adoptan a los payasos como su próximo símbolo racista” (Holt, 2019) y “No es broma: los nacionalistas blancos ahora usan payasos para sembrar odio” (Pink, 2019) atrajeron más atención hacia el movimiento. Después de “engañar” a los medios de comunicación haciéndoles creer que una rana, el gesto de la mano OK y los payasos eran símbolos de la supremacía blanca, los usuarios de los tableros de imágenes (*channers*) decidieron ver hasta dónde podía llegar la madriguera del conejo. El secuestro de la bandera LGBT –el símbolo por excelencia de la política progresista– iba a ser su joya de la corona.

Reclamando el arco iris: un lugar para cada raza

La operación #takingbacktherainbow [#recuperandoelarcoiris] fue así: si el emoji de la bandera del arcoíris se utiliza al mismo tiempo que se ejerce un discurso de odio, tal emoji será reportado como el último símbolo fascista. La PsyOp fue anunciada como una victoria segura: si la bandera del arcoíris se cancela por ser un silbato del fascismo,



Fig. 7: Hilo de 4chan en el que se expone la operación #takingbacktherainbow. Imagen: <https://boards.4chan.org/pol/>.

las comunidades LGBTQIA+ serán silenciadas en las redes sociales. Si no se cancela, la extrema derecha se habrá apropiado del símbolo de su oponente y lo habrá desfigurado (Fig. 7). Los *channers* esperaban que los algoritmos diseñados para eliminar automáticamente los mensajes de odio detectaran esta conexión artificial. Afortunadamente, a pesar de sus esfuerzos, ello aún no ha sucedido.

Los memes de #takingbacktherainbow se disfrazaron (mal) de pro-LGBT +, abogando por “preservar la diversidad” mediante la segregación racial. Algunos memes de extrema derecha fueron compartidos accidentalmente por progresistas demasiado distraídos por la óptica del arcoíris como para fijarse en el eslogan supremacista: “un lugar para cada raza” (Fig. 8). Los usuarios de extrema derecha ávidos de caos en la vida real aprovecharon este impulso para desarrollar otra estrategia: llevar banderas de arcoíris a las concentraciones. El objetivo era doble. En primer lugar, la bandera del Orgullo LGBT podía utilizarse para desviar las acusaciones de intolerancia. Bajo su “protección”, los manifestantes de extrema derecha podían provocar a enemigos como los Antifa para que se involucraran en peleas y, de ese modo, tacharlos de “homofóbicos”. El segundo objetivo era más insidioso: aparecer en las manifestaciones con esvásticas arcoíris photoshopeadas en banderas confederadas para dar la impresión de que la extrema derecha estaba aliada con la comunidad LGBT+. Esto permitiría a la *alt-right* fingir apertura mental ante posibles conversos, al tiempo que engañaba a sus oponentes para que condenaran injustamente a las comunidades LGBT+ por incitar al odio.

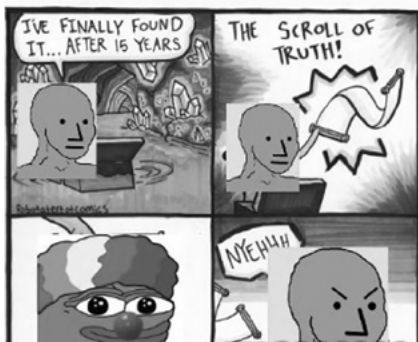


Fig. 8.1 Colección de memes de Honkler y #takingbacktherainbow. Imágenes: <https://boards.4chan.org/pol/> y <https://knowyourmeme.com/memes/clown-pepe-honk-honk-clown-world/photos/>.

Cómo matar a un payaso

Los memes del mundo de los payasos alcanzaron su máxima popularidad en la antesala del estreno de la película *Joker* en 2019. Esto no fue circunstancial: los formatos de los memes del Joker estaban en uso desde antes de que la *alt-right* decidiera secuestrar a los payasos, y además había paralelismos entre la Honkpill y la filosofía de desprecio maniaco del Joker. La película *Joker* de 2019 ofrecía una historia de origen en la que era posible verse reflejado: el protagonista –que acaba

convirtiéndose en el Joker— está desempleado, es soltero y aún vive con su madre. Después de que unos servicios sociales sin fondos le corten el suministro de medicamentos, entra en una espiral de locura y desencadena involuntariamente un levantamiento contra las élites adineradas.

A los incels les entusiasmó ver una película en la que un hombre solitario se pone a matar. Hicieron muchos memes sobre su identificación con el Joker y llamaron a un “levantamiento beta”. Los trolls de extrema derecha esperaban que los medios se dieran cuenta de los paralelismos entre payasos, incels y fascismo, de tal modo que la película fuera cancelada o restringida. Cuanta más gente creyera que la película del Joker de 2019 suponía una amenaza terrorista doméstica, más medidas de precaución se tomarían para asegurar los cines. Su objetivo final era diseñar una profecía autocumplida provocando lo suficiente al público como para lanzar una avalancha emocional que culminara en un ataque terrorista. Durante un tiempo, el plan pareció funcionar: los medios de comunicación empezaron a criticar la película incluso antes de su estreno.

El director, Todd Phillips, fue criticado por crear un protagonista que agradaba a los incels. Los críticos de cine no dejaron de señalar los aspectos problemáticos e irresponsables de la película. *Salon* la describió como “un manifiesto peligroso que podría inspirar a los incels a cometer actos de violencia” (Rozsa, 2019a). *Indiewire* coincidió y la calificó de “grito de guerra tóxico para incels autocompasivos” (Ehrlich, 2019). Las redes sociales se dividieron en dos bandos: los que estaban de acuerdo en que la película era una amenaza para la democracia, y los que menospreciaban la “cultura woke” y denunciaban a periodistas y críticos por hipócritas y cobardes. El ejército de EE.UU. emitió una advertencia a los miembros del servicio sobre un “posible tiroteo masivo”, explicando por qué los incels idolatran al Joker, y dando una lista de instrucciones en caso de tiroteo masivo (Rozsa, 2019b). Los usuarios de Twitter prometieron boicotear la pe-

lícula. El actor principal, Joaquin Phoenix, abandonó una entrevista en respuesta a una pregunta sobre la posibilidad de que su personaje inspirara tiroteos masivos. La policía de Nueva York se comprometió a proporcionar agentes uniformados durante las funciones. Los cines prohibieron las armas de juguete, los disfraces y las máscaras (Lee, 2019). Y la película aún no se había estrenado.

La *alt-right* se sintió victoriosa al sembrar el caos en las redes sociales sugiriendo con sorna la cancelación de todos los hombres blancos y las "inspecciones de pene" antes de las funciones. Las payasadas de un troll de 4chan, autoidentificado como Payne, se hicieron virales. Colgó carteles en los cines que prohibían a los hombres solteros asistir a las funciones del *Joker*. Los carteles fueron fotografiados y colgados en Internet, echando más leña al fuego. Como tanta gente creyó que los carteles eran reales, AMC tuvo que intervenir y afirmar que ninguna medida como esa había sido implementada. La indignación moral y la ira estaban en pleno auge, y los trolls de la extrema derecha estaban ansiosos por ver qué ocurriría cuando la película se estrenara públicamente.

Entonces se produjo el desastre: a la gente del montón le encantó la película. Slavoj Žižek felicitó a Hollywood por producir un éxito de taquilla anticapitalista (Žižek, 2019). En lugar de incitar a los incels a la violencia, el *Joker* captó el espíritu de la época. La aclamación inmediata de la película puso de manifiesto el sentimiento antisistema generalizado en todo el espectro político, independientemente del género, la raza o la clase. El sombrío retrato del capitalismo tardío y del desmoronamiento de las redes de seguridad social resonó en muchos de sus espectadores. Los memes de payasos se popularizaron. El emoji del payaso empezó a ser ampliamente utilizado para transmitir la sensación de sentirse engañado, desplazando su significado secundario. La extrema derecha no pudo reír por última vez en un mundo plagado de payasos.

“Yea sure I’ll not count
it as overtime
anything you say
boss”



It’s ok because
one day I’ll be the
boss



I don’t deserve 15\$ an
hour for the work I’m
doing anyways



Poors who complain
need to just work
harder



Fig. 9: La plantilla del meme del payaso maquillándose [Putting on Clown Makeup] se popularizó en 2019. Representa a un individuo que sufre disonancia cognitiva por observaciones contradictorias del mundo. Concilia la contradicción de una manera sin sentido, haciendo así el ridículo (KnowYourMeme, 2021). Imagen: <https://knowyourmeme.com/photos/1563390-putting-on-clown-makeup>.



Fig. 10.1: Memes del Joker creados y difundidos fuera de los círculos de extrema derecha. “Vivimos en una sociedad” se convirtió en uno de los memes del Joker más populares, dando lugar a un sinnúmero de variantes. 10.2 Meme de izquierda que representa a Karl Marx como Joker. <https://me.me/i/creating-joker-1989-throw-him-into-chemical-waster-creating-joker-866cd2582a7042679e82fd818478d36e>.

Cuando los radicales de derecha empezaron a salir de la pantalla en 2016, su amenaza a la democracia se hizo evidente en la vida real. Personas que antes consideraban a los incels como vírgenes de poca importancia y a la *alt-right* como un grupo de inadaptados, de repente empezaron a descifrar memes de boogaloo y a aprender las diferencias entre Chads y Stacys. Sin embargo, sus esfuerzos llegaron hasta ahí. No hubo mayores contraestrategias online y, mientras tanto, la desigualdad de clases seguía creciendo. Entonces, en enero de 2021, turbas de extrema derecha irrumpieron en el Capitolio de Estados Unidos. Como no

quedaba tiempo para *desarrollar think tanks* para la desradicalización, hubo que aplicar soluciones drásticas. Se prohibieron en masa cuentas de Twitter, grupos de Facebook y subreddits. Google, Apple y Amazon cerraron Parler, una red social de “libertad de expresión” utilizada por radicales de derecha y teóricos de la conspiración.

No cabe duda de que la *deplatforming*, la expulsión de las plataformas, es una estrategia eficaz; cuando se ejecuta a gran escala puede desorganizar todo un movimiento. La retórica nacionalista se mantiene en calma mientras la derecha lamenta las pérdidas electorales. Pero esto solo es temporal. La práctica del *deplatforming* se opone a la estructura inherente de internet. Prueba de ello es el prolongado fracaso en la lucha contra la piratería. La prohibición de *The Pirate Bay* dio lugar a miles de réplicas con VPNs que proliferaron de la noche a la mañana. Solo es cuestión de tiempo para que las redes sociales *alt-tech* aumenten su alcance, pero ya no a plena luz del día. Los *shibboleths* fascistas serán más sutiles para eludir las prohibiciones automáticas; las tácticas de conversión serán más matizadas.

Contrarrestar las contraestrategias

La *alt-right* ha demostrado una y otra vez su capacidad para adaptarse a situaciones que van en su contra. Al manipular con maestría la narrativa para aparentar que tienen el control, han hecho que el ser baneado de una red social pase de ser un inconveniente a un objetivo: *no nos han baneado, nos hemos baneado a propósito para demostrar lo arbitrarias que son las políticas de libertad de expresión*. Cuando Blizzard prohibió el uso de emojis de la mano OK en un juego multijugador (Trent, 2019), confirmó, sin darse cuenta, el poder de la *alt-right* para decidir qué es un símbolo fascista y qué no lo es. Cuando los trolls de extrema derecha generan spam en comunidades enemigas con símbolos y memes

de extrema derecha, esas comunidades son reportadas y eliminadas. Demostrar que los miembros originales no eran fascistas es difícil si la comunidad es pequeña. La regulación más estricta está dando lugar a la aparición de un internet paralelo compuesto por plataformas de redes sociales alternativas –como Gab y Bitchute–, que operan como cámaras de eco tóxicas y crisoles para ideologías de extrema derecha y teorías conspirativas. Aunque esto parece un soplo de aire fresco para los usuarios de Twitter y Redditors, hartos de ser acosados por los malintencionados *edgelords*, las investigaciones demuestran que interactuar públicamente con extremistas de extrema derecha en un hilo de comentarios de Twitter desradicaliza ese hilo (Garland et al., 2020). En los últimos años, ha habido un repunte de los estudios que proponen la intervención directa como una contramedida viable al discurso del odio, lo que se conoce como “construir una contranarrativa”. Por desgracia, muchos progresistas acaban debatiendo con trolls o bots, pasando por alto a los usuarios legítimos que podrían estar más dispuestos a cambiar de opinión. Los debates fuera de lugar pueden evitarse comprobando el historial de publicaciones de un usuario para ver si la cuenta es auténtica. Un análisis rápido del perfil de un usuario y de su historial de publicaciones debería hacerse incluso cuando un usuario aparenta ser de izquierda: como se ha mencionado anteriormente, los trolls de extrema derecha se hacen pasar por feministas y afroamericanos para desviar la atención y avivar las luchas internas. También es importante participar con el objetivo de bajar la intensidad de la conversación, incluso cuando es tentador hacer lo contrario. Según la Liga Antidifamación, esto puede hacerse mediante la comprobación de los hechos, el humor y la sátira.²

2. “Best Practices For Responding To Cyberhate”, *Anti-Defamation League*, <https://www.adl.org/bestpractices-for-responding-to-cyberhate>.

Operaciones psicológicas como la O-KKK, la Honk y la #reclaimtheflag [#recuperandolabandera] enseñaron a la *alt-right* una valiosa lección: sus enemigos eran una fuente desaprovechada de mano de obra no remu-

nerada que podía ser reclutada como falsos guardianes, transmisores inconscientes de confusión y desmoralización. La lenta adopción por parte de la izquierda de los métodos digitales de proselitismo y su incapacidad para reconocer el populismo de extrema derecha como una amenaza legítima también han sido factores importantes. En lugar de subvertir las reglas del juego –que alguna vez les pertenecieron–, los usuarios de izquierda siguen cayendo en las trampas que les montan. Acaban apuntando a los siempre cambiantes símbolos fascistas diseñados para quedar obsoletos en lugar de analizar y aprehender de raíz el problema: el éxito de la *alt-right* a la hora de asimilar y organizar seguidores en línea. Cortos de vista por una ansiosa buena voluntad, los progresistas se han colocado inadvertidamente en la posición de conserjes en línea. Siguen anclados en el pasado predigital, adhiriéndose a normas anticuadas de creación, difusión y control de símbolos.

En la era digital, cualquiera con acceso a un computador es un diseñador gráfico, y cualquiera con acceso a internet es un propagandista. Se tarda menos en fabricar un sinfín de símbolos de extrema derecha que en identificarlos, analizarlos, detectarlos y eliminarlos. Descubrir los últimos silbatos, *exploits* y chistes internos de la extrema radical es un trabajo a tiempo completo. Automatizar el proceso mediante la creación de bots diseñados para identificar y reportar el discurso de odio en internet no puede ser una solución a largo plazo. En primer lugar, la eliminación de contenidos no desradicaliza a los autores, simplemente los hace menos visibles para el público en general. Esto oculta inadvertidamente la gravedad de la situación en la que nos encontramos actualmente: los partidos de extrema derecha están ganando poder en toda Europa. Los resultados de las elecciones parecen chocantes en parte porque mucho del contenido en línea está siendo fiscalizado. En segundo lugar, los bots no saben leer entre líneas. Las tecnologías antirracistas han aumentado la dependencia de la extrema derecha a un lenguaje codificado basado en acrónimos, palabras inocuas y emojis,

que se transforman a diario y escapan a la detección. La *Operación Google* consistió en el uso de nombres de empresas “inbaneables” como “Google”, “Skype” y “Yahoo” como sustitutos de judíos, afroamericanos y latinos, respectivamente (Weimann y Ben Am, 2020). Al igual que con la operación #reclaimtheflag, su objetivo era engañar a los algoritmos de Google para que mostraran imágenes racistas a espectadores inocentes y, al mismo tiempo, engañar a los algoritmos de Google para que censuraran al propio Google. En tercer lugar, los trolls de extrema derecha a menudo controlan múltiples cuentas falsas, y generan otras nuevas tan pronto como las antiguas son baneadas.

Controlar las plataformas online cuesta tiempo, energía y coraje, recursos que podrían emplearse mejor en reunir ejércitos de izquierda para construir una contranarrativa que haga frente a la extrema derecha. Los copiapegados de izquierda pueden ayudar a unir a la izquierda delineando tareas específicas, como la formación de flashmobs digitales, al tiempo que se enfocan en grupos específicos de redes sociales. Inundar las plataformas fascistas con contenido satírico llamaría la atención de los recientes reclutas de la *alt-right* —muchos de los cuales son sólo adolescentes— y los expondría a puntos de vista alternativos. Asaltar antiguos foros de izquierda permitiría a los miembros expulsados recuperar el territorio perdido. Por ejemplo, muchos grupos ecologistas anarquistas y de izquierda han sido invadidos por ecofascistas. Los miembros originales fueron expulsados o se convirtieron. Estos territorios aún existen y pueden ser recuperados. Después de todo, la buena noticia es que cualquier progresista con acceso a un computador es un diseñador gráfico, y cualquier progresista con acceso a internet es un propagandista. Los memes deben ser vistos como lo que son: carteles propagandísticos; además, la difusión de memes se adhiere a los mismos principios que guían a las empresas de publicidad: la repetición genera familiaridad, y la familiaridad conduce a la preferencia.

Cuando se trata de lenguaje codificado, la mejor estrategia es la apropiación. La extrema derecha teme perder el control sobre la creación de símbolos. Esto se puso de manifiesto cuando los 4channers intercambiaron ideas sobre estrategias de *culture jamming* en los hilos de Honkpill. A algunos usuarios les preocupaba que asociar a Pepe con la bandera LGBT fuera demasiado arriesgado porque la gente del montón asumiría que Pepe había sido *descancelado*, lo que podría llevar a que Pepe fuera reapropiado por la izquierda, despojando a la extrema derecha de su mascota favorita. Un 4chaner indeciso expresó su preocupación en un hilo de la Operación Honk: “Lo único que están haciendo es transformar en gay al mejor meme/pol/de la historia. Están dejando que los maricones se apropien de Pepe, y no al revés. Porque cuando cualquiera que no esté en los chans vea a Pepe arcoíris, pensará en LGBT /.../ están haciendo el trabajo sucio por ellos”. Otros usuarios se hicieron eco de preocupaciones similares: el verdadero peligro para Pepe es la apropiación, *no* la cancelación.



Fig. 11: Collage de Pepe en Instagram creado por clusterduck, un colectivo de artistas de izquierda que utiliza memes para protestar contra la crisis climática. Se han reapropiado de Pepe para promover un mensaje positivo de inclusividad. <https://www.instagram.com/realclusterfuck>.

Lo que más teme la *alt-right* es perder la atención de los medios y su reputación de contracultura vanguardista que defiende la “libertad de expresión” de los desvalidos. El punk murió por su masificación, no por las fuerzas del orden. Los antifascistas pueden combatir las tácticas de la *culture jamming* mediante la inundación de signos. Cuando los emojis

de payasos y los memes del Joker se convirtieron inadvertidamente en la corriente mainstream, los trolls de extrema derecha se enfurecieron porque ya no podían distinguir entre sus propios shitposts irónicos y la sinceridad de la gente común. Se vieron obligados a recurrir a Honkler, un símbolo menos sutil, debido al controvertido estatus de Pepe. Si los usuarios de izquierda reivindicaran sin más a Pepe, la *alt-right* se vería obligada a inventar una nueva mascota o a recurrir a símbolos explícitamente fascistas que no pueden ser reapropiados, como las esvásticas y las runas Odal. Forzarlos a volver a símbolos anticuados provocaría el rechazo tanto de sus miembros de centro-izquierda como de los futuros reclutas que aún no se hayan insensibilizado.

Por supuesto, la apropiación continua de los símbolos de derecha recién acuñados no elimina a la *alt-right*: la *culture jamming* es solo un instrumento más en su caja de herramientas digital. Pero dañaría su reputación como proveedores disidentes de cibercultura y evitaría la entrega innecesaria de símbolos arbitrarios. La recuperación de otras herramientas hacktivistas y su uso contra la *alt-right* señalaría el comienzo de una represalia antifascista online. La guerra memética es más inmediata y accesible que las manifestaciones reales; además, no es susceptible a las interrupciones policiales ni a las pandemias. Si los antifascistas construyen una presencia online activa, pueden asimilar suficientes simpatizantes para hacer que la *alt-right* pierda su estatus de *provocadora* y pase a ser una inepta *reactora*.

REFERENCIAS

- Anti-Defamation League.** "Best Practices For Responding To Cyberhate". 2021. <https://www.adl.org/best-practices-for-responding-to-cyberhate>.
- BBC News.** "OK Hand Sign Added To List Of Hate Symbols". 27 de septiembre de 2019. <https://www.bbc.com/news/newsbeat-49837898>.
- Beran, Dale.** "Why Does 8chan Exist at All?". *Medium*, 27 de septiembre de 2019. <https://medium.com/@DaleBeran/why-does-8chan-exist-at-all-33a8942dbeb2>.
- Ehrlich, David.** "'Joker' Review: For Better or Worse, Superhero Movies Will Never Be the Same". *Indiewire*, 31 de agosto de 2019. <https://www.indiewire.com/2019/08/joker-review-joaquin-phoenix-1202170236/>.
- Evans, Robert.** "Ignore The Poway Synagogue Shooter's Manifesto: Pay Attention To 8Chan's / Pol/ Board". *Bellingcat*, 15 de marzo de 2019. <https://www.bellingcat.com/news/americas/2019/04/28/ignore-the-poway-synagogue-shooters-manifesto-pay-attention-to-8chans-pol-board/>.
- Feinberg, Ashley.** "This Is The Daily Stormer's Playbook". *Huffpost UK*, 13 de diciembre de 2017. https://www.huffpost.com/entry/daily-stormer-nazi-style-guide_n_5a2ece19e4b0ce3b344492f2.
- Garland, Joshua, Keyan Ghazi-Zahedi, Jean-Gabriel Young, Laurent Hébert-Dufresne y Mirta Galesic.** "Countering Hate on Social Media: Large Scale Classification of Hate and Counter Speech". *Proceedings of the Fourth Workshop on Online Abuse and Harms*, 2 de junio de 2020.
- Holt, Jared.** "White Nationalists Adopt Clowns As Their Next Racist Symbol (Yes, Seriously)". *Right Wing Watch*, 4 de abril de 2019. <https://www.rightwingwatch.org/post/white-nationalists-adopt-clown-sas-their-next-racist-symbol-yes-seriously/>.
- Lee, Chris.** "How Joker Became the Most Hated, Loved, Obsessed-Over Movie of 2019". *Vulture*, 9 de octubre de 2019. <https://www.vulture.com/2019/10/all-the-joker-controversy-and-threats-explained.html>.
- Pink, Aiden.** "No Joke: White Nationalists Are Now Using Clowns To Spread Hatred". *Forward*, 6 de mayo 2019. <https://forward.com/fast-forward/423812/white-nationalist-clowns-honk-honkler/>.

- KnowYourMeme.** "Putting on Clown Makeup". Visitado el 4 de marzo de 2021. <https://knowyourmeme.com/memes/putting-on-clown-makeup>.
- Rozsa, Matthew.** "'Joker' is a Wildly Uneven Mess - and a Dangerous one in the Wrong Hands". *Salon*, 4 de octubre de 2019b. <https://www.salon.com/2019/10/04/joker-review-todd-phillips-incels-altright-warner-bros/>.
- Rozsa, Matthew.** "U.S. Military Issues Warning to Troops About Incel Violence at Joker Screenings". *Gizmodo*, 24 de agosto de 2019b. <https://io9.gizmodo.com/u-s-military-issues-warning-to-troops-aboutincel-viol-1838412331>.
- Tarrant, Brenton.** *The Great Replacement*. 2017. https://img-prod.ilfoglio.it/userUpload/The_Great_Replacementconvertito.pdf.
- Tarrant, Brenton.** *The Great Replacement: A Final Manifesto*. 2017. <https://www.docdroid.net/Q4nIbBM/the-great-replacement-original-brenton-tarrant-pdf#page=21>.
- Trent, John,** "Report: Blizzard Forbids 'Okay' Symbol in Overwatch League Arena - Claims It's a 'White Power Symbol'". *Bounding into Comics*, 5 de abril de 2019. <https://boundingintocomics.com/2019/04/05/report-blizzard-forbids-okay-symbol-in-overwatch-league-arena-claims-its-awhite-power-symbol/>.
- Weimann, Gabriel y Ari Ben Am.** "Digital Dog Whistles: The New Online Language of Extremism". *International Journal of Security Studies* 2, no. 1 (2020).
- Žižek, Slavoj.** "More on Joker: from Apolitical Nihilism to a New Left, or Why Trump is no Joker". *The Philosophical Salon*, 11 de noviembre de 2019. <https://thephilosophicalsalon.com/more-on-joker-fromapolitical-nihilism-to-a-new-left-or-why-trump-is-no-joker/>.

EL ESPEJO RETROVISOR DEL
FUTURO (QUE PUEDE NO LLEGAR):

reflexiones sobre el bolsonarismo¹

João Cezar de Castro Rocha

como um vidro,
como um beijo de novela.

Belchior.

La Casa Verde-Brasil

Soy historiador de formación y cuento con estudios de posgrado e investigación en el área de los estudios literarios, donde me he dedicado especialmente a la obra de William Shakespeare y Joaquim Machado de Assis, ¿por qué, entonces, dedicarme unos años al análisis de las estrategias discursivas de la extrema derecha y para ser más preciso a la caracterización de la retórica del odio, esa forma nada sutil de deshumanización del otro? ¿Por qué deambular por las páginas interminables de los ensayos de Olavo de Carvalho mientras veo melancólico en el estante, al alcance de la mano, una obra maestra de Ignácio de Loyola Brandão? La relectura de *Cien años de soledad* deberá esperar pues apremia el enfrentamiento de

1. La redacción final de este texto se benefició de la obtención de la Beca "Xiaoxiang Scholar / Visiting Researcher" - Hunan Normal University / Humboldt Centre for Interdisciplinary Research at Hunan Normal University (2021-2023).

la lógica de la refutación que esteriliza el debate, convirtiendo la noción de espacio público en un caso inesperado de realismo mágico en la tierra plana de Theodor Adorno, compositor de "Yellow Submarine". Sin duda, el curso de doctorado sobre las estrategias que favorecieron el *boom* latinoamericano quedará para otro semestre.

(¿Qué hacer?)

La pregunta insiste y martilla la conciencia: ¿Por qué?

La literatura misma, sólo aparentemente dejada de lado, me auxilia.

Todo sucede como si en los últimos cuatro años una inesperada galería de personajes hubiera saltado de las páginas de los libros al teatro de la política brasileña: Ricardo III se unió a Simão Bacamarte en la creación de un Macondo-puro-terror. Y estuvimos a un tris de que no volviéramos a ver el país que conocemos.

Y no exagero

(¿O me equivoco?)

Ricardo III es el villano por antonomasia del teatro shakesperiano, no tanto por su maldad intrínseca, que, por cierto, no era nada despreciable, cuanto por el descaró con el que asume la villanía de sus propósitos desde su primera aparición en escena. El poder. El poder absoluto y, para alcanzarlo, no se perdonará ningún obstáculo que se presente: los hermanos, los sobrinos, el reino mismo; no importa –todos son flancos en el camino de su ambición. El método, perverso, se revela sin rodeos en su bien estudiada retórica del odio:

Plots have I laid, inductions dangerous.
By drunken prophecies, libels and dreams,
To set my brother Clarence and the king
In deadly hate, the one against the other.

[He urdido complots, inducciones peligrosas,
válido de absurdas profecías,
libelos y sueños, para crear un odio mortal
entre mi hermano Clarence y el monarca].

Las teorías conspirativas y la manipulación de narrativas tienen una larga historia. También se mantiene como una constante el resultado deseado, es decir, promover el “odio mortal”, para generar una atmósfera bélica, que permita controlar el pensamiento y eliminar la disidencia.

(Pero recuerda: Ricardo III permanece en el poder por muy poco tiempo.)

En el siglo XVIII, en el remoto pueblo de Itaguaí, el Dr. Simão Bacamarte imaginó una nueva experiencia, novísima, incluso inédita en su radicalidad. En sus palabras, desde el principio ajenas:

La locura, objeto de mis estudios, era hasta ahora una isla perdida en el océano de la razón; empiezo a sospechar que es un continente (260).

Cristóbal Colón, pero al revés, el alienista machadiano transforma una *isla perdida* en un vasto *continente*. El navegante genovés, en cambio, apostó todas sus pocas fichas a la ilusión de que el continente americano no era más que un archipiélago laberíntico, para poder encontrar a la fuerza el mítico paso que comunicaba las grandes aguas del Atlántico con las del Pacífico.²

2. En *El porvenir de una ilusión*, Sigmund Freud utiliza el ejemplo de Cristóbal Colón para diferenciar error de ilusión: “[...] fue una ilusión de Colón la de haber descubierto una nueva vía marítima hacia las Indias. Es por demás evidente la participación de su deseo en ese error” (2014:215 [trad. esp.: 1992:30-31]).

(Una ilusión que hicieran realidad las manos de los constructores del Canal de Panamá, inaugurado en 1904.)

Un poco más adelante, armado con su propia lógica peculiar, un terraplanismo psiquiátrico para llamar el suyo, el Dr. Bacamarte estableció la definición de la nueva teoría:

La razón es el perfecto equilibrio de todas las facultades; fuera de ella, todo es insania, insania y sólo insania (261).

La paradoja salta a la vista: la expresión del alienista es el desequilibrio en modo diccionario. Baste notar la repetición innecesaria del sustantivo *insania*; repetición intensificada por el acompañamiento ostensible del adverbio *sólo* en la tercera y última reiteración. En teoría, el *equilibrio perfecto* de la definición estaría contemplado con el modesto, *fuera de ella, insania*. El lector se imagina fácilmente al Dr. Bacamarte y la exaltación creciente de su tono de voz mientras expone la nueva teoría.

Con prontitud, el significado oculto de la idea sale a la luz: para el alienista de Itaguaí, loco es todo aquel que no sea un espejo del mismo médico. Cualquier diferencia es suficiente para que el alienista declare la insanidad del alienado: una especie de monomanía. El corolario de esta ley de hierro no puede ser de otro modo: en un momento dado, el Dr. Bacamarte condena a toda la población de Itaguaí a una estancia involuntaria en el infierno del asilo especialmente creado para albergar a los huéspedes de su obsesión: la temida Casa Verde.

(Pero recuerda: al final de la novela, el único habitante de la Casa Verde es el alienista).

Pues ahora, Dr. Pangloss puesto de cabeza, imagínese el peor de los escenarios: un país presidido por Ricardo III, cuyos asesores, los Bacamartes de la guerra cultural, casi transforman el Brasil en una inmensa Casa Verde –la Casa Verde-Brasil.

La democracia brasileña, inestable desde sus orígenes, con el avance de la extrema derecha, se *reveló frágil como un cristal, como un beso de telenovela*.

¿Por qué?

¿Por qué el avance de la extrema derecha fue tan devastador en Brasil? ¿Cómo echó raíces tan rápido y profundamente en todas las clases sociales? ¿De qué modo encontró su punto de fuga en una figura de tan baja estatura como la de un Jair Messias Bolsonaro?

No hay una respuesta fácil, ya que estas preguntas resumen los aspectos más oscuros de la formación social brasileña.

Así que, paso a paso.

Guerra cultural: la despolitización de la polis

En enero de 2021, al publicar *Guerra cultural e retórica do ódio*, buscaba pasar de la caricatura de Jair Bolsonaro –tarea difícil, ya que el personaje invita irresistiblemente a la burla– a la caracterización del bolsonarismo –esfuerzo que no era evidente porque el movimiento parecía limitarse a la dinámica errática, aunque ininterrumpida y eficiente, de las redes sociales.

Este es el auténtico desafío-esfinge del mundo contemporáneo, ya que el avance transnacional de la extrema derecha depende directamente de la relativa incapacidad del campo progresista para comprender el alcance radical de las transformaciones que provoca el universo digital en el mundo de la política. Tal falta de inteligencia es sorprendente; pues en teoría nadie negaría los profundos efectos de la revolución digital en el campo de la economía o de las relaciones personales. Es más, hoy vivimos más tiempo en la realidad virtual de las aplicaciones y, lo que es más revelador, adaptamos dócilmente nuestro día a día a esta circunstancia, acelerada con creces durante la pandemia del Covid-19. De igual modo, y con creciente naturalidad, realizamos la mayoría de nuestras transacciones financieras a través de medios digitales y aceptamos sin resistencia la creación de nuevos sistemas de seguridad, con el fin de prevenir el fraude electrónico –la mayor pesadilla desde los inicios de la *e-economy*.

(Incluso aceptamos esa palabra como si no fuera una cacofonía insoportable).

¿Por qué será que dudamos tanto en relación a la política? Todo sucede como si el ámbito deliberativo de las relaciones sociales permaneciera milagrosamente ajeno a las transformaciones que produce la digitalización de la vida cotidiana en todas sus esferas.

¿Y cuál es el resultado de esta vacilación? El triunfo electoral de la extrema derecha, cuyo instrumento decisivo es precisamente la manipulación del universo digital y más particularmente la adopción de la lógica de las redes sociales, trasladada sin más al plano de la disputa política.

En este sentido, la guerra cultural, centrada principalmente en la agenda de las costumbres y la tradición, se convirtió en la maquinaria

electoral más eficaz de las primeras décadas del siglo XXI. Y buena parte de su éxito radica en la indiferencia con la que sus estrategias son tomadas, al punto que no son estudiadas con el cuidado que merecen.

(Me refiero, por supuesto, al campo político, más que al universo académico).

La guerra cultural es una matriz de producción en serie de narrativas polarizadoras, cuya creciente radicalización engendra implacablemente enemigos imaginarios, manteniendo a la militancia en un permanente estado de excitación. Su fuerza radica en asociar la acción política a la dinámica de las redes sociales, produciendo un cortocircuito en el sistema político representativo a través del compromiso característico del universo digital. El sistema representativo supone la existencia de una compleja serie de mediaciones entre poder y ciudadanía, Estado y sociedad civil. La extrema derecha, en cambio, basa su proyecto político autoritario en la acción directa. El propósito de trasladar el compromiso digital a la esfera pública es la despolitización de la polis, desordenando por completo el tablero de la política, y un posible jaque mate en la pretensión autoritaria de la extrema derecha exige, como primera jugada, poner las piezas en orden.

(Recuerda: el tablero de ajedrez tiene 64 casillas, que acogen 32 piezas).

He aquí la paradoja: la guerra cultural rechaza rotundamente la política representativa, pero, al mismo tiempo, convierte al acto político en la razón de ser del día a día de la militancia conectada todo el tiempo en múltiples grupos de WhatsApp, en diferentes aplicaciones y en un sin fin de canales de YouTube.

Y hay más.

El compromiso fomentado por la extrema derecha, radical en intensidad y radicalizante en contenido, reduce la política a la imagen del individuo, ya que lo social es visto como una fantasmagoría “comunista”, un escollo para el emprendimiento. La agenda de recuperación de las costumbres es el instrumento adecuado para la despolitización de la polis, al sustituir el debate sobre cuestiones estructurales por la imposición de un falso moralismo, cuya dicción maniquea favorece la producción continua de narrativas polarizadoras y la identificación del enemigo de turno.

La escalada a los extremos de la radicalización ideológica,³ sin la cual la guerra cultural pierde su combustible, posee al menos en germen el despliegue del bolsonarismo en el escenario brasileño: *de la guerra cultural al terrorismo doméstico*.

3. Concepto formulado por René Girard en *Rematar Clausewitz*. El concepto se refiere a la explosión de la violencia ocasionada por la escalada de la rivalidad mimética.

En 2018, el éxito electoral de Bolsonaro dependió, y mucho, de los artificios de la guerra cultural, incluido por supuesto la fragmentación política de la ciudadanía, lograda gracias al micro direccionamiento digital de la campaña.⁴ La intensidad del compromiso cotidiano

4. Patrícia Campos Mello resaltó este aspecto en *A máquina do ódio* (2020).

de millones de fieles seguidores se materializó en una metamorfosis sorprendente, aunque no del todo impredecible.

Introducción de la finitud: la política como religión

En 2018, el bolsonarismo echó mano, sin recelo alguno, de las “inductions dangerous, drunken prophecies, libels and dreams”, tomando al pie de la letra la lección de Ricardo III, y con el mismo objetivo, es decir, “crear un odio mortal”; en este caso, entre la sociedad brasileña y todo

lo que evocara al monstruo-fantasma del comunismo, de la izquierda, en suma, del petismo. La guerra cultural sólo triunfa al personalizar las causas de los procesos históricos, o sea, al materializar el falso moralismo de la agenda de recuperación de las costumbres en individuos que pasan a canalizar la violencia generada por la radicalización ideológica, convirtiéndose en blanco de persecuciones marcadas por el odio e incluso por el deseo de eliminación física del otro.

(Lees mis pensamientos: el odio alimentado contra el entonces expresidente Lula fue la condición necesaria para el triunfo de Bolsonaro.)

“Kit gay” (inexistente), “biberón erótico” (imaginario), “ideología de género” (falsificada), “amenaza comunista” (risible), en definitiva, el arsenal de narrativas polarizadoras, difundidas con un alcance y una velocidad sin precedentes en la política brasileña, fabricó el fenómeno-producto Bolsonaro, que, en 2018, creó un auténtico tsunami electoral, el más impresionante en la historia de la Nueva República, que comenzó con la redemocratización en 1985. En ese momento, la guerra cultural significaba la producción industrial de *fake news* y teorías conspirativas con el fin de obtener ganancias políticas inmediatas. De ahí el cinismo programático de la industria de la desinformación, pues, una vez ganadas las elecciones, ¿a quién le importará la revelación tautológica de la falsedad de una determinada *fake news*? Y como la justicia electoral, no solo en Brasil, sigue siendo mayoritariamente analógica, el crimen digital, al menos hasta ahora, casi siempre da frutos. 2018 es la prueba innegable de esta encrucijada, que llegó para quedarse, no seamos ingenuos.

La analogía se impone: las *fake news* tienen efectos sobre el sistema electoral muy similares a los producidos por el fraude electrónico en los inicios de la economía digital. Sin adoptar una nueva regulación ajustada a las vicisitudes de la política en la era digital, las demo-

cracias, tal como las concebimos en el mundo contemporáneo, seguramente serán sustituidas por el modelo autoritario de la extrema derecha –y esto, a escala planetaria, *ya está ocurriendo aquí y allí*.

(En Brasil, estuvimos a un tris: la reelección de Bolsonaro representaría el fin de la democracia entre nosotros).

Con todo, debemos evitar un equívoco tentador. El bolsonarismo no ha permanecido igual desde su surgimiento. El potencial de fanatismo, presente desde sus inicios, explotó con la irrupción de la pandemia del Covid-19.

En *Guerra cultural y retórica del odio* presenté una hipótesis, que reformulo y amplío aquí.

Bolsonaro inició su camino hacia el Palacio de Planalto en febrero de 2011 cuando se postuló a la Presidencia de la Cámara. Obtuvo entonces unos exiguos 9 votos, pero, por primera vez en una escena de repercusión nacional, asoció su viejo frac de capitán anticomunista a la agenda de recuperación de las costumbres, iniciando un coqueteo con la bancada evangélica del Congreso, que en 2018 derivó en un matrimonio con bienes (públicos) compartidos. En el intertanto, la feroz oposición de Bolsonaro a la Comisión de la Verdad y sus declaraciones cada vez más histéricas y violentas sobre la entonces presidenta Dilma Rousseff allanaron el camino que le abrió las puertas de la Academia Militar de las Agujas Negras (AMAN) el 29 de noviembre de 2014, momento en el que anunció su intención de postularse a la Presidencia de la República en 2018. Finalmente, la campaña del capitán logró la hazaña, casi un milagro de prestidigitación: vendido como el único político antisistema, la franquicia Bolsonaro fue la gran beneficiaria de las manifestaciones que comenzaron en 2013 y que culminaron con la destitución de la presidenta Dilma Rousseff en 2016.

(7 años en un solo párrafo: espero que me perdones las elipses).

Demos un paso atrás.

El negacionismo es la sal de la tierra para la extrema derecha porque proporciona el punto de partida a las más diversas y excéntricas teorías conspirativas, ese perverso bricolage, urdido por el muy bien pensado encuentro entre falsedad y desinformación.⁵ Sin embargo, el límite del proyecto político respaldado por la guerra cultural es la confrontación con los datos concretos y objetivos. Las derrotas más duras de la extrema derecha transnacional encuentran su explicación más plausible en la única realidad corpórea común a los casi 8.000 millones de habitantes del planeta: la *finitud*. Para decirlo en términos menos filosóficos: la *muerte*. Entiéndase bien lo que digo: no se trata de la muerte como destino último e ineludible –una partida de ajedrez que nunca podremos ganar–, ni del *memento mori* de los clásicos o del ser-para-la-muerte heideggeriano.

Aquí vivimos la crónica de la muerte no anunciada de familiares, amigos, vecinos, conocidos y, sobre todo, de una inquietante legión de anónimos.

5. "El negacionismo científico es, de cierta forma, el padre de todos los negacionismos. Se trata de un movimiento bien financiado y organizado en torno a un proyecto de poder" (Roque, 2021: 201).

Lo más probable es que Donald J. Trump y Jair Messias Bolsonaro hubieran sido reelegidos si no hubieran sucumbido a la trampa de la guerra cultural: el ánimo bélico que, sin embargo, los llevó al poder. En el fondo, los políticos de extrema derecha son rehenes del odio que despiertan sus palabras. En esta escalada insensata de la violencia simbólica, se comportan como náufragos en arenas movedizas; con todo, si reducen la agitación permanente, la militancia, adicta

a la adrenalina política que generan, buscará nuevos líderes aún más truculentos y rabiosos.

(Créeme: no será difícil encontrarlos).

Todavía no hemos podido diseñar un jaque mate salvador contra la extrema derecha transnacional, pero Trump y Bolsonaro se han colocado en una posición de Zugzwang, de hecho, en un "auto-Zugzwang" imposible –¡Y lo mejor de todo es que ni siquiera desconfían de lo que estoy hablando!

(Quizá recuerdes, estoy seguro, que Zugzwang es una posición excepcional en el juego de ajedrez, en la que dejas a tu oponente, sin importar el movimiento que haga, totalmente perdido).

La inhumanidad oportunista de Trump, que negó inicialmente las proporciones de la pandemia, recomendando tratamientos no solo ineficaces sino también peligrosos, y fomentó el odio y la sinofobia; ese conjunto de acciones insensatas, inconcebibles en un estadista, selló su derrota en noviembre de 2020, a pesar de su intento de dar marcha atrás, a fin de reconciliarse con el más elemental principio de realidad.

(It was too little, too late –¡Menos mal!)

El caso de Bolsonaro es aún peor. La conducción de la política pública de salud tiene claros indicios de crimen y de corrupción. Decidió encarnar el negacionismo más burdo y brutal, polarizó el campo político con una radicalidad nunca antes vista, negó las alarmantes cifras de muertos –llegamos a las 700.000 víctimas de la pandemia–, promovió aglomeraciones y desincentivó tanto el uso de mascarillas como la aplicación de vacunas. Ni el guionista de cine de terror más premiado sería capaz de concentrar tanta vileza en un solo personaje –sería inverosímil, el público rechazaría la trama por improbable, excesivamente maniquea.

Sin embargo, no sé si la verdad objetiva es dura o cuesta caro, pues aun así Bolsonaro obtuvo un poco más de 58 millones de votos el 30 de octubre de 2022: su votación fue impresionante, sobre todo después de cuatro años de una arquitectura de destrucción implementada por un proyecto político autoritario y fundamentalista. Un fenómeno similar ocurrió en las elecciones de 2020 en Estados Unidos: Trump fue derrotado, pero contó con el apoyo de nada menos que 74 millones de estadounidenses.

¿Cómo entender la Esfinge que, habiendo sido descifrada, aún sigue asombrando a la polis? ¿Algún Tiresias vendrá a socorrernos?

Ofrezco una hipótesis: cara a cara con la finitud, desafiada por el gesto absurdo e inhumano de sus líderes, la militancia, seducida por la guerra cultural, al menos en su parte más radicalizada, cruzó el Rubicón y adoptó el comportamiento fanático propio de las sectas religiosas.

Metamorfosis ambulante: terrorismo doméstico

Lo que propongo es exactamente lo siguiente: la comprensión de las características actuales del trumpismo y del bolsonarismo evocan el universo mental de los grupos fanáticos. La guerra cultural se destacó por la producción en serie, incluso profesional, de disputas narrativas, cuya creciente polarización se traduce en ganancias políticas inmediatas. En elecciones disputadas voto a voto, una narrativa exitosa puede definir el resultado de una votación reñida. Con todo, la brutalidad del desprecio de Trump y de Bolsonaro por el bienestar de sus compatriotas condujo a un impase de difícil solución. ¿Cómo seguir disputando narrativas, con la pasión de las hinchadas organizadas, cuando lo que está en juego es la Vida? ¿Cómo convertir a la Muerte en

un meme divertido? ¿Cómo propagar *fake news* sobre ataúdes enterrados bajo piedras y luego mirarse al espejo todas las mañanas? ¿Cómo defender a un político cuya completa falta de empatía con el luto ajeno amenaza con caracterizarlo como el tipo clásico de psicópata? Después de todo, el líder ya ha sido elegido: la ganancia política inmediata ya no justifica la difusión deliberada de narrativas evidentemente falsificadas.

¿Y ahora?

(“Preguntas sin respuesta” es el título de un poema de Machado de Assis.)

Una nueva paradoja entra en escena.

(Identificar las paradojas que alimentan la máquina discursiva de la extrema derecha es el jaque mate que buscamos).

Ahora bien, si la religión ofrece una reflexión tanto teológica como existencial sobre la finitud, ¿cómo lidiar con su negación, al menos con una incomprensible relativización del duelo del otro?

(En Brasil, los empresarios defendieron el pronto retorno a las actividades económicas, ya que, en sus indefendibles cálculos, “solo” unos “pocos” miles morirían a causa del Covid. Por supuesto, estos “buenos hombres” nunca se incluyeron entre las potenciales víctimas, ni tampoco sus familiares y amigos. Asco –en modo diccionario.)

Por un lado, están aquellos que simplemente abandonaron las trincheras de la guerra cultural: el desprecio por la Vida de Trump y Bolsonaro se convirtió en un antídoto y el veneno del odio fue purgado gradualmente. El resultado de las elecciones en 2020, para Estados Unidos, y en 2022, para Brasil, confirma la intuición.

Por otro lado, sin embargo, un número significativo de soldados del éter y guerrilleros de las redes sociales optaron por la radicalización final, propiamente apocalíptica: el trumpismo y el bolsonarismo se convirtieron en sectas seculares.

Las consecuencias fueron (y lo siguen siendo) tremendas.

Ahora bien, no basta con disputar las narrativas sobre el origen de la pandemia o cuestionar las cifras de las muertes. Es necesario atiborrarse de cloroquina; hueste herética, ostensivamente propagada por Bolsonaro. Es necesario tomar dosis masivas de ivermectina, como si no hubiera mañana ni sistema hepático. Es obligatorio participar en las aglomeraciones, naturalmente sin mascarilla. Es sobre todo recomendable utilizarla deliberadamente de forma incorrecta o recurrir a artimañas infantiles para eludir su uso: una botella interminable de agua o un inocente helado, pero, ¿cuál es el problema?, si sólo sirve para publicitar la rebeldía en redes sociales y, así, monetizar el gesto.

(No te impacientes: abordo la monetización del odio en el próximo apartado.)

El 26 de marzo de 2021, en São Leopoldo, en el interior de Rio Grande do Sul, una escena puede entenderse como el rito de pasaje, aterrador, *de la guerra cultural a la política como secta religiosa*. Un grupo de simpatizantes del entonces presidente Bolsonaro se alineó con la seriedad de un Simão Bacamarte frente a una caja gigante de cloroquina. Contritos, cantaron el Himno Nacional a todo pulmón. El famoso “kit gay” nunca existió, mientras que el criminal “kit Covid” fue distribuido por el gobierno en oscuras transacciones que aún deben ser investigadas.

(Pronto, cuando la profecía de la reelección fracasara el 30 de octubre de 2022, muchos otros fanáticos rezarán por un modesto neumático pinchado, abandonado con razón en medio de la carretera, y apelarán

crédulos a los extraterrestres, que se olvidarán de responder a la inconveniente llamada).

Cruzado el Rubicón del más elemental principio de realidad, aceptar la derrota electoral dejó de ser una opción. Las condiciones objetivas para la eclosión del terrorismo doméstico estaban dadas para una escalada de la radicalización subjetiva. Al mismo tiempo, el fermento irresponsable, en el fondo, criminal, representado por el negacionismo electoral de Trump y Bolsonaro, fue la *gota de agua que colmó el vaso de la angustia*, retórica del odio y disonancia cognitiva colectiva. La tensión acumulada a lo largo de los meses en que se extendieron los ataques a la justicia electoral, al resultado de las urnas y al “sistema” o al “mecanismo” –otro espectro sin el que la extrema derecha no se sostiene en pie–, llevó a los guerreros de PlayStation al gesto más temerario: el intento de golpe de Estado: 6 de enero en Estados Unidos; 8 de enero en Brasil.

Una vez más, el caso brasileño es mucho más grave. La invasión del Capitolio tenía como objetivo evitar la investidura de los miembros del Colegio Electoral, un procedimiento protocolario que confirmaría la victoria de Joe Biden. Pero el presidente derrotado *aún seguía en el poder*. La fecha equivalente en el escenario brasileño sería el 12 de diciembre de 2022, día de la investidura del presidente y vicepresidente electos en la segunda vuelta.

¡Pero el 8 de enero de 2023, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva completaba *su primera semana en el cargo!* Además, los terroristas no se limitaron a invadir la sede del Poder Legislativo, como en Estados Unidos, sino que también atacaron y destruyeron la sede de los tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

(¿Ya nos dimos cuenta de que, al menos simbólicamente, el golpe de Estado triunfó durante un largo par de horas?)

En ambos intentos de usurpación del poder, el estadounidense y el brasileño, terroristas de todas las edades y extracciones sociales transmitieron, a través de sus redes sociales y sus canales de Youtube, los graves, gravísimos, delitos que cometían con la misma seguridad con la que difundían y difunden discursos de odio y propagan *fake news* y teorías conspirativas, protegidos ya sea por el anonimato o por la distancia física que les aseguran las pantallas de sus celulares y computadores

¿Cómo entender tal nivel de dislocación de la realidad?

Retórica del odio y disonancia cognitiva colectiva

Los extremos se tocan.

(Bento Santiago no tuvo la misma suerte).

Hay un principio básico del derecho moderno: nadie está obligado a presentar pruebas contra sí mismo. Por lo tanto, el acusado tiene la prerrogativa de no responder a ciertas preguntas si las respuestas contribuyen a su condena. En los atentados terroristas de Washington y Brasilia, en cambio, y de forma voluntaria, los militantes fanatizados por la radicalización ideológica promovida por Donald Trump y Jair Bolsonaro –los verdaderos intelectuales responsables de la eclosión de este tipo de terrorismo doméstico– se esforzaron por ostentar sus acciones como si no tuvieran plena conciencia de la extrema gravedad de sus crímenes, o, lo que es aún peor, como si estuvieran convencidos del triunfo de la iniciativa golpista, pues, en el futuro Estado autoritario, serían tratados como héroes.

(Roland Barthes recordó que, después de la destrucción de la Comuna de París, en 1871, muchos revolucionarios fueron apresados y ejecutados en función de las fotografías que tomaron durante el movimiento: “ciertos partidarios de la Comuna pagaron con la vida su complacencia en posar junto a las barricadas: vencidos, fueron reconocidos por los policías de Thiers y casi todos fusilados”).

*Y bien, cualquiera que sea la solución, algo permanece, y es la suma de las sumas, o el resto de los restos, a saber,*⁶ que para comprender el universo mental de una militancia radicalizada hasta el punto de forjar un mundo alternativo y de dejarse llevar por una retórica del odio que domina la vida cotidiana de millones de personas, con efectos traumáticos en sus relaciones intersubjetivas, no podemos reducir el análisis a una sarta de adjetivos, aunque sean bien escogidos. No se trata de reeditar el malogrado Dr. Simão Bacamarte y atribuir las más diversas y excéntricas monomanías a cualquiera que no refleje nuestras excéntricas y diversas monomanías.

6. Ya lo reconociste, pero vale la pena repetirlo: me apropio del último capítulo de *Don Casmurro*, “Bueno, ¿Y el resto?” (Capítulo CXLVIII).

Prefiero arriesgarme a plantear otra hipótesis: el alcance del universo digital y, sobre todo, la omnipresencia de las redes sociales en la vida cotidiana, propiciaron la aparición de un fenómeno sin precedentes, la creación de un entorno virtual, un auténtico ecosistema de desinformación –*la mediosfera extremista*.

Dentro de la mediosfera extremista, la *retórica del odio* encuentra su *hábitat* y conduce a una *pedagogía perversa de la deshumanización del otro*, sin la cual la extrema derecha no sería capaz de inventarse enemigos imaginarios todo el tiempo; de ahí que el pensador y pedagogo Paulo Freire sea el blanco predilecto del bolsonarismo. La lección freireana, si se asimila, haría inviable la retórica del odio, o al menos impediría su libre circulación.

Mediosfera extremista es uno de los conceptos que propongo para enfrentar a la Esfinge contemporánea. Ella consiste en un sistema de información dotado de un altísimo nivel de coherencia interna y, en la práctica, inmune a la crítica o a la verificación externa. Su modo tautológico de funcionamiento depende de una estructura particular y de un pacto nada tácito; un pacto que intimidaría al Fausto de Goethe o al Riobaldo de Guimarães Rosa.

Comienzo con la estructura.

La mediosfera extremista se compone de cinco elementos: cuatro internos y uno externo. Los elementos internos forman una gran cadena de desinformación. Ellos son: las tristemente famosas cadenas de Whatsapp, que en 2018 tuvieron un efecto contundente en la campaña presidencial y fueron magistralmente utilizadas por el bolsonarismo; un circuito integrado de canales de Youtube, auténtico centro de radicalización ideológica y creación de teorías conspirativas; las redes sociales, que hasta hace muy poco eran, por así decirlo, territorio exclusivo de la extrema derecha; aplicaciones, como TV Bolsonaro en Facebook o Mano, cuyo animador estrella era nada menos que Flávio Bolsonaro. Dentro de esta mediosfera circulan sin interrupción contenidos audiovisuales elaborados a partir de *fake news* y teorías conspirativas, en una escalada de violencia que permitió vislumbrar las acciones terroristas del 8 de enero. La validación de estos delirios depende en gran medida del quinto elemento de la mediosfera extremista. Podemos llamarlo los “medios amigos” de la ganancia fácil generada por la monetización del radicalismo. En Estados Unidos, *Fox News* asumió este papel; en Brasil, Rádio (y TV) *Jovem Pan*. El efecto de los “medio amigos” sobre la mentalidad sectaria de la militancia fanatizada es devastador, ya que, al dar voz a los partidarios de las teorías conspirativas y al otorgar visibilidad a las noticias más delirantes, la creencia ciega de los participantes en su mediosfera extremista se vuelve inquebrantable. En

ambos países, el procedimiento es idéntico: fragmentos de materiales de *Jovem Pan* y *Fox News* se distribuyen vertiginosamente entre los cuatro elementos internos del ecosistema de la desinformación.

(Recuerda: el avance de la extrema derecha es una empresa transnacional interrelacionada y con financiamiento y estrategias compartidas).

Si este escenario resulta en sí mismo aterrador, por la intensidad del compromiso de las personas involucradas y la fuerte cohesión del sistema en su conjunto, el eslabón decisivo que mantiene a la mediosfera extremista resistente al más elemental principio de realidad es la existencia de un pacto jamás roto, y cuya continuidad engendra el fenómeno de la *disonancia cognitiva colectiva*.

El pacto, diría Riobaldo, *no pierde ningún momento*, está todo el tiempo cruzando el Rubicón de Itaguaí y, *desde dentro del encapsulamiento*, los participantes de la mediosfera extremista se comprometen a informarse solamente dentro de él, en un rechazo obstinado a cualquier otra fuente de información.

El 23 de mayo de 2021, en una manifestación motorizada celebrada en Río de Janeiro, encontramos el rito de pasaje definitivo. Militantes fanatizados que ya habían pasado de la *guerra cultural* a la *política como secta religiosa* dieron el paso final hacia el *terrorismo doméstico*. El corresponsal de CNN Pedro Durán fue cercado mientras trabajaba; enojados, los bolsonaristas repetían la letanía contra la prensa: “¡Basura! ¡Basura! ¡Basura!” [*“Lixo! Lixo! Lixo!”*]. Sin embargo, inesperadamente, una voz se destacó, convirtiendo lo latente de la retórica del odio en terrorismo político manifiesto: “¡Linchar!” Al principio, una sola vez, pero muy pronto el contagio galopó y la palabra se adensó por la complicidad: “¡Linchar! ¡Linchar! ¡Linchar!”. Los rostros se contrajeron, las voces se agitaron, los más atrevidos se acercaron con agresividad al

corresponsal, quien asombrado miró hacia atrás como preguntando incrédulo: “¿Linchar?”. Rápidamente, Pedro Durán fue rescatado por policías militares que lo trasladaron a un vehículo cercano. He aquí, en menos de 1 minuto, una síntesis vertiginosa y brutal de la extrema derecha: de “¡basura!” a “linchamiento!”,* se traza una trayectoria desde la re-

* Nótese la homofonía entre ¡lixo!, que en español refiere basura, y ¡linchar! [t].

tórica del odio a la violencia física, desde el espíritu de secta al terrorismo doméstico.

Tras el susto, se impone la pregunta: ¿cuál es el resultado del pacto que constituye la columna vertebral de la mediosfera extremista? La disonancia cognitiva colectiva, es decir, la creación de un mundo alternativo, auténtica realidad paralela, cuyos delirios son tomados como verdad absoluta porque ya no se dan a nivel individual, sino en la arena pública, reuniendo a decenas de millones de personas conectadas todo el tiempo a través de las redes sociales (Festinger, 1957. Agrego la dimensión colectiva al concepto de Festinger). El fenómeno es planetario y consiste en un desdoblamiento no planificado del alcance inédito del universo digital en la vida cotidiana y en todas las esferas de la vida. La extrema derecha descifró la Esfinge con rapidez y trasladó con mayor sagacidad su potencial al terreno de la política, con el propósito nada secreto de despolitizar la polis.

(Hasta ahora han tenido éxito. Sin embargo, también estamos descifrando la Esfinge. Es más: estamos hallando las respuestas y ahora podemos recordar el samba: *es hora del sacudón, ¡vamos a desquitarnos?*).

Al convertirse en la regla del juego, la militancia nublada por la disonancia cognitiva colectiva solo acepta la tersura del campeonato si su equipo gana la copa. Y todo vale dentro de las 4 líneas de la alfombra, incluso los actos de terrorismo doméstico, tratados por las Fuerzas Armadas con el incomprensible eufemismo de “libertad de manifestación”. Por cierto, la escalada hacia los extremos coherente

con la trayectoria del militar Jair Messias Bolsonaro, quien, insatisfecho con su salario –en el fondo, la franquicia Bolsonaro es un modelo de negocio especializado en el desvío de recursos públicos–, planeó volar las instalaciones del Ejército, con el fin de presionar al gobierno de José Sarney para que otorgara un aumento sustancial en las ganancias de los militares.⁷ A su vez, al idear un atentado terrorista, Bolsonaro estaba siendo fiel a la línea dura del Ejército, que, oponiéndose visceralmente a la redemocratización iniciada por Ernesto Geisel,

8. El coronel Dickson M. Graef escribió un libro valiente y muy bien documentado sobre ese momento desastroso de cierta facción del Ejército Brasileño, *Aventura, corrupção, terrorismo. A sombra da impunidade* (1985).

7. El importante libro de Luiz Maklouf Carvalho, *O cadete e o capitão: A vida de Jair Bolsonaro no quartel* (2019), presenta una investigación sólida y bien documentada sobre la participación de Bolsonaro en la planificación del ataque terrorista.

llevó a cabo un gran número de explosiones con el objetivo de culpar a la izquierda y endurecer así el régimen: la farsa llegó a su fin con el malogrado atentado de Riocentro, el 30 de abril de 1981.⁸

La escalada del terrorismo bolsonarista es impresionante por la velocidad con la que llegó al extremo de la violencia; incluso una cronología no exhaustiva es impactante.

Dirás que exagero. ¿Empezamos?

30 de octubre: La Policía Federal de Carreteras, en un auténtico *terrorismo de Estado*, realiza operativos delictivos de bloqueo de vías, especialmente en el Norte, con el fin de dificultar e incluso impedir la concurrencia de los votantes del Frente Amplio a las urnas.

31 de octubre: comienzan los bloqueos violentos en las carreteras de todo Brasil, con la “esperanza-delirio” de dar tiempo a que el presidente derrotado recurra a la interpretación terraplanista del artículo 142 de la Constitución Federal. Los cierres se organizan con antelación y cuentan con cuantiosos financiamientos.

4 de noviembre: inician las manifestaciones golpistas, que muy rápidamente se concentran frente a los cuarteles, con la omisión criminal de las Fuerzas Armadas, en general, y del Ejército, en particular. “Democráticamente”, los manifestantes piden un pronunciamiento militar para mantener en el poder al presidente derrotado.

(Y la tensión solo crece con el apoyo de los generales golpistas Braga Netto, candidato derrotado a la Vice-presidencia de la República, y Augusto Heleno, quien ya había ayudado al general Silvio Frota en su intento de usurpar el poder en octubre de 1977).

12 de diciembre: desesperados con la diplomacia de Lula y Geraldo Alckmin, los militantes fanatizados, en profunda disonancia cognitiva colectiva, traspasan la última puerta y se convierten en *terroristas domésticos*. Intentan invadir la sede de la Policía Federal y queman autos y buses.

(La Policía Militar del Distrito Federal no frena las acciones del terrorismo doméstico, ni realiza detenciones, a pesar de los destrozos causados por los terroristas).

24 de diciembre: gracias a la previsión del conductor de un camión de combustible con destino al aeropuerto de Brasilia, se desmantela el “Riocentro del siglo XXI”. El terrorista George Washington es arrestado, confiesa la planificación y la ejecución fallida del atentado; un impresionante arsenal de armas es incautado en su apartamento de Brasilia y el terrorista asegura que las palabras del todavía presidente Bolsonaro guiaron su militancia.

¡George Washington! Ningún guionista se atrevería a llegar tan lejos.

(Aún después de un hecho tan grave, rayano en la locura, el senador Ciro Nogueira insistió en publicar en sus redes sociales un vídeo obsesivo

de Tik-Tok, sugiriendo que estaba a punto de ocurrir una acción de “rescate”, animando aún más a la militancia. Influenciadores extremistas como Paulo Figueiredo y Rodrigo Constantino pedían abiertamente la promulgación de una “Garantía de la Ley y el Orden” (GLO), con el fin de evitar la posesión del presidente elegido democráticamente. Todos tienen responsabilidades en el delirio colectivo que dominó a la militancia fanatizada entre el 30 de octubre de 2022 y el 8 de enero de 2023).

8 de enero: los terroristas invaden y destruyen la sede de los tres poderes. Toman por asalto el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, mostrando especial odio por este último. Desde un punto de vista simbólico, fueron victoriosos durante algunas horas.

El desafío que tenemos por delante es el más grande que haya enfrentado la democracia brasileña. Todo estuvo a un tris y Bolsonaro casi cumple su propósito de transformar a Brasil en una inmensa Hungría.

Sin embargo, antes de concluir, una observación se hace necesaria: la retórica del odio, además de una pedagogía inicua de deshumanización del otro, es un exitoso modelo de negocio, una forma de ganar visibilidad en un mercado de competencia feroz por el mínimo de atención de los demás. La radicalización del discurso obedece a la misma dinámica: asegurar *likes* y reenvíos en función de la creciente agresividad del emisor. Una de las principales razones del éxito electoral de la extrema derecha en las primeras décadas del siglo XXI es que convirtió la actividad política, al menos parcialmente, en una forma de economía digital.

El desafío que tenemos por delante, por tanto, no es baladí. Pero ello no significa que la victoria sea una utopía. Después de todo, en noviembre de 2020 Donald J. Trump fue derrotado; en octubre de 2022,

a pesar del terrorismo de Estado, Jair Bolsonaro se convirtió en el primer presidente de la Nueva República en perder una reelección.

(*Porque los tiempos están cambiando* –dice el poeta. Y Bob Dylan añade: *la línea está trazada*. De aquí ya no pueden pasar).

¿No habrá llegado el momento de apostar (algunas, no todas) nuestras fichas al ejercicio de una *ética del diálogo*, que se oponga a la *retórica del odio*, en la medida justa en que acoge la diferencia como única forma de enriquecer nuestra visión del mundo? En lugar de ver al otro como un enemigo que debe ser eliminado, la *ética del diálogo* pone en escena el principio revelado por Machado de Assis en las palabras finales del cuento “La chinela turca”, de 1875:

Un buen negocio y una gran lección: me probaste que muchas veces el mejor drama está en el espectador y no en el escenario.

Traducción de Mary Luz Estupiñán Serrano

BIBLIOGRAFIA

- Barthes, Roland.** *A câmara clara. Notas sobre a fotografia.* Trad. Júlio Castañon Guimarães. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1980 [trad. esp.: *La cámara lúcida.* Trad. Joaquim Sala-Sanahuja. Buenos Aires: Paidós, 2015].
- Carvalho, Luiz Maklouf.** *O cadete e o capitão: A vida de Jair Bolsonaro no quartel.* São Paulo: Todavia, 2019.
- Festinger, Leon.** *A Theory of Cognitive Dissonance.* Stanford: Stanford University Press, 1957.
- Freud, Sigmund.** *Obras completas.* Vol. 17. Trad. Paulo César de Souza. "São Paulo: Companhia das Letras, 2014 [trad. esp.: Sigmund Freud. *Obras completas.* Vol. XXI. T. José L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1992].
- Girard, René.** *Rematar Clausewitz. Além Da Guerra. Diálogos com Benoît Chantre.* Trad. Pedro Sette-Câmara. São Paulo: É Realizações, 2011.
- Grael, Dickson M.** *Aventura, corrupção, terrorismo. À sombra da impunidade.* Petrópolis: Vozes, 1985.
- Machado de Assis, Joaquim Maria Machado.** "A chinela turca". *Obra completa.* Vol. II. Rio de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 1986.
- Machado de Assis, Joaquim Maria Machado.** *Don Casmurro.* Trad. Antelam Cisneros. Ciudad de México: UNAM, 2015.
- Machado de Assis.** "O Alienista". *Obra completa.* Vol. II. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1988.
- Mello, Patrícia Campos.** *A máquina do ódio: Notas de uma repórter sobre fake news e violência digital.* São Paulo: Companhia das Letras, 2020.
- Rocha, João Cezar de Castro, org.** *Tudo por um triz. Civilização ou Barbárie.* Vol. II. Curitiba: Kotter, 2022.
- Rocha, João Cezar de Castro.** *Guerra cultural e retórica do ódio. (Crônicas de um Brasil pós-político).* Goiânia: Caminhos, 2021.
- Shakespeare, William.** "Ricardo III". *Teatro Completo. Dramas históricos.* Trad. Carlos Alberto Nunes. Rio de Janeiro: Agir Editora, 2008.
- William Shakespeare.** "Richard III". Jonathan Bate y Eric Ramussen, org. *The RSC Shakespeare.* London: MacMillan, 2008.

SOLO BALAS, BALAS

Discursos de odio y nuevas derechas en la Argentina

Luis Ignacio García

1. Un atentado a la democracia

El jueves 1 de septiembre de 2022, poco antes de las 9 de la noche, la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner regresaba a su domicilio después de presidir una sesión en el Senado. Fernández se encontraba saludando a sus simpatizantes, una numerosa multitud que desde hacía más de una semana se reunía todos los días frente a su residencia, acompañándola cada tarde en el marco del hostigamiento judicial del que estaba siendo objeto. El 22 de agosto anterior, la fiscalía de una causa abierta sobre obra pública había formulado un alegato solicitando la prisión de varios altos funcionarios de la presidencia de los Kirchner, incluyendo a la vicepresidenta, y solicitaba, asimismo, su inhabilitación para ejercer cargos públicos, todo ello a calculados meses previos del inicio de la campaña electoral actualmente en curso. De pronto, y mientras se desplazaba hacia su domicilio rodeada de esas demostraciones de afecto, Fernando André Sabag Montiel, un hombre de 35 años, gatilló dos veces sobre la cabeza de la vicepresidenta con una pistola Bersa calibre 32. La pistola tenía cinco balas en el cargador, y, sin embargo,

el disparo no salió. El magnicidio no fue consumado, pero el intento de asesinato fue el emergente más dramático de un retorno de la violencia a la vida política argentina de los últimos años, y el efecto más espectacular de una sistemática horadación de los pactos democráticos de la posdictadura. El espacio ínfimo que medió entre la bala y el gatillo es el hábito improbable en el que aún hoy se bambolea la vida colectiva argentina: el magnicidio no fue consumado, pero el pasaje al acto de las nuevas derechas sí. El disparo a la vicepresidenta no salió, pero el atentado a la democracia fue el más escalofriante de estas cuatro décadas de posdictadura.

2. Fue el odio

Esa misma noche, el presidente Alberto Fernández habló en cadena nacional. Repudió el atentado contra la vicepresidenta —y dos veces presidenta, entre los años 2007 y 2015—, como el hecho institucionalmente más grave sucedido desde la recuperación democrática de 1983. E instaló una clave de lectura: “Estamos obligados a recuperar la convivencia democrática que se ha quebrado por el discurso de odio que se ha esparcido desde diferentes espacios políticos, judiciales y mediáticos de la sociedad argentina. Podemos disentir, podemos tener profundos desacuerdos, pero en una sociedad democrática los discursos que promueven el odio no pueden tener lugar porque engendran violencia, y no hay ninguna posibilidad que la democracia conviva con la violencia.” Los “discursos de odio” se postulaban como primera explicación oficial del atentado. Con ello, más que proponer una interpretación innovadora, el presidente decantaba y sancionaba un conjunto de discusiones que se venían sosteniendo en la Argentina desde hacía algunos años, sobre la emergencia simultánea de los discursos de odio y de nuevas expresiones de una derecha radical (sólo más tarde nombradas como “nuevas derechas”,

neofascistas o “posfascistas” –como prefiere Enzo Traverso–), en nuestro país. Quien empuñó el arma y sus cercanos y cómplices dieron muestras

1. Por ejemplo, Pablo Stefanoni ironizó respecto a la peligrosidad de esta banda, que para mayor ridículo fuera bautizada como “la banda de los copitos” (por tratarse de un grupo que vendía copos de azúcar), en Stefanoni 2022.

de pertenecer a un círculo más bien excéntrico y marginal, ligado a agrupaciones menores, y (por ahora) bizarras, de extrema derecha (como “Revolución federal”). Ello llevó a algunos analistas a minimizar el episodio casi como dudosa trama de película clase B.¹ Mi mirada es inversa. Justamente la precariedad lumpen de esta banda difusa e improbable exige con mayor perentoriedad aún interrogar las condiciones –sociales, políticas, mediáticas, discursivas– que hicieron posible que un cualquiera pudiera embarcarse en semejante acción (mientras, por otro lado, los posibles vínculos con eventuales responsables políticos aún no hayan sido realmente esclarecidos, en parte por el limbo judicial en el que se ha atascado la investigación). Ese neofascismo improvisado, lumpen, diríase espontáneo, sólo puede suceder cuando es una posibilidad a la mano, justamente, de cualquiera, cuando ya es parte del medioambiente ideológico que respiramos, disponible para ser movilizado en el momento oportuno, sin requerir de sicarios profesionales para su pasaje al acto. El complejo de problemas convocado por los “discursos de odio” intenta abordar las delicadas preguntas por estas formas de descomposición de las democracias contemporáneas.

3. La bala judicial

Pocos días más tarde, en la simbólica fecha del 11 de septiembre, el diario Clarín, pata mediática fundamental de la operación contra la vicepresidenta, publica un editorial titulado, desembozadamente, “Cristina, entre la bala que no salió y el fallo que sí saldrá” (Vaca, 2022). Testimonio atroz del estado del discurso público en nuestro país, el

editorial suponía, o proponía, sin tapujos, una relación interna entre lawfare y asesinato: el objetivo es uno y el mismo, la aniquilación del adversario, convertido en enemigo. No importa por qué medios, total, si falla uno de ellos habrá otros a mano. Clarín admite que hay una línea de continuidad entre ambos hechos, no sólo dándole visos de justicia (por mano propia) al acto criminal, sino, increíblemente, tiñendo de sangre el propio obrar judicial: el fallo se convierte (en manos de sus propios promotores) en la continuación del atentado por otros medios, lo que no hizo la bala lo hará la justicia. Es increíble que Clarín no perciba la absoluta deslegitimación que del propio proceso judicial propicia con semejante título. Pero lo más alarmante es que, en realidad, uno no puede presumir inocencia: Clarín sabe que al vincular el fallo judicial a la aniquilación física de la vicepresidenta moviliza oscuros resortes en su público lector, ya preparado por sus propias operaciones discursivas para convertir ese título aterrador no en un traspíe, sino en un discurso que otorga una *nueva legitimidad* al fraudulento proceso judicial. Clarín sabe que con ese titular no deslegitima el proceso judicial, sino que disputa los criterios de legitimidad en la *polis pos-política* que construye en su discurso: ese editorial no demuestra ninguna impericia, sino la pericia siniestra de haber logrado que la aniquilación del otro como política fuera aceptada ya, previamente, como dato, como hecho admitido en la discusión pública en nuestro país. No importa si esa aniquilación es física, a través del asesinato, o política, a través de su persecución judicial, en la medida en que se logre el objetivo de la eliminación de su influencia en el tablero político. João Cezar de Castro Rocha (2021) ha escrito sobre los vínculos y alianzas entre “activismo digital” y “activismo judicial” como claves para el desembarco de las nuevas derechas neofascistas en Brasil, un “activismo” entendido como movilización de formas de acción directa que horadan toda forma de mediación democrático-institucional y que preparan, por tanto, la escena pos-política en la que la reconfiguración neofascista de la vida colectiva puede medrar. La proscripción de la

vicepresidenta, efectivamente, llegó ese mismo año, el 6 de diciembre de 2022, condicionando así de manera determinante la campaña electoral que se venía. Hoy, la principal líder del campo popular en la Argentina no es candidata en las elecciones presidenciales de octubre de este año gracias a ese “fallo que sí salió”, esto es, a esa bala jurídica. La relación con el Brasil del Lava-Jato es sistémica. Un fallo que sus propios operadores mediáticos vincularon de manera tan directa e interna con esa bala que, de este modo, pende, eficaz, como amenaza y disciplinamiento, sobre la democracia argentina, condicionándola, limitándola, minándola desde dentro de sus propias aporías.

4. El malestar en la lengua

El editorial de Clarín se hacía cargo, en negativo, de la circulación súbitamente profusa del tópico de los “discursos de odio” al sostener: “el relato del ‘discurso del odio’ funciona a esta altura como paraguas ante una eventual condena por corrupción de la Vicepresidenta”, acusando así al oficialismo de hacer un uso puramente instrumental del concepto. Y, de hecho, ese ha sido el modo en que las derechas en general (tanto más las “nuevas”) reaccionaron al concepto: como una rúbrica que sólo esconde la pretensión de superioridad moral del progresismo y su temor ante el declive de su ascendente en la opinión pública (en lo que las “nuevas derechas” insisten en llamar la “batalla cultural”), además del gesto característico de auto-victimización de la moral progre y sus pasiones tristes.²

2. Ejemplo característico de esa “batalla cultural” son los *best sellers* del influencer cordobés Agustín Laje, sobre todo los dos últimos, *La batalla cultural*. *Reflexiones críticas para una Nueva Derecha y Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo*, donde se dice: “Nada más fácil que acusarnos de ‘discurso de odio’ cuando nos defendemos de los odiadores que monopolizan el ‘discurso del amor’” (2023: 290). Es importante ensayar miradas comparativas con otros fenómenos similares de la región, donde la emergencia de las “nuevas derechas” viene acompañada de escritores que combinan su

activismo digital con la apuesta a la venta masiva de libros que permiten otro tipo de articulación de su "guerrilla cultural". Para el caso paradigmático de Olavo de Carvalho en Brasil (que ya en 2013 había publicado un libro con la palabra "idiota" en su título, con la misma función metonímica respecto a "progresista": *O mínimo que você precisa saber para não ser idiota*) véase el citado libro de Castro Rocha. Para una mirada comparativa en la región, véase Schuster 2023.

Por mi parte, creo que hay que salvar el concepto y la historia de los "discursos de odio" del berenjenal discursivo que ellos mismos intentan describir, justamente porque necesitamos herramientas para abordar la descomposición de la palabra pública como condición de la actual descomposición de la democracia.

Y lo que sí hay que reconocer es que el atentado a Cristina Fernández desencadenó una circulación del tópico en los medios masivos que implicó por cierto una oportunidad para instalar una discusión, pero a la vez involucró un empobrecimiento de lo que el concepto procuraba plantear. Más pronto que tarde se convirtió en una nueva muletilla de denuncia que iba y volvía a ambos lados de la "grieta" política en el país, entre oficialismo y oposición. Inadvertidamente "discurso de odio" se fue convirtiendo en una etiqueta meramente clasificatoria, pasando a describir cualquier enunciación subida de tono, y al final del día, simplemente, el discurso del antagonista del caso. El concepto comenzaba a hundirse en el barro que él mismo intentaba describir.

Por esto quisiera decir desde el principio que, en mi lectura, la noción de "discursos de odio" alude a la oportunidad de plantear el diagnóstico de un malestar de época, y no a una rúbrica clasificatoria de cierto tipo de discursos. Los "discursos de odio" nombran un complejo conjunto de fenómenos de nuestra vida lingüística que refieren al acelerado proceso de descomposición de la palabra pública y de las pautas e instituciones que dieron forma a lo que hasta hace no mucho tiempo aún llamábamos "esfera pública", y un intento de diagnosticar a qué se enfrenta la democracia. "Discursos de odio" nombra las múltiples formas –imperceptibles, insidiosas y pre-ideológicas– en las que el neofascismo se cuela en nuestro lenguaje, y a través de nuestro

lenguaje, es decir, en el fundamento inapropiable de lo común. Los “discursos de odio” son una forma de vincularnos con el lenguaje que destruye ese fondo inapropiable, que violenta su núcleo incommunicable, negándonos la experiencia lingüística como experiencia de lo común. Por eso, es importante destacar que no toda expresión violenta, ni siquiera toda expresión de odio, puede contarse como “discurso de odio”. Los “discursos de odio” refieren a transformaciones específicas de la estructura de la subjetividad y de la esfera pública que apuntan a una descomposición anómica de la conversación política en la peligrosa dirección de un nihilismo lingüístico que allana el camino al nihilismo pospolítico en el que prosperan los sorprendentes ensayos neofascistas contemporáneos. Lo primero que hay que decir, entonces, es que los “discursos de odio” no refieren a un conjunto de propiedades observables en enunciaciones empíricas que nos permitieran clasificarlas y encasillarlas para, eventualmente, penalizarlas o prohibirlas. Pensar así sería muy tranquilizador. Y no sólo por el sesgo punitivista al que daría lugar, sino, sobre todo, por la moralización de la experiencia lingüística que propiciaría: quien denuncie la circulación de “discursos de odio” siempre se creará exento de las condiciones lingüísticas de posibilidad de ese tipo de discursos. Una suerte de blindaje progresista (y en esto hay que saber leer a las “nuevas derechas” a contrapelo). Lo primero que hay que entender es que los discursos de odio refieren a condiciones que nos afectan a todxs, a un verdadero malestar en el lenguaje de nuestro tiempo. De otro modo, la rúbrica “discursos de odio” se puede convertir en una nueva arma con la que participar de la guerra discursiva contemporánea, es decir, con la que alimentar nuevamente el circuito cerrado de los discursos de odio, que tanto saben de retroalimentación y recursividad, no sólo digital.

Todxs corremos el riesgo de renunciar a lo común que se aloja en el lenguaje, aplanando nuestra vida lingüística a una lógica de replicación, en la violencia de una transparencia que desaloja toda alteridad

de nuestra experiencia (anticipando la negación de toda alteridad, ni bien asome). Si el lenguaje no es experiencia de la alteridad que nos habita, ya estamos capturados por la máquina (digital o no) del odio. La lengua no pertenece a nadie, porque habita a cualquiera (como cualquiera era Sabag Montiel). El lenguaje es el otro, es el extraño, que habita insidioso las fantasías de la identidad. En este sentido, una batalla ganada de los discursos de odio fue que quienes se le oponían movilizaran consignas como “el amor vence al odio”, reproduciendo, en el propio campo de quienes combatíamos los discursos de odio, las lógicas maniqueas de pureza e impureza que movilizan, por definición, los discursos de odio. Si desde estas nuevas derechas nos dicen “son ellos o nosotros”³, responderles con “el amor vence al odio” o consignas similares es un modo de darles por ganada la batalla antes de disputarla.

3. Así se manifestó el diputado opositor Ricardo López Murphy apenas cinco días antes del atentado a Cristina Fernández, con ocasión de la represión sufrida por los simpatizantes de la vicepresidenta que se reunían diariamente frente a su domicilio en su apoyo: “Son ellos o nosotros”, escribió, amenazante, en su cuenta de Twitter.

5. No hay “dos demonios” del odio

Sin embargo, una vez afirmado que nadie es inmune a las condiciones que hacen posible los discursos de odio y que amenazan permanentemente con despojarnos del núcleo heterológico de nuestra vida lingüística, debe sostenerse, con el mismo énfasis, que son sólo ciertas orientaciones políticas y ciertas fuerzas sociales las que se benefician activamente de la movilización de tales discursos. Tras el atentado, las derechas intentaron equiparar la virulencia de su propio discurso con las formas de confrontación de las fuerzas populares o de izquierda. Y aquí hay que ser enfáticos: aunque todxs estemos expuestxs a sus efectos, sólo algunas orientaciones políticas hacen de los discursos de odio un componente constitutivo de sus formas de construcción política, de sus

estrategias de reclutamiento, de sus modos de movilización militante. Sólo aquellas en las que el deslizamiento desde el antagonismo hacia la negación (simbólica o no sólo simbólica) del otro, convertido en enemigo a erradicar, pueden beneficiarse de la fuerza corrosiva de los discursos de odio.

Una fuerza paradójica, porque se trata de un tipo de construcción a través de la destrucción que no carece de riesgos para quienes se embarcan en esa dirección. Y entonces nos vamos acercando a nuestro problema: sólo los neofascismos contemporáneos se benefician de las aporías de los discursos de odio, porque son sólo estas nuevas manifestaciones las que están en condiciones de capitalizar la movilización política indiscriminada del odio. La fuerza y, al mismo tiempo, la peligrosidad de estas manifestaciones (su anomia, su nihilismo intrínseco, volátil y errático por definición) se liga justamente a que son las que se están atreviendo a esa apuesta clave de toda aventura fascista: *construir lazo social a través de la destrucción del lazo social*. En esa aporía encuentra su expresión más íntima el vínculo entre fascismo y discursos de odio: *construir un lenguaje a través de la destrucción del (núcleo inapropiable del) lenguaje*. Instrumentar la violencia, la anomia y el caos (discursivo, ideológico, político) es una apuesta arriesgada, porque sus efectos nunca son anticipables

ni domeñables, ni siquiera para sus propios instigadores. Que se tornen opciones atendibles para los sectores dominantes habla del estado de la crisis que vivimos. La movilización activa del odio es el huevo de la serpiente.⁴ Pero en tiempos de radicalización de las desigualdades y de la consecuente saturación de la violencia acu-

4. De hecho, es el rasgo que destaca Daniel Feierstein como determinante para poder hablar hoy de "fascismo", al menos en términos de práctica social (no de régimen de gobierno ni de ideología), en nuestras sociedades, que por primera vez se enfrentarían a esta estrategia de movilización. Los autoritarismos del siglo XX no habrían sido fascistas porque buscaban la paralización a través del miedo, y no la movilización a través del odio. "Las estrategias de la derecha argentina, en esta última década, comienzan a proponernos algo paradójicamente peor que lo que buscó instalar aquella dictadura [se refiere a la última dictadura militar argentina - LG]: estas nuevas derechas se han

propuesto incentivar nuestros odios,
transformar nuestras frustraciones
ya no en parálisis sino en agresión
frente al familiar, frente al par,
frente al vecino. Ahora sí se
nos propone desatar la violencia
contenida contra el inmigrante, el
desocupado, el piquetero, el negro,
el vendedor ambulante, el ratero,
el manifestante urbano, la abortera,
el árabe, el gitano o el judío.”
(Feierstein, 2019: 14s)

mulada se excluye la posibilidad de resolver el malestar otorgando nuevos derechos y formas de inclusión social. Esa violencia exige su descarga, y si no es como fuerza de transformación social deberá ser como espectáculo de (auto)destrucción. Tal como había

diagnosticado Walter Benjamin (2019) en el fascismo histórico de los años 30, cuando la transformación de las *causas* de la violencia se niega como posibilidad política e histórica lo que queda es la legitimación de su expresión cruda: “Las masas tienen un *derecho* a la transformación de las relaciones de propiedad; el fascismo intenta darles una *expresión* que consista en la conservación de esas relaciones”, decía Benjamin en su famoso ensayo sobre la reproductibilidad técnica. Los discursos de odio proliferan por su seductora capacidad de ofrecer una *expresión* de la violencia que consista en la *conservación de las causas* de la violencia. Y no olvidemos que el paradigma de esa *expresión* era, en Benjamin, la *guerra*. Cuando hoy los propagandistas de las nuevas derechas hablan de “guerra cultural” expresan el programa de esta estetización de la violencia contemporánea.

Los discursos de odio son, entonces, esa posibilidad de dar un cauce al malestar dejando intactas sus razones. Por eso, quizá la definición más precisa de los discursos de odio sea la que los define como un tipo de uso del lenguaje estructurado por la lógica del chivo expiatorio: ellos ofrecen una explicación simplificada del malestar social que reorienta la violencia circulante en la dirección de un grupo (previamente estigmatizado) señalado como responsable de todos los males, sobre el que se propicia la descarga de la violencia (el peronismo, los sindicalistas, los políticos, las feministas, los mapuche, dependiendo la ocasión). Se logra así un doble objetivo clave en épocas de crisis de la acumulación y exacerbación de la injusticia: a la vez que se ofrece

una explicación (desviada y sustitutiva, reductiva y simplista) de la desigualdad, se colabora activamente en la destrucción de las formas de solidaridad popular que se requerirían para construir respuestas a las causas reales de esa injusticia.

6. Nuevas crisis, nuevas técnicas, nuevas derechas

Los discursos de odio nombran una nueva relación entre lenguaje, afectos y política que se ha instalado en el centro del debate público a nivel global. Una nueva constelación en la que esta pasión, el odio, jamás ausente de la política, adquiere sin embargo una resonancia inédita, generando un nuevo fenómeno, que está a la base de las más novedosas e inquietantes expresiones políticas contemporáneas. Esta constelación está tramada por la convergencia de múltiples factores que podemos simplificar en al menos tres grandes órdenes de problemas: en primer lugar, la relación entre violencia lingüística y violencia socio-económica, o el modo en que las “lenguas de odio” son la manifestación de un neoliberalismo en crisis que busca recomponerse (sobre todo a partir de su última gran crisis de 2008) con experimentos que van más allá de todo tipo de enmarque democrático: las lenguas del odio son las que admiten abiertamente el divorcio entre neoliberalismo y democracia; en segundo lugar, la relación entre violencia lingüística y descomposición de la lengua pública en las redes sociales y sus dinámicas de anonimato, desinhibición, polarización, aislamiento en burbujas de opinión, impermeabilidad ante posturas distintas, radicalización de las posiciones, dinámicas que venían de ser utilizadas provechosamente en elecciones determinantes a nivel global y regional, y que venían permeando a los medios de comunicación en una misma lógica de *fake news* donde el criterio que prima es la segmentación y el aislamiento

en burbujas de opinión que en nada se conectan con una realidad común; finalmente, la emergencia de fuerzas reaccionarias que buscan ofrecer una representación política de todas estas transformaciones en curso, la “derecha alternativa” que en Argentina se expresa en los “libertarios” que, a diferencia de los liberalismos tradicionales, dan curso a una agenda neoconservadora en lo social y antidemocrática en lo político, que encuentra en los “discursos de odio” la identidad de su gramática.

Todas estas variables concomitantes dejan en claro que no cualquier enunciación injuriosa ni cualquier exabrupto discursivo es “lenguaje de odio”. El lenguaje de odio implica la estigmatización simbólica de un grupo social o sus representantes como explicación (paranoide) de todos los males; implica la canalización de las violencias circulantes a través de la movilización de la dimensión performativa del lenguaje por el que una enunciación violenta, en apariencia inocente por ser “sólo” palabra (bajo el manto de la “libertad de expresión”), puede realizar su pasaje al acto y enlazar en una misma cadena de actos (lingüísticos y no lingüísticos) un conjunto reiterado de enunciados estigmatizantes con acciones efectivas de eliminación del grupo social (o de sus representantes) marcado como causa de todos los males. Las lenguas de odio proliferan en condiciones sociales de precarización, en condiciones subjetivas de vulnerabilidad, en condiciones técnicas de digitalización de la experiencia, en condiciones políticas de deslegitimación de la vida democrática y de emergencia de fuerzas políticas programáticamente desigualitaristas. El lenguaje de odio es una secuencia de acciones lingüísticas repetidas, que en cuanto tales pueden en cualquier momento dejar de ser lingüísticas y transformarse en acciones políticas de descarga efectiva de la violencia circulante, como sucedió ese 1 de septiembre. Los discursos de odio ofrecen la ilusión de una explicación simple de malestares complejos, y la posibilidad de liberación compensatoria de las violencias circulantes.

El atentado contra Cristina Fernández instaló en el centro de la agenda político-mediática el tópico de los discursos de odio. Al saltar al centro de la escena permitió instalar como parte del debate público el riesgo real del neofascismo social y la profunda crisis de los pactos democráticos de la posdictadura. Pero al precio de aplanar la agenda de los discursos de odio en la gramática omnívora de la “grieta”, de manera que los medios y la derecha acusan a quienes hablan de discurso de odio de pretender pararse en el lugar moralmente impoluto, del “amor” y de la “corrección política”, desacreditando el concepto como un mero insumo del cinismo moral progre. Y aquí situaría el desafío de las agendas de los discursos de odio tras el atentado a CFK: sostener el equilibrio entre el reconocimiento de que todxs estamos expuestxs a los efectos de los discursos de odio, y, a la vez, que sólo son ciertas fuerzas políticas de la derecha más radicalizada las que están capitalizando esos efectos de la manera eficaz. En otras palabras: la degradación de las formas de subjetivación política atraviesa todo el arco de las fuerzas sociales, políticas y culturales hoy, y nos hace a todxs parte de la subjetividad *trol* dispuesta a las explicaciones simplificadas de los discursos de odio (Calvo y Aruguete, 2020); sin embargo, las fuerzas políticas que basan sus formas de reclutamiento en las lenguas de odio son esas nuevas derechas que empujan el juego democrático hacia formas neofascistas de recomposición de un neoliberalismo en crisis: los discursos de odio son el trazado de la frontera entre el neoliberalismo democrático (el “sistema”, el “progresismo”) y el neoliberalismo abiertamente antidemocrático de las “nuevas derechas”. Al odio no se lo combate con amor, ni el amor es lo opuesto al odio. A los discursos de odio se los combate combatiendo sus causas: la precarización económico-social, la irrupción de la subjetividad *trol*, y la ruptura de los pactos democráticos de las nuevas derechas.

7. *Lingua Tertii Imperii*

Para que la noción de “discursos de odio” no se convierta en una muletilla que pase a formar parte de la misma degradación de la lengua que ella intentaba justamente diagnosticar, es importante reponer el rico espesor de su historia. Una historia que propongo esbozar en tres grandes tiempos y en una precipitación final: la indagación seminal de Victor Klemperer ante la violencia nacionalsocialista, en los años previos a la segunda guerra; la influyente lectura de Judith Butler de los años 90, que decanta décadas de militancias antirracistas y anti-sexistas en los Estados Unidos de la posguerra; las indagaciones con las lenguas del odio realizadas por Roberto Jacoby y Syd Krochmalny en las primeras décadas del nuevo siglo en nuestro país, y desde la simbólica fecha del 2008. Una secuencia que encontró en la pandemia del Covid-19 un precipitante y acelerador de todas las formas de vulnerabilidad (social, digital, política) que terminaron de consolidar las lógicas del discurso de odio, y no sólo en nuestro país.

Convocar la figura de Klemperer resulta clave por más de una razón. Antes que nada, por su sensibilidad para abrirse a la escucha de lo que parecía resistirse a toda escucha atenta, la lengua del nacionalsocialismo. En 1933, este filólogo judío alemán, romanista, especialista en literatura francesa del siglo de las luces, comienza a redactar un diario lingüístico sobre las transformaciones, lentas y sutiles, de la lengua bajo el Tercer Reich, eso que, parodiando el gusto nazi por las fórmulas y las siglas, comenzará a llamar “LTI”: *Lingua Tertii Imperii* (Klemperer, 2001). Sin saber bien por qué al inicio, sin claridad respecto a su futuro (ni del diario ni del suyo propio), intuye que registrar las mutaciones que el nuevo régimen político le va produciendo a la lengua es no sólo un modo de sobrellevar la oscuridad de la época desde la pasión de su oficio, sino además un aporte relevante para comprender cómo y por qué algo tan aberrante, tan impensable, se ha ido

tornando, insensiblemente, algo históricamente posible. El filólogo se pregunta a cada paso qué sentido podría tener detenerse en la patente impostura y la obscena pobreza lingüística de la LTI: “¿Para qué leer textos nazis? ¿Para amargarme la vida más de lo que me la amargaba la situación en general?”, anota. Pero a medida en que su instinto filológico insiste, va aclarando para sí que el lenguaje cotidiano de una época, por degradado que esté, es una vía de acceso a su lógica más profunda. Chistes, comentarios, rumores, refranes, declaraciones oficiales, formas menores de la lengua cotidiana y coloquial, todos esos materiales degradados podían cobrar nuevo valor si se los leía desde esa suerte de etnografía lingüística del nazismo que comenzó a ejercer. El estudio del lenguaje del Tercer Reich podía convertirse en el modo más adecuado para entender ya no la necesidad inadmisibles de sus doctrinas, tampoco la vacuidad pasmosa de su ideología o la locura de su programa, sino la modulación eficaz de las estructuras de la experiencia, de los esquemas de la percepción que el lenguaje de una época organiza, y que hace de algún modo explicable la aceptabilidad de doctrinas, ideologías y programas políticos completamente delirantes e inadmisibles bajo otras condiciones. La crítica del lenguaje aparece como el estudio de las condiciones de posibilidad de la emergencia del fascismo, una suerte de historia de las mentalidades irreductible a la exploración de las ideologías políticas. Pero eso no era todo. Porque el lenguaje no sólo sería una vía de acceso a un inconsciente político que las ideologías y los programas apenas dejan ver, o incluso ocultan deliberadamente. La LTI permite medir el alcance del arraigo del fascismo incluso entre quienes rechazan sus consignas, en ámbitos al resguardo de su coacción, inclusive en aquellas épocas que, *ex post facto*, renieguen de sus objetivos. La LTI es como una mancha de aceite que se expande y prolifera mucho más allá de los focos de enunciación de la ideología nazi. Y, por tanto, es una estructura del comportamiento y del sentir que también puede sobrevivir al fascismo históricamente delimitable.

Porque la lengua tiene esa capacidad de romper dicotomías o fronteras que la ciencia política tiende a mantener: entre partidarios y opositores al régimen, entre toma de conciencia y mutaciones inconscientes, entre la esfera privada y la esfera pública, entre actos simbólicos y procesos materiales, entre el antes y el después de la toma del poder nazi. Y, de manera inquietante, entre el antes y el después de la caída del nacionalsocialismo. Por eso el problema que siempre vuelve en ese libro maravilloso, *LTI. La lengua del Tercer Reich*, es la pregunta por los límites y fronteras del lenguaje nacionalsocialista: ¿hasta dónde llega la LTI? Y más en general: ¿dónde termina una lengua? Al igual que la pregunta de Giorgio Agamben (2017) por dónde termina un campo de concentración (con todos los efectos de parálisis e irradiación invisible que se producen por fuera de sus muros), la pregunta por dónde termina una lengua de la violencia supone ya que el lenguaje abre una topología singular en la que se negocian las batallas sobre el establecimiento mismo de las fronteras (políticas, sociales, afectivas): política de los términos y las delimitaciones, pregunta por las fronteras y sus borramientos. La lengua, lo supo tanto Klemperer como más tarde Burroughs, se *inocula*: "Las palabras pueden actuar como dosis ínfimas de arsénico: uno las traga sin darse cuenta, parecen no surtir efecto alguno, y al cabo de un tiempo se produce su efecto tóxico." Nunca deberíamos creernos más allá del círculo de efectos de LTI, sino más bien portadores de ese virus siempre latente en cada uno de nosotros. La batalla por las lenguas del odio se libra en cada quien, porque la lengua es una comunidad que no sabe de adentro y afuera. Klemperer nos invita a resistirnos a suponer que el odio es siempre del otro. Por el contrario, *la lengua es el otro*, y, por tanto, el odio nos atraviesa a todos. Porque el lenguaje siempre es un *phármakon*: su ambigüedad constitutiva, medicina o veneno, veneno y medicina, requiere de un arte de la palabra como arte farmacológico, sabedor de usos y dosis, más que de esencias y definiciones; de tratamientos y síntomas, más que de algoritmos y moral. Entre el amor a la lengua materna y el rechazo a la jerga de los verdugos, Klemperer nos ha transmitido la dramática ambigüedad de toda política de la lengua.

Volver sobre la figura de Klemperer, además, nos permite volver sobre ese momento histórico que, entre la pauperización de las masas y la utilización de los nuevos medios técnicos disponibles, se comenzaba a gestar el huevo de la serpiente nacionalsocialista entre la autoculpable deslegitimación de las fuerzas progresistas y las ruinas de la república. Esa época, la de la República de Weimar y su colapso, sin pretender una equiparación simplista, puede ofrecer sin embargo un espejo crudo e iluminador para nuestro tiempo de extremas derechas convertidas en alternativas posibles y seductoras para sectores vulnerabilizados, como las clases medias pauperizadas, los trabajadores precarizados, las juventudes desencantadas, las crispadas masas digitales. Al igual que en aquel tiempo, nuevas expresiones de ultraderecha (también fueron “nuevas” para los sorprendidos ciudadanos e intelectuales alemanes de aquel tiempo) supieron articular el descontento social con las posibilidades técnicas de los nuevos medios para hacer verosímil lo impensable. Por eso resulta interesante convocar a Klemperer junto a su tiempo. Por eso apareció ya Walter Benjamin en estas líneas. Y por eso quisiera cerrar este apartado con la alusión a un libro que debería volver a ser discutido hoy, que es *Herencia de este tiempo*, de Ernst Bloch (1935), el libro que, desde la izquierda marxista de Weimar, pensó las múltiples formas de apropiación desviada, por parte de esas nuevas derechas, de motivos y símbolos clave de una izquierda que no supo reaccionar a tiempo, y que vio cómo la derecha más brutal capturaba la adhesión de sujetos políticos que esa izquierda habría debido saber representar. Al igual que hoy, la apuesta por una reutilización estratégica de los nuevos medios (en tiempos de Bloch, la apuesta de las vanguardias artísticas) se abre como terreno de exploración de una izquierda que rompa su fascinación con la capacidad de seducción de las derechas neofascistas y pase a combatir las en el esquivo escenario del presente, tan resbaladizo como el de la República de Weimar. Si Klemperer desmenuzó la progresiva descomposición de la lengua en un gesto de escucha que hoy volvemos a necesitar,⁵ Bloch analizó

5. La “etnografía textual” de De Castro Rocha recoge precisamente ese gesto de escucha atenta, previa a la valoración, de formas

de lenguaje degradado a las que de otro modo no le daríamos ningún tipo de valor, que busca comprender estructuras de significación, y no dar plausibilidad al delirio de sus programáticas.

la eficaz estrategia confiscatoria del lenguaje de las nuevas derechas de su tiempo,⁶ mostrando que el éxito del nacionalsocialismo radicó en hacer una apropiación del utopismo en una época desesperada, cuando la fuerza de la izquierda para ofrecer imágenes de futuro parecía haberse agotado (Galliano, 2020). La lengua de los “libertarios” argentinos exige este doble gesto de lectura. De otro modo, la lengua de la “libertad” habrá sido abandonada en brazos de sus más crueles enemigos (Brown, 2019). La avanzada del nazismo contra la socialdemocracia se parece demasiado a la avanzada de los neofascismos contemporáneos contra el “progresismo” como para que no intentemos aprender algo de esa historia.

6. En un gesto que hoy reaparece en libros como el de Pablo Stefanoni (2021), ¿La rebeldía se volvió de derecha? Decía Bloch en su enorme libro: “En primer lugar ellos robaron el color rojo y lo agitaron todo con ayuda de éste. [...] Luego robaron la calle, la presión que esta ejerce.” (Bloch, 2019: 80) “El propio término *Terzer Reich* tiene una larga historia, incluso una historia revolucionaria. El nazi fue creativo, por así decirlo, sólo en el ensamblaje de todas las piezas que hizo para emplear soluciones revolucionarias con un sentido inverso. El nazi, además de aprovecharse de la desgastada estupidez de las más rastreras tertulias, utilizó el brillo oscuro de antiguas palabras y le dio una pátina a la revolución que pretendía realizar.” (id: 130) “[...] han robado y pervertido la bandera roja, el primero de mayo e incluso la hoz y el martillo para los fines de la falsedad. Los nazis han sabido hacer uso de los símbolos menos manifiestos de la revolución para sus propios fines” (id: 154, trad. modificada). Lo sorprendente es que nos sorprenda el discurso “antisistema” de las “nuevas derechas”.

8. Palabras que hieren

El problema del lenguaje del odio se plantea de manera programática y muy influyente en un libro de Judith Butler de fines de los años 90, traducido como *Lenguaje, poder e identidad* (Butler, 2004), pero bastante más elocuente en su título original: *Excitable speech. A politics of the performative* (1997). No es una mera coincidencia que esté escrito por una referente clave del pensamiento queer y feminista, como no lo es que *LTI* haya salido de la pluma de un romanista judío. Sería

interesante seguir la pista del paralelo entre el libro de Butler y el de Klemperer, a través del mismo gesto glotopolítico de interrogar no tanto el vínculo *entre* lenguaje y política, sino más bien el lugar del lenguaje *en* la política: menos la “relación” entre dos realidades auto-constituidas antes de entrar en vínculo, que la mutua implicación entre dos registros que se precisan recíprocamente para constituirse como tales. Butler relanza, ya no frente a la ofuscación fascista sino ante la neoliberal, las preguntas sobre qué significa decir que el lenguaje pueda herir, que el lenguaje pueda ejercer, por sí mismo, violencia.

Lo que interesa ahora subrayar de su planteo es que para hablar de la fuerza performativa de la lengua, es decir, de su capacidad para *hacer cosas*, y no sólo para representar *cosas hechas*, debemos tener en cuenta que esa performance nunca es aislada, sino que siempre se plantea como repetición de enunciaciones anteriores, como actualización de un ritual que garantiza el lazo entre palabra y acción. Es decir, para que la lengua hiera hace falta que convoque la historia de enunciaciones que diseñaron el ejercicio de esa violencia: “Una larga cadena de interpelaciones ofensivas movilizan al sujeto que emite las palabras socialmente ofensivas”, escribe Butler. Vale decir, el lenguaje del odio, clasista, racista, xenófobo, misógino, homofóbico, etc., nunca se compone meramente de las enunciaciones hirientes, sino de la historia de injurias que esa enunciación supone y actualiza, y sin la cual carecería de toda eficacia performativa. Si las palabras pueden herirnos y movilizar la violencia, si podemos “hacer cosas con palabras”, es porque ellas actualizan rituales lingüísticos que se repiten en una palabra que condensa una historia de prácticas lingüísticas.

El insulto clasista de hoy condensa y se ampara en una historia de opresión de clase: funciona en esa historia, y sirve para actualizarla y relanzarla al porvenir. La denigración racista refrenda y actualiza una historia de sometimiento colonial. La injuria misógina u homofóbica

jamás podría separarse de la larga duración de las formas patriarcales y heteronormadas de distribución de lo social. De modo que el lenguaje del odio nunca es un fenómeno puntual, sino siempre *citacional*, es decir, implica una *cita* a una historia de sometimientos y a una comunidad que se organiza a través de ellos. Su función es, entonces, al menos doble, pues a la vez que *hiere* a quien sitúa como objeto de su injuria, *consolida*, en el mismo gesto, la comunidad histórica interesada en provocar ese daño y sostener sus efectos políticos.

Esto resulta muy relevante para despejar al menos dos cuestiones clave. Por un lado, la importancia de ciertos ecosistemas, de ciertas estructuras de habilitación, que nunca son aisladas o particulares, sino históricas y colectivas, y sin las cuales los enunciados del odio serían inviables, carecerían de la eficacia con la que cuentan. Así, esta expansión del acto de habla, entendido como un eslabón dentro de una “cadena ritual de resignificaciones”, permite reconocer el vínculo, por ejemplo, entre un insulto callejero puntual y las habilitaciones lingüísticas por parte de voces influyentes de los medios masivos o de las dirigencias políticas, o también entre las “burbujas” de las redes sociales y los discursos políticos del odio que circulan en los medios de comunicación tradicionales. La palabra de odio nunca opera sola.

Pero, además, al comprender el lenguaje del odio como parte de una red lingüística mayor, lo que se está planteando es que hay una distancia, un intervalo que separa el acto de habla violento de sus pretendidos efectos. Si la palabra de odio nunca está sola es porque no hay posibilidad de establecer una correlación uno-a-uno entre palabra y daño, sino que hay siempre una mediación entre las palabras y sus violencias, tramada de historias de códigos y significaciones sedimentadas. Por ello, esa separación frustra cualquier intento punitivista de ofrecer criterios unívocos, uno-a-uno, para juzgar los daños producidos por palabras, y, a la vez, ofrece la oportunidad para negociar y propiciar

desvíos respecto a los usos lesivos de la lengua. Para decirlo en una fórmula: si la palabra de odio nunca está sola, es porque tampoco los efectos dañinos que se buscan con ella están garantizados. La brecha que separa el lenguaje del odio de los efectos buscados es el terreno de disputa por los usos desviantes y parodias, las contra-apropiaciones, incluso, de los propios términos insultantes.

Desde la puesta en valor del “cabecita negra” por la lengua plebeya de Evita hasta la vindicación de la “loca” por las lenguas travestis contemporáneas, desde el “negro” peronista hasta la “puta” sindicalizada, la insumisión de las palabras ha demostrado una y otra vez que la capacidad de hacer daño con el lenguaje nunca estará garantizada. Tanto menos la estabilidad de los enmarques (históricos, rituales) que posibilitan ese daño. Los efectos de las palabras nunca pueden ser totalmente controlados por sus enunciadores. Las reapropiaciones paródicas de las palabras de la injuria muestran que esta batalla nunca puede darse por saldada.

Todo ritual se basa en la repetición, de allí el sentido conservador que le solemos adjudicar. Pero la repetición misma muestra que nunca hay identidad, sino reactualización permanente, cada vez. De otro modo, no se requeriría el esfuerzo de la repetición —y esto vale, sobre todo, para la esforzada reiteración de los principales eslóganes del odio, que encuentran en la repetición machacosa, o las enfáticas MAYÚSCULAS, justamente, uno de sus mecanismos más recurrentes. Esta diferencia entre repetición e identidad, que aqueja como estigma de historicidad a todo acto ritual, es la que abre la repetición a una diferencia que le es constitutiva. Nunca está garantizado que el ritual tenga eficacia, siempre queda abierto al desvío y a la resignificación. A mayor violencia requerida por ese esfuerzo de repetición, mayor será el índice de desvío que disputa la eficacia del acto ritual (a mayor uso de mayúsculas para sostener lo que se cae por sí mismo, mayor fragilidad de lo que se enuncia con tan ostentosas muletas).

Es importante convocar a Butler no sólo por ser quien, después de Kemplerer, ha estudiado las formas en que la política de la lengua prepara el terreno para las violencias de la política, sino porque recupera la experiencia de la larga tradición de resistencia al racismo y al sexismo de las décadas de la posguerra en Estados Unidos. Y porque es de ese contexto de donde emerge la expresión misma de “discursos de odio”, o “hate speech”. Esto es muy relevante, porque permite anclar el concepto en su contexto de emergencia, un contexto que remite la expresión a su vínculo interno con los *hate crimes*: el *hate speech* se entiende como el antecedente y la preparación de los *hate crimes*, y en relación sistemática con él, y es en ese contexto que cobra sentido el debate en Estados Unidos, donde surge la expresión. De esta forma, la expresión “discursos de odio” llega a la Argentina sin el acumulado de discusiones en torno a los “crímenes de odio”, facilitando entonces la lectura simplificadora de los discursos de odio como meras injurias o expresiones subidas de tono. Nuevamente: no toda expresión injuriosa es discurso de odio. Butler y el debate norteamericano nos ayudan a seguir precisando su sentido: los “discursos de odio” refieren a los usos del lenguaje que se proponen para preparar y legitimar los “crímenes de odio”, crímenes ligados a la persecución de minorías, sobre todo raciales y sexuales.

Dicho esto, podemos destacar que la ventaja de poder hablar de “discursos de odio” es análoga a la de poder hablar de un “crimen de odio”. Para nuestro país, esto se torna visible en la incorporación de la figura de “femicidio” (desde 2012) como figura agravada del homicidio, que reemplaza la figura histórica del “crimen pasional”, sacándolo de la mera privacidad, permitiendo entender que el crimen no afecta sólo a la víctima, sino también al colectivo del que ella forma parte, reafirmando así la dominación histórica sobre ese colectivo y perpetuándola. Es decir, da cuenta de su carácter no aislado, sino *sistémico*, y permite nombrar y diagnosticar a ese sistema, y no sólo al crimen puntual. Del mismo modo sucede con los discursos de odio: nunca están

dirigidos solo a sus víctimas, sino al colectivo del que ella forma parte; sus enunciaciones son citas de un entramado sistémico, que debe ser abordado y tematizado como tal. El atentado a Cristina Fernández, en el umbral entre el discurso de odio y el crimen de odio, no está orientado sólo a su persona. Es un mensaje a todo el pueblo peronista y al campo popular que pretendía oponerse a las lógicas perversas del *lawfare*. Ese mensaje se sigue enunciado hoy, como la bala que a cada paso pende sobre nosotrxs, como amenaza permanente diseñada para condicionar y limitar nuestra vida democrática.

9. El odio a diario

En 2008, muchos años antes de que los “discursos de odio” se convirtieran en parte de la agenda política y mediática en Argentina, Roberto Jacoby y Syd Krochmalny inician un proyecto de investigación, visibilización y elaboración de las lenguas del odio en nuestro país. Digo proyecto porque nunca estabilizó del todo sus formatos y soportes, ni dio cierre a la deriva de sus efectos, sino que fue mutando y expandiéndose a través de distintos materiales y apuestas (v. Giorgi 2021). Como Klemperer en 1933, Jacoby y Krochmalny iniciaron su diario lingüístico de la violencia neoliberal en la Argentina, esa que había hecho el caldo de las elecciones de 2015, y que llevaron al poder a Mauricio Macri. Fueron recopilando comentarios de los foros online de los diarios *La Nación* y *Clarín*, desde 2008 a 2015, y con ese material degradado fueron proponiendo distintas puestas en forma: primeramente, en 2014, como instalación visual (pintadas con carbonilla en la pared, cual si fueran graffitis, de fragmentos o frases sueltas de los foros); luego, en 2016, como poemario (de escritura no creativa: ninguna palabra de ellos, que sólo intervinieron convirtiendo los textos de los foristas en versos, es decir, en el corte); y finalmente como puesta escénica, en 2017 (bajo la dirección de Silvio Lang).

Interesa especialmente el año de inicio: 2008. Fecha a la vez local y global, que marca el inicio, en ambas escalas, de formas de la derecha que creíamos “superadas” tras los pactos político-culturales de nuestras posdictaduras. Es el año de la más importante crisis del capitalismo después de la del 29 (y siguen los paralelos históricos con la República de Weimar), de la que emerge la que se empezó a denominar *alt-right* o “derecha alternativa” (como contracara del “altermundismo” izquierdista de principios de siglo) que deja de lado sus modales democrático-corporativos (propios de los sectores que a partir de entonces comienzan a ser denigrados como “establishment” o “sistema”) y vuelve a mostrar los dientes de la más explícita violencia de clase, de raza, de género. En nuestro país, esa ruptura se hace reconocible en las movilizaciones patronales por la polémica “resolución 125” (que estipulaba aumentos en las retenciones a la exportación de granos): una derecha envalentonada, desinhibida, que en un mundo de extrema desigualdad y con dificultades de acumulación sólo puede seguir buscando la maximización de sus beneficios a costa de ya no poder ocultar la violencia de su deseo desigualitario. Todas las jerarquías, clasistas, coloniales, patriarcales, volverán a ser afirmadas sin ambages ni pruritos, apoyándose la reafirmación de cada una de ellas en la recomposición de las otras. Como si, ante los límites de expansión de los territorios de extracción de plusvalía, ahora se tratara de volver a una retórica de la escasez y del darwinismo social crudo y duro, en el que la violencia terminológica no hace más que dar cuerpo a la violencia de la delimitación entre dos humanidades, una que resulta digna de vivir y otra destinada al descarte. De allí la necesidad de convertir el antagonismo político en negación simbólica y material del otro. Entre sus inicios en la crisis del 2008 y su radicalización con la lógica de la pandemia –en la que la decisión sobre la humanidad descartable fue tortura cotidiana para médicxs en todo el mundo–, lo que se reproduce es la misma pulsión tanatológica de la “derecha alternativa” contemporánea.

Jacoby y Krochmalny, de manera igual de tentativa que en su momento Klemperer, intuyen entonces que algo de esa transformación puede registrarse en las mutaciones del lenguaje, pero también que esas transformaciones comenzaban ya a actualizar las formas del futuro que se avecinaba. A diferencia del filólogo alemán, los argentinos registran además la novedad de los nuevos medios digitales, que propician, con sus formas anónimas y fugaces, la multiplicación y la desinhibición de las lenguas sociales de ese tiempo latinoamericano y global. Pero la sorpresa es la misma que la de Klemperer: el asombro ante “la tolerancia social y jurídica respecto a la manifestación pública de expresiones de hostilidad radical” (Jacoby y Krochmalny, 2016: 43). El problema parece ser el mismo: ¿cómo entender la transformación insensible de los esquemas de percepción y pautas de evaluación que van haciendo “tolerables”, admisibles, e incluso elogiables, expresiones de deshumanización de sectores enteros de la población? El mejor modo de comprenderlo es, sugieren Klemperer, Jacoby y Krochmalny, poner el oído en la lengua de la época. Tal como lo sugiere el editor de los *Diarios de odio*, Gerardo Jorge, “este material no quiere ser solamente el documento de un procedimiento transtextual con valor político y/o documental sino que quiere ser leído también como ‘poemas’, poniendo el oído en la zona de ambigüedad que los enunciados tienen y enfrentándonos a una constatación incómoda” (en Jacoby y Krochmalny: 45). Vale decir, Jacoby y Krochmalny nos proponen adentrarnos en los discursos del odio como *poética*, y el escándalo que ello implica no sólo hace a la fuerza literaria de su libro, sino además a su eficacia política: reconocer los discursos de odio como *poética* permite adentrarnos en el señalamiento de sus recursos retóricos, sus recurrencias formales y temáticas, sus estrategias argumentales, su tropología.

En primer lugar, el poemario nos permite reconocer tópicos clave de la “batalla cultural” en curso de las nuevas derechas, algunos presentes a nivel global y otros específicos de la Argentina: la denigración del discurso de los derechos humanos y la reivindicación de la última

dictadura militar (la crisis de los pactos de la posdictadura); el racismo y el clasismo desembozados (la “desdemonización” del discurso desigualitario); toda la cuestión de género, el feminismo y en especial la ley de identidad de género (en sintonía con el discurso global sobre la “ideología de género”); el peronismo, los piqueteros y la figura de Milagro Sala (en línea con la larga historia del antiperonismo en Argentina); el discurso anti-estado en general (entre neoliberal y ya proto-libertario). Los títulos de los poemas son elocuentes al respecto: “Prostitutas subsidiadas”, “Luz verde a la ley de identidad de género”, “El nieto recuperado número 114”, “Argentina negra”, “Negro de KK”, “Piketeros”, “Políticas de la memoria”, etc.

El estilo argumental es ese que De Castro Rocha identificó en el caso análogo de Brasil: el del “silogismo de Napoleón en el hospicio”, un silogismo que *“parte siempre de la conclusión –‘el peligro rojo’ inminente, ya en la esquina, en verdad en nuestras casas, o peor!, conquistando nuestros corazones y mentes– y, de ese modo, poco importa el contenido de las proposiciones, que, lógicamente, deberían anteceder a la conclusión.”* (De Castro Rocha, 2021: 173) En este caso, la conclusión es la negación del progresista, del negro, del peronista, del kirchnerista, y de sus principales representantes: la ESMA, Milagro Sala, Cristina Fernández, etc., y para esa conclusión ya admitida, cualquier premisa puede ser convocada, por lo que su vinculación no estará dada por la articulación lógica sino por la adherencia acumulativa. Diríase que la única conclusión parece ser siempre la misma: BALA, como síntesis significativa y argumental de todo el discurso. De hecho, el poemario completo termina con “una bala en la cabeza” como verso final y conclusión del gran silogismo del libro. El poema se titula “Negro de KK” y cito el inicio y el final:

Querido negro de mierda:
ahora entendés porque te trato así
(...)

Te deseo un verano caluroso,
ni un peso para el vino
y una bala en la cabeza. (Jacoby y Krochmalny, 2016: 41)

Los recursos retóricos no siempre son tan simples, aunque siempre tiendan a la simplificación y estén puestos al servicio del silogismo pos-aristotélico de la conclusión anticipada. Se movilizan las figuras de la repetición y la recurrencia ante todo. No sólo la repetición de palabras, a veces en asomos anafóricos, sino la repetición de letras o de caracteres, o de signos de puntuación, sobre todo de admiración. En todos los casos, la repetición opera como afirmación identitaria, como violencia de la identidad, como afirmación de sí que busca negar, en la propia forma, la aparición de lo otro. También como descarga digital de un fastidio que se expresa en ese machacón volver sobre las mismas palabras, las mismas letras, las mismas teclas. La recurrencia de las mayúsculas no hace más que subrayar nuevamente el mismo gesto de énfasis permanente, soporte material del abuso de la hipérbole como recurso retórico predilecto (infaltable en los títulos de los videos de youtube, cuya estructura elemental es: "X DESTROZA A Y"). Como ejemplo, muy breves fragmentos del largo poema "La democratización de las fuerzas de seguridad":

(...)
a estos solo les cabe un idioma: plomo, plomo y más plomo
(...)
PERO IR A LABURÀAAA
N000000000000000000
PA QUÈ ?????
SOLUCION,SOLO BALAS,BALAS (Jacoby y Krochmalny, 2016: 38-39)

Repetición de palabras, de letras y signos, uso de mayúsculas como gráfica de la hipérbole, escritura descuidada cual chat de celular, y

una única conclusión anticipada: plomo, plomo y más plomo; SOLO BALAS, BALAS.⁷ Con semejantes condiciones discursivas, ya activas en el período 2008-2015, el atentado contra la vicepresidenta pudo ser leído como el “acontecimiento de violencia política más previsible y explicable de la historia reciente” (Ipar, 2022).

10. Dinamitar o desapropiar

Estas pulsiones políticas que Jacoby y Krochmalny capturaron en una fase aún oscura e informe de su expresión (con los foristas anónimos de la web como enunciador colectivo), en la Argentina de hoy, tras la traumática experiencia de la pandemia, han cobrado consistencia política con la irrupción de los “libertarios” en la escena local, y tienen en la figura de Javier Milei un candidato a presidente para las próximas elecciones, con chances reales de entrar en el ballotage. Su discurso público se vale de todos los recursos expuestos en la poética de los *Diarios del odio*, y las BALAS, BALAS retornan en su consigna estrella: “dinamitar” todo, el estado, el “sistema”, el kirchnerismo, el gasto social, etc., pero, en todo caso, DINAMITAR. Lo que más adelante se tradujo en su “plan motosierra” para achicar el estado. El éxito de

7. A lo largo del poemario, la recurrencia de imágenes de aniquilación del otro da cuenta de una regularidad sistemática, de una auténtica “cadena ritual de resignificaciones”, en palabras de Butler. Sólo como breve muestra, dejo algunas citas al azar, ubicadas casi siempre sobre el final de los poemas, justamente, como remate: “El racismo se evita / evitando a los negros” (Jacoby y Krochmalny 2016: 12); “Pero hay un DIOS QUE ES JUSTO / maten al pescado y a la yegua” (id.: 21); “PAREDON !!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! / A LOS PUNTEROS KK = BARRAS / tiro en la nuca y a una fosa común” (id.: 25); “OJALA LOS AMETRALLEN A TODOS / POR MAFIOSOS” (id.: 29); “Negra de mierda vendiste tu alma, / pagaría por torturarte / y hacer que derrames litros de sangre” (id.: 32); “Al grupo Isis: / por favor hagan algo con esta maldita Yegua” (id.: 34); “REPRESIÓN INDISCRIMINADA, / GATILLO FÁCIL, / NI PIEDAD PARA LA DELINCUENCIA, / SIN IMPORTAR LA EDAD QUE TENGAN, / POR QUE A ELLOS TAMPOCO LES IMPORTA, / OJO POR OJO, / DIENTE POR DIENTE.” (id.: 40). Ramiro Parodi, en “De qué está hecha una bala”, reconstruye la centralidad del término “bala” en formaciones discursivas muy recurrentes en redes sociales. “Bala’ es una forma de intervención que se reitera en Twitter Argentina. Se lo usa casi como un acto reflejo donde la vida del otro parecería susceptible de ser dirimida en un comentario, un voto positivo hacia el ‘ajusticiamiento’. Hay una banalización de lo que ‘bala’ significa: ‘muerte’” (Parodi, 2022).

esta fórmula llevó a la oposición mayoritaria, en la figura de Mauricio Macri, a hablar de “semi-dinamitar todo”, mostrando, además de la pavorosa pobreza discursiva, la fuerza de estas lenguas de la destrucción para condicionar el conjunto del debate público. Más allá de los resultados electorales, el objetivo de Milei ya fue cumplido: la política como arquitectura de la destrucción es hoy una posibilidad real.

Para que hoy Javier Milei se proponga “dinamitar” (el Banco Central, la clase política, los consensos democráticos de la posdictadura), como consigna fundamental de la campaña de la extrema derecha en nuestro país, hizo falta primeramente un paciente trabajo de dinamitar la lengua, gracias al que semejantes delirios pudieran ser transformados en consignas aceptables en el juego (pos)democrático contemporáneo. De hecho, no son pocos los indicadores de que el “fenómeno Milei” se está desinflando en el proceso de esta campaña electoral. Pero justamente eso es lo que vuelve a plantear el problema de fondo, que no es Milei, sino el mileismo, que no es la expresión electoral aislada, sino la modulación del discurso público en la dirección de su generalizada descomposición. Tal como ha sostenido De Castro Rocha para el caso de Brasil, el problema no es Bolsonaro, sino el bolsonarismo. Y siendo el bolsonarismo la forma brasilera del neofascismo contemporáneo, es decir, de esa arriesgada apuesta de construir a través de la destrucción, es lógico que el avance del bolsonarismo conlleve la ruina, también, del propio Bolsonaro. Del mismo modo que el “fenómeno Milei” puede ir de la mano de un declive de su figura en las encuestas pre-electorales.

Por eso volvemos a lo mismo: los discursos de odio como cifra de un malestar en la lengua, de una crisis de nuestra experiencia de lo común, más profunda de lo que puede testimoniar una contienda electoral. Una mutación discursiva que se parece tanto a la “mutación antropológica” que Pasolini (1997) diagnosticara en los inicios del neoliberalismo en su Italia de los 70, una transformación subjetiva generalizada y

acelerada, que ahora lleva, en las nuevas derechas, el nombre explícito y programático de “batalla cultural”.

¿Qué hacer con esa batalla? ¿Deberíamos ignorarla por no ser “nuestra”, dejando así abierto un frente cada vez más seductor para jóvenes, precarix y desencantadxs? ¿Deberíamos acaso librarla y confrontar con sus representantes, cayendo así en el barro en el que se nos quiere empantanar? ¿O más bien intentar encararla, pero en “nuestros” términos? Ahora bien, ¿no es justamente una batalla por los términos, por los términos en los que se formula la batalla? Y, además, ¿no era la “batalla cultural” una bandera “nuestra”, izada en consagrados mástiles gramscianos? ¿Vamos a dejar que sigan usurpando nuestras banderas? ¿O el problema habrá sido creer en ese “nosotros” de la lengua emancipatoria, que moralizó el discurso progresista y lo alejó de lo real inapropiable de la lengua? En un pasaje decisivo, Judith Butler señala: “La violencia del lenguaje consiste en su esfuerzo por capturar lo inefable y destrozarlo, por apresar aquello que debe seguir siendo inaprensible para que el lenguaje funcione como algo vivo.” (Butler, 2004: 27) Pareciera sugerirnos: ni abstenernos de la batalla lingüística, ni caer en la trampa confiscatoria: apostar al frente antifascista que se dibuja cada vez que la lengua acontece por fuera de toda pretensión de propiedad, que resguarda y cobija la lengua como inapropiable. Capturar lo inefable para moralizarlo en la maquinaria progresista es sólo el reverso de su “dinamitación” destructiva en los engranajes del odio. El frente antifascista busca movilizar lo inasible de la lengua como condición de una comunidad más justa, exponiéndose a un afuera que carece de palabras, pero sin el cual ninguna figuración de futuro será posible. Internarse allí, en esa tierra de nadie, como promesa común en tiempos oscuros.⁸

8. Un despliegue más amplio de las tareas posibles de un tal frente antifascista se propone en García 2021.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio. "Qué es un campo". *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Trad. Flavia Costa. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2017. 45-53.

Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Trad., prólogo y notas de Felisa Santos. Buenos Aires: Godot, 2019.

Bloch, Ernst. *Herencia de esta época*. Intro., trad. y notas Miguel Salmerón Infante. Madrid: Tecnos, 2019.

Brown, Wendy. "Lo que daña a la izquierda es haberle cedido la libertad a la derecha", entrevista a Wendy Brown en *El Confidencial*, 26/12/2019. En línea.

Butler, Judith. *Lenguaje, poder, identidad*. Trad. y pról. Javier Sáez y Beatriz Preciado. Madrid: Síntesis, 2004.

Calvo, Ernesto y Natalia Aruguete. *Fake news, trolls y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2020.

De Castro Rocha, João Cezar. *Guerra cultural e retórica do ódio (Crônicas de um Brasil pós-político)*. Goiania: Caminhos, 2021.

Feierstein, Daniel. *La construcción del enano fascista. Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2019.

Galliano, Alejandro. *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no?* Buenos Aires: Siglo XXI, 2020.

García, Luis I. "Introducción. Políticas de la lengua en el frente antifascista". Luis I. García, ed. *La Babel del odio. Políticas de la lengua en el frente antifascista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2021. 11-112.

Giorgi, Gabriel. "La literatura y el odio. Escrituras públicas y guerras de la subjetividad". Luis I. García, ed. *La Babel del odio. Políticas de la lengua*

en el frente antifascista, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2021. 207-277.

Ipar, Ezequiel. "Fue el odio". *Anfibia*, 02/09/2022. En línea.

Jacoby, Roberto y Krochmalny, Syd. *Diarios del odio*. Buenos Aires: n direcciones, 2016.

Klemperer, Victor. *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Trad. A. Kovacsics. Barcelona: Minúscula, 2001.

Laje, Agustín. *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una Nueva Derecha*. Ciudad de México: Harper Collins, 2022.

Laje, Agustín. *Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo*. Ciudad de México: Harper Collins, 2023.

Parodi, Ramiro. "De qué está hecha una bala". *Revista Anfibia*, 06/09/2022. En línea.

Pasolini, Pier Paolo. *Cartas luteranas*. Trad. J. Torrell, A. Gimenez Merino y J. R. Capella. Madrid: Trotta, 1997.

Stefanoni, Pablo. "El día que Álex de la Iglesia disparó contra Cristina Kirchner". *elDiarioAR*, 18/09/2022. En línea.

Stefanoni, Pablo. *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.

Schuster, Mariano. "Los nuevos best sellers de la 'derecha sin complejos'. Entrevista a Ezequiel Saferstein". *Nueva Sociedad*, mayo 2023. En línea.

Vaca, Pablo. "Cristina, entre la bala que no salió y el fallo que sí saldrá". *Clarín*, 11/09/2022. En línea.

¿QUÉ HAY DE NUEVO, VIEJO?

Las izquierdas ante el auge del fascismo

Alia Trabucco Zerán

Ya no hay sorpresa. Ha pasado el shock. La ultraderecha no es la novedad que fue cuando Donald Trump obtuvo la presidencia de Estados Unidos o Jair Bolsonaro la de Brasil. Los gobiernos de Italia, Polonia y Hungría se encuentran también en sus manos y el auge de este movimiento en España, Alemania, Argentina o Chile ya no parece causar la alarma que despertó hace apenas cinco años.

Los motivos que han llevado a la ciudadanía de territorios tan distantes y distintos a confiar su representación a grupos abiertamente racistas, misóginos y xenófobos, no son fáciles de desentrañar. Descontento, desesperación, rabia, desorientación, castigo, desesperanza, hartazgo, apatía y miedo, son palabras que podrían describir el espectro afectivo que parece mover a millones de votantes hacia el extremo del espectro político. Pero sería simplista y hasta miope atribuir un auge transfronterizo de las proporciones actuales a una mera reacción ante las condiciones de precarización e incertidumbre que ha generado el capitalismo global. Si además de una respuesta reactiva existe algo más hondo y prospectivo, algo así como una utopía neofascista, es una pregunta que debiera preocuparnos. Si crece, subterránea, una pulsión autoritaria, un anhelo supremacista, un deseo de opresión sobre migrantes, homosexuales y mujeres que gana

adeptos aceleradamente en pos de una visión: un futuro nacionalista de hipervigilancia, homogeneidad y seguridad, cueste lo que cueste.

El filósofo Bifo Berardi es enfático a la hora de negar esa visión. A diferencia del de inicios del siglo veinte, al que describe como un "fascismo futurista" y de "potencial masculino, juvenil", el actual se caracterizaría por lo que él llama "una impotencia senil". Un fascismo "de la ignorancia, del sufrimiento", es decir, un fascismo sin futuro. Enzo Traverso, en tanto, se pregunta si acaso el concepto de fascismo captura los rasgos del movimiento actual y se aboca, recurriendo al término *posfascismo*, a identificar sus peculiaridades contemporáneas. Coincide con Berardi en que el posfascismo sería eminentemente anti-utópico: un movimiento privado de todo horizonte de expectativas y que sólo reclama una vuelta al pasado. Y en el pasado se encontrarían la seguridad, la soberanía nacional, las jerarquías de género, la familia tradicional y la homogeneidad cultural que parecen movilizar a sus adeptos. Lo que agrega Traverso es que para él también la izquierda padecería del mismo mal: la falta de futuro. Y ese abandono de la ilusión y del deseo, esa renuncia a la imaginación política, habría causado una "retirada reaccionaria al pasado".

Más allá de si es cierto este carácter anti-utópico del fascismo actual y si hay otros rasgos que lo diferencien del fascismo del siglo veinte, los elementos en común con el movimiento que asoló Italia, Alemania y España en la antesala de la Segunda Guerra Mundial son también innegables: exaltación nacionalista, apología del orden, demonización del otro (del extranjero, homosexual y musulmán en la actualidad), retorno al tradicionalismo cultural, religioso y familiar. Pero acaso el factor en común menos examinado hasta ahora sea la herramienta más eficaz y penetrante de las ultraderechas actuales: su lenguaje y, en particular, la capacidad de ese lenguaje de inmiscuirse no solo en el habla cotidiana sino incluso en el discurso de sus opositores.

¿Cuáles son esos rasgos lingüísticos compartidos por el fascismo histórico y la extrema derecha actual? No se trata de un conjunto de neologismos, muy por el contrario. Ha sido el uso insistente y selectivo de palabras viejas y gastadas, un uso convencional, hasta *natural*, lo que le ha dado una fuerza inusitada a este movimiento tanto en el pasado como en el presente. De ello da cuenta Victor Klemperer, el filólogo judío-alemán que registró, mientras era amedrentado y perseguido en Alemania, los vuelcos lingüísticos de su entorno durante el auge del nazismo. Klemperer se abocó, durante años, a examinar el uso político de palabras en apariencia inofensivas. Términos comunes y corrientes, descargados de ignominia y que al no portar insinuaciones violentas actuaron en la población como “dosis ínfimas de arsénico”. Entre estas palabras algunas fueron empleadas para nombrar específicamente la aniquilación (*liquidar* o *solución final*, entre otras) y son ellas las que, hasta el día de hoy, cargan el signo de la infamia nazi. Pero hay otros términos, menos imbuidos de muerte y anteriores al nazismo, que han continuado su trayectoria y han recobrado vigor: patria, orden, nación, seguridad, soberanía.

Klemperer explica que este lenguaje no fue exclusivo de los adeptos al nazismo, sino que se inmiscuyó también en el habla de sus más fervientes opositores. “Despotricaban contra el nazismo y lo hacían con sus expresiones”, describe el filólogo, dando pistas sobre cómo ciertas palabras se camuflan en el lenguaje cotidiano pese a su oscuro pasado o a las buenas intenciones de quienes las usan. Y es precisamente esta cooptación lingüística a la que quisiera referirme para examinar el alza de la ultraderecha en el caso chileno y así explorar dos preguntas que me acongojan desde hace un tiempo: si acaso las izquierdas han abandonado su horizonte de futuro y si han dejado, además, de disputar la palabra.

¿Qué ocurrió para que un discurso antes minoritario y propio de grupos excéntricos y exaltados consiguiera no solo avanzar sino incluso imponerse en Chile? ¿En qué momento las palabras de la ultraderecha pasaron

a dominar el debate político? ¿Y qué ha ocurrido con ese lenguaje en relación a sus opositores?

Un factor que no ha sido suficientemente subrayado es la responsabilidad y complicidad de la derecha tradicional chilena en el auge del Partido Republicano. Una derecha que había tardado décadas en supuestamente despinochetizar sus filas, pero que a la primera oportunidad no dudó en apoyar, desde las vertientes más derechistas a las más liberales, a un candidato ultra-conservador, abiertamente pinochetista, con un discurso relativista e incluso negacionista de las violaciones a los derechos humanos perpetradas durante la dictadura cívico-militar. Podría haber sido más hábil, esa derecha, teniendo a la vista cómo en aquellos países donde han cedido políticamente al zarpazo fascista son ellos mismos la primera baja: el partido republicano ha sido fagocitado por el trumpismo en Estados Unidos y lo mismo ha sucedido con la derecha brasileña. Pero sus ansias de poder no parecen tener medida, el compás ético no suele ser su fuerte y tampoco parece molestarles la afiliación a la dictadura militar de sus nuevos-viejos amigos.

Esta complicidad de las derechas tradicionales tuvo como primera y principal consecuencia la normalización del discurso ultraderechista: de su jerga xenófoba y nacionalista, de su defensa a una idea unívoca de familia, de su discurso homofóbico y de un relato que siembra el caos (moral, económico y delincencial) para imponer su jerga de autoridad, seguridad y vigilancia. Tras la normalización de este discurso ocurrió la expansión. La propia derecha tradicional hizo suyo ese lenguaje autoritario y algo similar ocurrió con el resto del espectro político. Y aunque las fuerzas opositoras consiguieron, el 2021, detener un triunfo presidencial del candidato ultraderechista José Antonio Kast subrayando precisamente su amenaza para las mujeres, los derechos humanos o la democracia, esa estrategia de oposición ha perdido efectividad. La normalización se ha impuesto, el Partido Republicano ha

continuado su expansión y las consecuencias políticas de su discurso se han vuelto innegables: la justificación del golpe de Estado en Chile aumentó veinte puntos porcentuales en diez años; se han multiplicado los ataques a memoriales de derechos humanos; se han disparado los casos de violencia contra las diversidades y disidencias sexuales; y el desapego a la democracia ha alcanzado niveles nunca antes vistos.

Ante este escenario, la pregunta inevitable es si acaso es posible detener un triunfo que para algunos ya parece una profecía autocumplida. ¿Hay alguna característica que distinga a la ultraderecha chilena y que permita pensar estratégicamente una oposición más eficaz a la que ha fallado reiteradamente en Europa y el resto del mundo?

Entre los rasgos compartidos con el fascismo internacional mencionados por Enzo Traverso se encuentra idéntica pulsión regresiva en su equivalente chileno: exaltación de la soberanía nacional, criminalización de la inmigración, exacerbación religiosa (en el caso chileno, de corte católico), defensa del tradicionalismo criollo, retorno a las jerarquías de género. La xenofobia también yace en el corazón de un discurso que incluye ya no la construcción de un muro en la frontera norte del país sino la excavación de una zanja para impedir –y literalmente enterrar– la “invasión” migrante que estaría poniendo en riesgo la siempre frágil identidad nacional. Hay también, en el caso de Chile, al igual que en su símil internacional, un regreso a lo “colonial-reprimido” que se expresa, por un lado, en un discurso de menosprecio a los países vecinos –manifestado ya no en un deseo de conquista sino de expulsión–, y que a nivel interno se materializa en la incorporación de una mirada colonialista respecto de los pueblos indígenas, negados material y discursivamente por este conglomerado. Traverso no menciona en su texto el anti-feminismo como rasgo preponderante, punto ciego que resulta bastante decidor. Pero un vistazo a este movimiento en Estados Unidos, Brasil o Europa, lo hace una característica indudable, compartida y

exaltada por el Partido Republicano, que ha hecho suya una verdadera cruzada contra lo que despectivamente han bautizado “ideología de género”: los derechos sexuales y reproductivos, las políticas de paridad, la educación sexual integral, los cursos de perspectiva de género, la protección de las diversidades sexuales y el feminismo en general.

En cuanto a las diferencias que hacen del caso chileno algo singular, habría al menos dos. En primer lugar, el anticomunismo –que según Traverso habría sido ya desplazado en Europa– sigue vigente como herramienta propagandística en la escena latinoamericana y ha sido ampliamente utilizado en sus campañas políticas. En segundo lugar, las élites económicas, que a juicio del mismo autor parecen sentirse mejor representadas por la Unión Europea que por la derecha radical, han manifestado en el caso de Chile su regocijo ante los avances del Partido Republicano. En su mudo lenguaje de cifras, la bolsa de comercio ha sido elocuente en sus alzas cada vez que ha triunfado la extrema derecha. Es decir, si la derecha radical europea y norteamericana ha basado, según Traverso “su legitimidad en su rechazo al neoliberalismo”, la chilena se declara abiertamente neoliberal, cuestión que los mercados y las élites económicas celebran y que sus antagonistas, es decir, las izquierdas, no han sabido capitalizar como flanco de críticas.

Si se ha agotado la estrategia anti-fascista ante el avance de un discurso altamente eficaz, que siembra el miedo para luego ofrecer seguridad, que se autodigna anti-establishment en una época de desconfianza hacia la clase política, que exacerba la incertidumbre para apuntalar supuestas certezas del pasado, ¿cómo no utilizar más hábilmente el hecho de que la ultraderecha represente en Chile una versión exacerbada del mismo modelo que ha precarizado a la población durante décadas? ¿Cómo no redirigir la rabia ya no hacia los migrantes o las mujeres, sino hacia las corporaciones y los poderosos representados por ese sector y que se han negado a reformas ampliamente apoyadas por la ciudadanía? Aquí hay un flanco

de críticas que, sumado a un desnudamiento de esa ultraderecha como lo que es, un movimiento anti-derechos en una época en que ser sujeto de derechos aún goza de prestigio ideológico y discursivo, podría servir como estrategia de oposición más sustantiva que una mera apelación a palabras que se han vaciado de contenido: “democracia”, “tolerancia” o “pluralismo”. ¿Pero es esto suficiente? ¿Hay algo más por hacer?

Retrocederé a octubre del 2019 para trazar algunas líneas de continuidad entre el auge de la ultraderecha chilena y ciertos retrocesos discursivos de las izquierdas.

En medio de la revuelta social del 2019, cuando miles de personas se manifestaban en las calles, la prensa –dominada como en Italia por conglomerados de derecha– no tardó en cerrar filas en torno a un relato común: en lugar de centrarse en las dimensiones de la crisis y de examinar seriamente sus causas, optó estratégicamente por desviar la atención hacia los actos de violencia que ocurrían en las calles. No me refiero a las violaciones a los derechos humanos perpetradas por agentes del Estado y que acabaron con más de 400 personas con mutilación ocular, sino a los saqueos, al daño de mobiliario público, a las quemaduras de comercio y otros actos vandálicos que se multiplicaron en las ciudades. Este pasó a ser, rápida y eficazmente, el foco discursivo de la derecha y por ende de sus canales de televisión, sus radios y su prensa escrita. Mientras las protestas parecían cuestionar las condiciones de precarización del orden neoliberal y los constantes abusos del modelo, el otro orden, el orden público, se tomaba la agenda. Condenar la violencia “venga de donde venga” se transformó en la frase cliché que igualaba banalmente la violencia proveniente de agentes del Estado a la causada por grupos minoritarios. Y este ejercicio de empate moral sentó las bases de una posterior política de borramiento articulada desde las derechas. Negar las causas del descontento y borrar las violaciones a los derechos humanos fue la estrategia que adoptarían.

Un relato que exaltaba el desorden, la incertidumbre económica y la inseguridad, para imponer el puñado de palabras que les ha funcionado desde inicios del siglo veinte: orden, patria, soberanía y seguridad.

Una vez instaurada la Convención Constitucional, donde la derecha se encontró en franca minoría, su estrategia fue similar: atemorizar a la ciudadanía calificando a los convencionales de anti-patriotas y con ínfulas refundacionales, renombrar el estallido social como “estallido delictual”, y descalificar a sus representantes como poco serios e iletrados, generando las condiciones para una posterior restauración conservadora. La campaña del rechazo comenzó mucho antes que se redactara la primera línea del borrador constitucional. Y frente a esa campaña, los sectores movilizados que se reencontraban –o encontraban por primera vez– para pensar y escribir el futuro institucional y político del país, no supieron o no pudieron urdir un relato en común.

Paralelamente –y paradójicamente– mientras se perdía palabra a palabra la disputa por el relato acerca de qué había sido y significado el estallido social, comenzaba a urdirse dentro del órgano constitucional, también palabra a palabra, el primer borrador de constitución que más tarde se propondría a la ciudadanía. Un texto aprobado por 2/3 de los integrantes del órgano y que plasmaría en un papel precisamente lo que buena parte de las izquierdas mundiales parecían haber abandonado: un prospecto de futuro o, en palabras de la filósofa Judith Butler, un conjunto de ideales normativos que aspiraban a convertirse en convenciones sociales de una nueva era.

Aunque el texto plebiscitado el 2022 no plasmaba en sus páginas un nuevo modelo económico para el país –era, en ese sentido, un proyecto poco imaginativo–, sí ofrecía posibles caminos de salida del neoliberalismo, lo que no es poco en tiempos en que la razón neoliberal sigue pareciendo la única posible. No se trataba, además, de una sa-

lida sesentera rumbo a un estatismo extractivista y autoritario, sino que contenía ideales que las izquierdas no habían podido articular coherentemente desde hacía al menos medio siglo.

En primer lugar, alejándose de la idea liberal clásica del ser humano como ser independiente y autónomo, es decir, sentando un nuevo paradigma contrario al individualismo liberal y neoliberal, el borrador proponía –siguiendo el pensamiento feminista, ecologista y también una cosmovisión indígena– un ideal normativo de interdependencia entre los seres humanos y su entorno. Un ideal que de cara al descalabro climático parece ser la única salida para concebirnos como lo que somos: un eslabón de un entramado complejo en el que hay otros seres no-humanos con los que debemos convivir y a los que debemos respetar y proteger para garantizar una subsistencia equilibrada. Por otro lado, ante un Estado caracterizado por un modo de operar patriarcal y autoritario, se proponía un “Estado de cuidados”, presente y a la vez articulador de una nueva relación entre mujeres y hombres, entre el Estado y la sociedad, entre Estado y el medioambiente. A esto se añadía un claro camino de recuperación ecológica, un catálogo amplio y sólido no solo de derechos de primera generación sino de derechos sociales y culturales, una posible salida al centenario conflicto del Estado de Chile con los pueblos indígenas y una modernización del Estado con miras a su descentralización.

¿Se trataba de un cambio de paradigma? En muchos sentidos, sí. ¿Era demasiado radical? Tal vez lo fuera, considerando que Chile no se había caracterizado por ser un país realmente progresista en muchas materias. Era, sin embargo, la primera vez que amplios sectores sociales, incluido un feminismo articulado y fuerte, junto a las izquierdas institucionales, proponían una visión de futuro. La pregunta es si esa visión encontró un cauce discursivo. Si hubo realmente un lenguaje para narrar ese proyecto. ¿Fuimos capaces de construir un relato propio que diera cuenta de ese ideal conjunto de presente y de futuro? ¿Encontramos el puñado

de palabras para comunicar ese horizonte que en el papel se plasmaba en cientos de artículos difíciles de desentrañar? Me temo que no. La compartimentalización de las demandas y un lenguaje alejado del habla cotidiana, generó confusión y esa confusión fue hábilmente aprovechada por las derechas para sembrar desinformación y mentiras. Tampoco hubo una franja televisiva capaz de urdir un gran relato, una verdadera épica, sino apenas piezas de un puzle que resultó difícil de visualizar.

La derecha calificó ese proyecto constitucional como anti-chileno (por enarbolar la plurinacionalidad), anti orden público (por su reorganización de las fuerzas armadas y las policías), anti-tradiciones (por su protección de los animales en oposición a prácticas como el rodeo) y anti-familia (por su amplia protección de las familias en plural). Y el 62% del país marcó la opción rechazo. Una mayoría amplia, incuestionable, una derrota estrepitosa. Y aunque sigue siendo opaco exactamente qué fue lo rechazado, hay una pregunta tal vez más importante de cara al escenario posterior: ¿qué debió hacer la izquierda al enfrentarse a semejante derrota?

La desorientación de las semanas siguientes al plebiscito es explicable y hasta justificable por el carácter rotundo del revés. Pero no justifica ni explica la turbación de los meses sucesivos. Sin relato propio sobre lo que había sido el estallido social y sin palabras claras para defender los ideales normativos del proyecto constitucional, parte de esa izquierda pareció asumir como propio no solo el diagnóstico de la derecha sino, más grave aún, sus palabras. La convención había sido un "error", el feminismo y los pueblos indígenas eran responsables de la debacle, y las preocupaciones de los chilenos eran la seguridad y poco más que eso. En las semanas siguientes al plebiscito los movimientos sociales se replegaron y la izquierda institucional, desde el gobierno, pareció olvidar que las mayorías se construyen desde las propias fuerzas y no desde las fuerzas de la oposición.

Este fue el momento en que la ultra-derecha hizo su avanzada más evidente. Junto a sus aliados de la derecha tradicional, bautizaron a todo aquel que pretendiera retornar a las causas del descontento social como defensor de la violencia y representante del "octubrismo", a la vez que sembraron la idea de que la única y verdadera preocupación de los chilenos era la inseguridad, la migración y la delincuencia. Los noticiarios se plagaron de asaltos y asesinatos que efectivamente habían aumentado en los últimos tiempos y pasamos, de un momento a otro, de hablar de desigualdad o derechos sociales a discutir una agenda securitista reñida con todo estándar de derechos humanos. La confusión del gobierno durante este tiempo fue total. Y sin un lenguaje propio para atender a las legítimas preocupaciones por la delincuencia, pareció ventrílocuo del discurso de la ultra-derecha. El gobierno terminaría no solo plegándose al lenguaje del orden y la seguridad ("vamos a ser unos perros en la persecución de la delincuencia", diría el Presidente) sino apoyando la promulgación de leyes que cimentarían la estrategia de borramiento y negación de la derecha respecto del estallido social. La llamada ley de "gatillo fácil", que iba a ser impugnada por sectores de la izquierda en el Tribunal Constitucional, fue visada intempestivamente por el Presidente de la República. Su corolario: esa misma ley ha permitido la absolución de policías responsables de disparar directamente a manifestantes durante la revuelta social, pavimentando el relato de una derecha que sigue afirmando que esa revuelta fue un "estallido delictual" y que "aquí no ha pasado nada".

Desde entonces, la restauración conservadora y elitaria ha sido avasalladora como también lo ha sido el avance de la derecha radical. Además del debilitamiento de las derechas tradicionales y de su responsabilidad en este fenómeno, la deuda de las izquierdas es evidente. ¿Era acaso una derrota electoral motivo suficiente para renunciar a un horizonte de futuro? ¿En qué medida ese abandono ha incidido en el avance discursivo y político de la derecha radical? Porque si es

cierto, como señalan Traverso y Berardi, que la derecha fascista no tiene un horizonte de futuro, ¿qué tiene para ofrecer una izquierda que abandona el que parecía ser su propio proyecto?

El discurso anti-fascista ya no basta ni como ética, ni como épica, ni siquiera como prefijo. Ha fracasado en Italia, en Polonia, en Estados Unidos, en Brasil. El arsenal de palabras que ha tenido la izquierda para apuntar con el dedo a una derecha autoritaria parece haberse desactivado. Acusar a Kast de pinochetista, de fascista o de poner en riesgo la democracia o los derechos humanos tendrá poca eficacia. Las izquierdas tampoco, me temo, han sabido difundir las terribles consecuencias que han tenido las ultraderechas donde han gobernado: cómo la gestión negacionista de Bolsonaro aumentó la mortalidad durante la pandemia, cómo la deforestación en Brasil se incrementó en más de un 50% y cómo al ampliar el acceso a las armas de fuego la crisis de seguridad se acentuó en ese país. En el caso de Trump, sus nombramientos en la Corte Suprema han implicado retrocesos impensables para los derechos de las mujeres y la desregulación ambiental ha tenido consecuencias catastróficas. Y en Hungría la persecución de las diversidades sexuales y de la prensa opositora es materia de todos los días. Pero eso tampoco se ha sabido comunicar o, peor aún, tal vez haya perdido importancia para la opinión pública. "Las democracias son conquistas frágiles", afirma Enzo Traverso y qué duda cabe que es deber de las izquierdas revalorizarlas ante una ciudadanía que parece apreciar cada vez menos esta forma de gobierno. Pero la crisis de la democracia representativa no es separable de la crisis de un modelo neoliberal responsable de su cooptación y debilitamiento, y por ende no puede ser leída de manera simplista como nostalgia autoritaria o dictatorial.

Chile está sumido en una crisis amplia, que es económica e institucional, pero también una crisis de identidad y de palabra. Y el pasado, que en rigor es lo que representa la ultraderecha en el país, tiene poco que

ofrecer ante esa crisis. Para enfrentar a largo plazo a estos movimientos ya no basta apuntar a los peligros para nuestras democracias o para las diversidades. Ya no basta decir fascismo o “no pasarán”. Porque ya han pasado. Lo que hace falta es disputar la palabra y volver al futuro. Hablar de justicia social, de igualdad sustantiva y de derechos sociales para las grandes mayorías. Reconectar con un feminismo que ha sido el motor de los grandes cambios culturales del último tiempo. Abandonar un discurso catastrofista en materia ecológica para urdir un proyecto de recuperación, reparación y también de esperanza. Reconducir la indignación hacia los poderosos: no hacia los migrantes, hacia las corporaciones, hacia los especuladores del sistema financiero, hacia los verdaderos responsables de la desigualdad. No ceder a los discursos xenófobos y encontrar las palabras para enfrentar el problema humanitario de la migración forzada y responder a sus causas. Y también encontrar las palabras para hablar de certezas y seguridad en tiempos en que la incertidumbre y la inseguridad son legítimas preocupaciones ciudadanas.

“Hay que comprender que crear un futuro sirve mucho más al presente que al propio futuro”, escribió la periodista brasileña Eliane Brum en la antesala del triunfo de Bolsonaro. “No se puede vivir viendo por delante solo horror o vacío. Hay que soñar haciendo. Soñar con un país, soñar con una vida”. Es urgente no perder de vista un horizonte de futuro. La verdadera derrota es el abandono de la imaginación. Lo ocurrido en Chile entre el 2019 y el 2021 fue una de las experiencias más valiosas de articulación de un proyecto de futuro para las izquierdas. Y esto sigue siendo algo que las derechas no han sabido ni podido ofrecer. Retornar a la esperanza y a las pasiones alegres es un imperativo. Y esto implica reencontrar las palabras capaces de nombrar ese futuro.

Autoras y autores

LAURA ARRANZ SÁNCHEZ es investigadora predoctoral FPU en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro del Grupo de Investigación de Género y Política (GEYPO). Su trabajo aborda la irrupción de la derecha radical en España y los efectos que ha provocado en el discurso de género de la derecha tradicional. Ha presentado su trabajo en congresos como el ECPG, FES, AMECIP o AECPA, donde coordinó un grupo sobre 'Oposición a las políticas de igualdad de género y reacción conservadora'. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de California, Berkeley, la Scuola Normale Superiore de Florencia y el Observatorio de Protesta Social del CONICET, Argentina.

JOÃO CEZAR DE CASTRO ROCHA es ensayista, ajedrecista, crítico literario y profesor de literatura comparada en Universidade do Estado do Rio de Janeiro. En 2014 recibió el premio de Ensayo y Crítica Literaria de la Academia Brasileña de las Letras, y en 1998, el premio Mário de Andrade de la Biblioteca Nacional. Entre sus publicaciones, se encuentran *Machado de Assis: por uma poética da emulação* (2013), traducido al inglés como *Machado de Assis: Toward a Poetics of Emulation* (2015), *Leituras desaturadas: tempos precários, ensaios provisórios* (2018), *Guerra cultural e retórica do ódio: crônicas de um Brasil pós-político* (2021) y *Bolsonarismo: Da guerra cultural ao terrorismo doméstico: Retórica do ódio e dissonância cognitiva coletiva* (2021). También organizó los dos volúmenes de *Tudo por um triz. Civilização ou Barbárie*, proyecto que buscó pensar los daños del bolsonarismo, así como el futuro de Brasil.

LUIS IGNACIO GARCÍA es docente y ensayista. Es Doctor en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y profesor regular en la misma Universidad, en áreas de filosofía y estética. Es investigador del CONICET y ha dirigido diversos equipos y programas de investigación. Entre sus principales publicaciones se cuentan los libros *La comunidad en montaje. Imaginación política y postdictadura* (2018), *Modernidad, cultura y crítica* (2014), *Políticas de la memoria y de la imagen* (2011), entre otros. Además, ha editado *La Babel del odio. Políticas de la lengua en el frente antifascista* (2021), *Estéticas de la inequivalencia. Teoría crítica, situacionismos, materialismos* (2021), entre otros.

ANDY KING es artista e investigadora de medios, cuyas obras satíricas y políticas se centran en las subculturas de Internet, la soledad y las relaciones humanas en la era digital. Explora la difuminación de las fronteras entre la verdad y la ficción, la copia y el original, los espacios públicos y privados. King a menudo incluye imágenes y videos encontrados en sus obras, fotografiándolos y manipulándolos repetidamente de una manera que imita cómo se disemina y distorsiona la información en línea. En su tiempo libre, se infiltra en grupos de extrema derecha en línea con el objetivo de investigar y documentar nuevos desarrollos, así como interactuar anónimamente con miembros individuales para desradicalizarlos.

LORELLA SINI es profesora de lingüística y traducción francesa en la Universidad de Pisa (Departamento de Filología, Literatura y Lingüística). Sus principales áreas de investigación se centran en el análisis del discurso político y mediático en Francia e Italia. Sus trabajos más recientes involucran el análisis del discurso de odio y el discurso populista de extrema derecha. Entre sus publicaciones, se encuentran "Il Front National di Marine Le Pen. Analisi del discorso neofrontista" (2017), "Decodificare il linguaggio di Marine Le Pen" (2018) y "Estrategias retóricas del 'nuevo'

partido de extrema derecha de Marine Le Pen" (2021). También ha coeditado *Populismi, nuove destre e nuovi partiti: quali discorsi in Europa?* (2018).

ALIA TRABUCCO ZERÁN estudió derecho en la Universidad de Chile, un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York y un doctorado en Estudios Latinoamericanos en University College London. Es autora de las novelas *La resta* (2015) y *Limpia* (2022) y del libro de ensayo *Las homicidas* (2019), además de otros textos híbridos y ensayísticos aparecidos en diversos medios y antologías. Ha sido finalista del premio Man Booker International 2019 y ganadora de los premios Anna Seghers en Alemania, British Academy Book Prize en Reino Unido y del Premio Mejor Novela Inédita del Ministerio de las Culturas de Chile.

ENZO TRAVERSO es historiador, actualmente Susan and Barton Winokur Professor in the Humanities en la Universidad de Cornell. Fue militante de la organización Potere Operario y se formó en la escuela del autonomismo italiano. Entre sus publicaciones se encuentran *El totalitarismo. Historia de un debate* (2001), *La violencia nazi. Una genealogía europea* (2002), *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política* (2007), *¿Qué fue de los intelectuales?* (2009), *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)* (2009), *La historia desgarrada* (2011), *La historia como campo de batalla* (2012), *El final de la modernidad judía* (2013), *Las nuevas caras de la derecha* (2018), *Melancolía de la izquierda* (2019) y *Revolución. Una historia intelectual* (2022).

Este libro se acabó de diagramar en el mes de septiembre de 2023, a 50 años del Golpe de Estado cívico-militar que derrocó al gobierno democrático de Salvador Allende. Se imprimió en Salesianos Impresores, Santiago. En su composición se emplearon los tipos Lektion (Bold, Italic, Regular) y Traveling typewriter. Se usó papel Bond Ahuesado de 80 gr, impreso en 1/1 y, para las tapas, papel Couché opaco 300 gr., impreso en 1/1, con terminación en Polilaminado Opaco 1/1. Se tiraron 500 ejemplares.